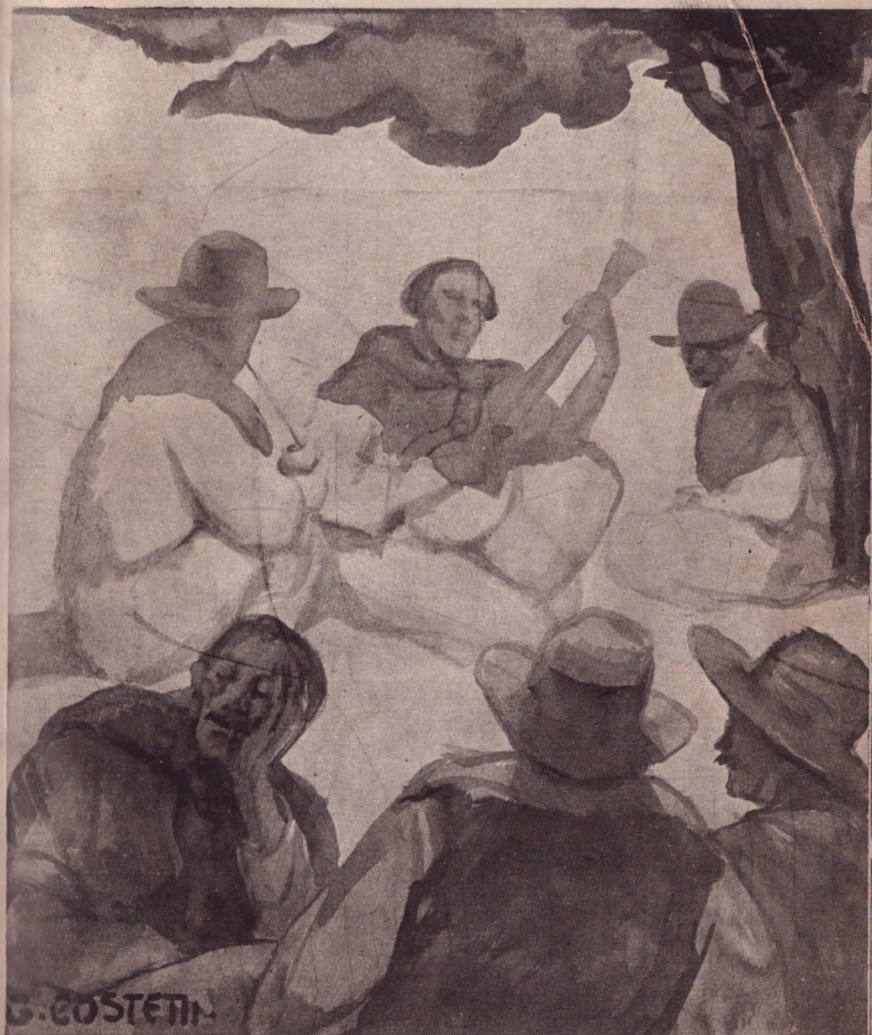


MONTIEL BALLESTEROS

ALMA NUESTR

(CUENTOS)



50
A Roseta Manrique Falco,
inteligente y fina,
amé.

Martiel

ALMA NUESTRA



DEL MISMO AUTOR

Primaveras (Versos).

Emoción (Versos).

Savia (Poemas).

Cuentos Uruguayos.

Alma Nuestra (Cuentos).

En preparación :

Los « dilettanti » (Novela),

Los Rosas (Novela).

MONTIEL BALLESTEROS

ALMA NUESTRA

(CUENTOS)

Carátula de GIOVANNI COSTETTI

Ilustraciones de DOMINGO CANDIA



Colección
ANGEL FALCO

C. 340. 155

MONTEVIDEO

COOPERATIVA EDITORIAL " PEGASO "

1922

1908519. 48. A74
y 2 aut.

Compra Angel Falco. 1863

DERECHOS LITERARIOS RESERVADOS





Dibujo de Giovanni Costetti.



LA CARRETA





LA CARRETA

HOOOP, boy!... hoop!
No tuvo necesidad de más el viejo Severo para que los bueyes dóciles cesaran su paso cansino, enmudeciendo como por encanto el rechinar agudo de los ejes y no restando del movimiento anterior otra señal que un crugir de maderas, claramente percibido en el ancho silencio de la mañana.

Desde las tres de la madrugada se quejaban los ejes y a cada barquinazo, provocado por las piedras, por las zanjas del camino, resonaba la vieja carreta. Y desde aquella hora, nuestro hombre, en su rutinaria costumbre, gritaba, incitando a las bestias:

— Picazo! Sargento! Blanquito!... Capincho, güey!
Y la picana larga y cimbreante vibraba amenazadora y más que pincharlos los tocaba, acariciándoles el lomo.

Cuando por el sol, asaz caliente, cesó la marcha, serían las nueve. Se había hecho una buena jornada, y se necesitaba, ya que debían llegar al otro día al Salto con la carga de lana, una de las últimas, cuyo volumen hacía venir tan incomodamente a su familia, indispensable acompañante de sus viajes.

No bien detenido el vehículo, salta de sobre las hinchadas bolsas sucias, hediondas a grasa ovina, el indiecito hijo del carrero.

— Desuño? tata.

— Vos desensillame el « Por si pega ».

Así se llamaba el caballo. Su estampa disimulaba sus méritos.... La frase: no facilites animal de poca figura, era como creada para el « Por si pega ». El nombrecito le venía de una « agachada » de Severo en unas carreras, en que, al correrse una penca de mancarrones en la cual tomaba parte el suyo, amenazó con socarronería:

— Cuidao, eh! Cuidao con este por si pega!

Y el matungo ganó la carrera entre las risas del paisanaje.

— Cola y luz, al « Por si pega »....

— Al « Por si pega », toda la vida!

Y desde entonces quedó bautizado.

Bajan también de la carreta la mujer de Severo y su hija Sista, que integran la trashumante familia.

La china ayuda a desatar los bueyes, aflojando en vueltas y vueltas los largos y sobados maneadores de cuero, mientras la chiquilina suelta el tientito que aseguraba el « muchacho », poste que en la parte trasera del carromato mantiene su equilibrio.

Después, del cajón de abajo de aquel, saca la gu-risa los trebejos del mate y de hacer la comida y unos trozos de leña; tras la búsqueda de charamuscas y de unas piedras para sostener la caldera, — con las

rodillas en tierra, — enciende el fuego y sopla, sopla, hasta que un humo blanco azulado se levanta espeso, incierto, lento.

Al « Por si pega » lo han dejado suelto ; para « a mano » el matungo.

Los bueyes, cansados, dan unos pasos curioseando con los grandes ojos cándidos y vagos ; uno se rasca contra un palo del alambrado, otro no se mueve, rumiando ; los de más allá comienzan a ramonear la gramilla que por debajo de los alambres del cerco avanza, suavizando la reseca tierra del callejón.

La familia, en cuclillas, rodea el improvisado fogón.

Se empieza el mate, apenas precedido de algunas frases :

— No vayás a quemar la yerba, muchacha.

Y un grito al hijo, quien, con la picana, anda a golpes con las lagartijas veloces, que en sus carreras vertiginosas rayan una fugaz línea verde al huir en busca de sus cuevas, de una rendija donde guarecerse....

— Vení p' acá, gurí ! and' á romperme la picana, mal domao !

Lleva Severo como veinticinco años de aquella vida dura e inalterable. Ha hecho miles de leguas transportando mercaderías de los pueblos, devolviéndoles esto en frutos, en grano, en carbón, en leña. Le son comunes los caminos de Tacuarembó, de Rivera, del Salto. Todos están sembrados de sus recuerdos ; y su mujer, compañera de sus andanzas, que apenas

lo dejó una vez al nacer el gurí, asiente a lo que pudiera llamarse sus esquemas de evocación cuando, en sus marchas, el divisar un arroyo, una casa, el encontrar un pasajero, reviven en el hombre escenas del pasado :

— Ahi, en Quiebra Yugos, sacamos la deligencia 'e Carbáullo, te acordás ?

— Llevaba la muda 'e tordillos....

.

— La estancia 'e don Chico Machado. Cuando se casó la hija, le trujimos los muebles....

— Aquí peludiamos en el 900, ante 'e la guerra, 'e la última.... Hizo un invierno fiero,

.

Ahora al paisano lo están trabajando preocupantes ideas. Los tiempos que corren son malos. Las cargas escasean porque los estancieros, con carros tirados con mulas o caballos, hacen los viajes con mayor rapidez.... Hasta ha oído mentar los « automóviles grandes » que van a efectuar los recorridos en horas.

Sentencia :

— D' esta hecha, nos van-hacer comer gambetas, o

« como en la Fonda 'e la Vitoria
raices te mandó memoria.... »

Van sus ojos a la carreta, que hace tantos años hiciera pintar de verde, poniéndole, con letras muy dibujadas, un cariñoso nombre: « LA ORIENTALA ».

El pintor le había dicho que se escribía Oriental, pero él se le rió :

— Así lo escrebirán ustedes en el pueblo....

Y ahora, así, con novedades siempre, le seguían llevando la contra a la gente campera.

Miraba la carretera en construcción, rosada, limpia y pareja como una cancha de correr carreras, con los mojones de piedra pulidos, amarillentos, terminados en cúspide....

Ahí, en ese camino tan liso, tan lindo, comenzaban las armas del enemigo.

— Ta muy bien arreglar el callejón, ponerle calzada a los pasos, empedrar las zanjas, pero, pa qué?... Dejuro que no es pa la carreta: pu-ahí se van a venir los carros rápidos, los automóviles, los que nos van a quitar el puchero.

Recordaba que un día, viniendo por el camino de Cañas, después de entrar en un terraplén, los de la cuadrilla se pusieron a gritarle y el gringo capataz se vino corriendo a decirle que el peso de la carreta echaba a perder el trabajo recién hecho.

El detuvo la marcha y le preguntó:

— Y aura, pa qué lo hacen?... Pucha!... no quedarán que uno vaya po-el aire!

A la distancia, con el ruido característico de los gritos del mayoral y el tintinear del cencerro, se aproximaba una diligencia. Severo concretó en una frase sus ideas:

— Otros. Estos, como yo, tamién van a ir a des-cular hormigas.... Va linda la cosa!

Pasó la diligencia, después un carruaje, gente a caballo....

Comieron, durmieron la siesta. Tomaron mate otra vez y al caer la tarde uncieron los bueyes e iniciaron otra etapa.

De pronto el ambiente tomó esa semi-luz extraña del sol nublado, bajo la cual las cosas adquieren una especie de morbidez.

Una quietud, una calma pesada aplastaba todo; luego, mientras el cielo encapotado se volvía gris violeta sombrío, empezó a soplar un viento bajo y tibio que agitaba los pastizales y traía rotos los gritos de los teruteros escandalosos, que presentían la tormenta.

Arreció el viento, trayendo humedades de lluvias lejanas, olor sensual y denso de tierra y hierbas mojadas.

Con los aletazos ciegos del ventarrón, se levantaban, espantadas, grandes nubes de polvo.

Retumbaban los truenos sordamente, igual al disparar de una tropa asustada, en la noche.

El cielo, ya negro, era acuchillado por el huidizo zigzagueo de los relámpagos.

Los observó Severo:

— Quebraos de arriba pa bajo: agua segura....
Parece que se cai el mundo!

— Vamos a parar?, indagó la mujer.

— No, mientras esté duro el camino se sigue....
Alcanzame el poncho.

Taparon bien las bolsas de lana.

Ya las primeras gotas gruesas, que ni bien caían las devoraba la tierra sedienta, tamborileaban sobre el zinc del techo convexo del vehículo.

Antes de una hora de andar hubieron de cesar la marcha.

En la sombra de la noche ya entrada, bajo la lluvia copiosa, dieron nuevamente libertad a los bueyes, pero esta vez no total, pues los animales, castigados por el agua, podían sentirse tentados de huirle.

Continuó el diluvio. El callejón se hizo todo un matete, un barrial líquido y pegajoso, simulando un negro río donde se chapoteaba pesadamente.

Entraba el otoño, y era muy fácil que aquella cinta de fango no secase en muchos días.

El paisano viejo llegó muy retardado al destino y hubo de oír rezongos y maldiciones a sus bueyes, al tiempo y al gobierno, que nunca terminaba de arreglar los caminos.

— Ya sabemos pa qué, criticó el carrero.

El otro creyó que hacía alusiones políticas, y sonrió.

Por primera vez volvía a sus pagos de Carumbé, sin carga.

Pese a sus suposiciones el camino había mejorado: las cuadrillas hicieron desagües y arreglaron los sitios más feos. Sin embargo, era preciso ser baqueano para evitar celados peligros de pozos y baches.

De nuevo lo alcanzaba la diligencia, la amiga de sus buenos tiempos. El mayoral era un antiguo conocido.

— Oh, Severo, cómo es eso, vas de vacío?

— Así es, don Rosas, no había carga.

— No había? o no te han querido dar esos hijos de la que los lambió.

— Por qué?

— Es una güena noticia: han hecho todos una sociedad; ponen los fletes y los pasajes tiraos.... Mañana salen del Salto los camiones, los que te van a hacer competencia a vos.... prontito no más te van a alcanzar.

— Ah, sí!

Efectivamente, al otro día, temprano, cuando él enfrentaba a una tapera en Talas, sintió el resollar poderoso de la máquina.

— No partirse po-el medio!

Siguió, despacio, picaneando sus bueyes; el auto se comía el camino, y hacía vibrar, alegre, su bocina.

El lo miró: era el de carga.

— Pa estos arreglan los callejones!

Lo cegó un interior rebullir de indignación. Ese odio innato a lo nuevo, que se va haciendo agrio y áspero en los viejos amargados por su mala suerte, le sugería malas ideas....

— Trabaje el pobre pa esto....

La rabia se le transformaba en amenaza:

— Ahi no más te v-i-hacer saltar, ajo!

Ya llegaba el camión.

Severo miró la carreta que sólo traía a su familia....

El pensamiento de la realidad le hizo perder todo escrúpulo; cuando el automóvil lo iba a enfrentar le

hundió la picana a uno de los bueyes, haciéndolo girar rápidamente hacia la pesada máquina :

— Vira, Sargento, güey !

Se retorció el pobre animal y la carreta, rechinando, se fué sobre el auto. El chauffeur adivinó el peligro : dueño de sí, sonriente, se cargó sobre el volante, feliz de poder evitar el choque, gracias a su habilidad y a su sangre fría... Pero él ignoraba la emboscada de un pozo traidor, que entraba en la cuenta de Severo.

Una de las ruedas delanteras de la máquina se hundió entre el barro, y las otras patinaron, giraron en locos remolinos desesperados levantando chorros de lodo en impecables parábolas.

Se inclinó más el vehículo ; el motor cesó de funcionar.

En el pescante del camión venían tres hombres ; uno bajó de un salto a mirar ; los otros, al descender, cambiaban pareceres :

— Vea qué desgracia...

— No lo habrá hecho adrede ?, ese bárbaro.

— Quien sabe...

— Tóquele la bocina, que pare, que venga a ayudar.... Hay que pedirle que traiga los bueyes.

Sonó la bocina, gritaron los hombres y como si nada : Severo continuaba tranquilamente, moviendo la picana al ritmo de la marcha.

No había sacado distancia como para no oír y con esa conclusión uno de los individuos gritó enfadado :

— Carrerooo !... Carrerooo ! paresé, le digo !

Entonces él miró para atrás y retrucó, también amoscado :

— Mande a sus hijos, compañero.

Ya, por el callejón, venía corriendo uno de los tipos :

— Por qué no para !? No siente, usted?... No ha visto que por su culpa ha sucedido el accidente !

La carreta continuaba, azuzados los bueyes por el muchacho, y Severo, deteniendo su « Por si pega », afirmada la picana en el suelo, como una lanza, dejó acercarse a su contrincante, quien, a medida que se aproximaba gritando, más se enardecía :

— Usted se debía haber ofrecido sin necesidad que se lo pidieran ; no vió lo que pasó?... Nosotros lo llamamos y se hace el zenzo !

— No sentí, amigo.

— Que no va a sentir !... Ahora va a ir con una yunta de bueyes a ayudarnos.

— No, compañero, le dice el paisano con una fría sonrisa :

Mis güeyes no sirven pa eso.

— Entonces usted tiene delito, gaucho bandido ! Ha atravesado de gusto su carreta cascarrienta en el camino ! Canalla !

— Epa, desbocao, a ver lo que dice !

— Qué no le voy a decir, amenaza el otro, y echa mano al revólver ; el carrero empuña la picana.

Con la sola intención de intimidar al paisano, el del arma le apunta, pero el indio, más listo, temeroso de que lo « madrugue », le hace saltar el revólver al

aplicarle un terrible picanazo. Aunque el clavo de la picana es pequeño, el golpe ha sido de consecuencias dolorosísimas porque el herido cae al suelo semi desmayado.

La escena se desarrolla fulmínea. Cuando los compañeros del caído se dieron cuenta del combate, corrieron increpando a Severo y descargándole sus revólveres.

El carrero da vuelta el caballo y se aleja impasible.

Esa misma tarde lo alcanza la policía a la que los del camión dieron cuenta del hecho, luego de inflarlo convenientemente.

El gaucho bandido había provocado la caída del automóvil, el cual aun estaba en el camino con una rueda rota, y a la demanda de socorro había respondido insolentándose e hiriendo a uno de ellos.

Detuvieron al paisano y lo envolvieron en la complicadísima malla de la justicia, de la cual se pudo desenredar después de un año, cuando se gastaron los pesos conseguidos por su mujer al vender la carreta casi inservible y los bueyes, que las apremiantes necesidades del preso y de ellos la obligaron a sacrificar.

La hija, en edad, había hecho rancho por ahí. El gurí, de peón de carrero, seguía el oficio del padre. Y la patrona, la pobre china, estaba « pa lo que saliese », en el almacén de Cianelli, en Carumbé, donde había vendido el destartalado vehículo.

De favor, lo traían ahora en la diligencia.

Con la libertad no había recuperado la alegría. El indio melancólico se oscurecía en cavilaciones; sentía como si algo se le atravesara en la garganta....

Cuando haciendo sonar su bocina chillona y levantando nubes amarillentas de polvo cruzó un camión, el mayoral le dijo:

— Vos siquiera se la hiciste lindo....

El paisano recuerda sus meses de cárcel, su familia, piensa en el futuro.... y contesta con ese torcer de cabeza y ese abrir de ojos tan expresivo donde están trenzados en duda terrible un sí y un no.

Viene cansado ya que ayuda en las postas a desprender y a atar los caballos, haciéndose servicial para ganar aquel pedazo de dura tabla en que va hacia su recuerdo.

Van entre los cerros pedregosos de Arerungu¹. Las colinas de un gris rojizo, ferruginoso, dan una sensación de sed angustiosa. Por allá abajo la visión se suaviza entre las praderas verdes, donde ondula la línea azul del monte. Por las laderas de las cuchillas suben y bajan, como largas víboras ocre-violeta, los cercos de piedra mora.

Ahora se ven, a lo lejos, los frondosos ombúes del almacén.

Llegan al destino. El aun quiere ayudar. El mayoral lo aparta:

— No, dejá, dejá; ahí viene tu patrona.

Ella viene llevándose el delantal a los ojos. Al abrazarlo:

— ! Cómo lo habrás pasao !

Han rodeado las casas de piedra. Pregunta por los hijos :

— Están güenos : Sista vive ahí no más.... El gurí, — hecho un mozo, — llega mañana de Tambores.... Lo que son las cosas : en la carreta d'él tiene los güeyes nuestros.

Es fama que los hombres que tienen sangre indígena son muy duros para llorar, sin embargo, hay una sordina de sollozo en la voz del indio cuando pronuncia :

— Blanquito.... Picazo.... Sargento.... Capincho....
¡ Cómo iba a olvidarlos !

Tras unos pasos sus ojos descubrieron la carreta vieja : en el suelo, sin las ruedas, descascarándose su pintura verde, donde mal se podía leer « LA ORIENTALA », como él mandara poner....

En la ventanilla de adelante cantaba, prosopopéyico, un gallito joven ; dentro cacareaba una gallina....

— La carreta nuestra, Severo !

El intenta sonreír y hace una mueca dolorosa. Se detiene rígido como si tuviese las piernas ligadas.

Ahí están un tiempo en un indescribible silencio trágico.

Cuando la paisana, ahogada de emoción, tartamudea un ruego, que tiene algo de entraña maternal, el criollo vencido, en un impulso irresistible, se ha quitado el sombrero y le grita a la mujer temblorosa :

— Dejemé, le digo !

CHINGOLO

NI él mismo se conocía otro nombre, así como ignoraba familia o cuna.... Pero aquel paisanito menudo, trigueño, de cara lisa y ojos negros y brillantes, parecía ser de todas partes, hallando siempre fogones calientes, rincones de rancho donde prepararse cama con el poncho y las pilchas del recado.

Sus doce años alarifes lo hicieron hombre precozmente alrededor del tapete verde y del billar antiguo de don Liborio Paredes, un viejo estanciero, jugador, embrollado en deudas y pleitos, que cuando no pudo ir a las pulperías o a las carreras a probar la suerte, llamó a su estancia desmoronada a cuanto pícaro habilidoso en las mañas del choclón o de la treinta y una cruzaba por el Cerro Chato.

Chingolo cayó un día con un desconocido quien se jugó hasta la camisa y que, antes de irse, sacando aparte al patrón, le dijo :

— Güeno, amigo, le v-i-a dejar empeñado el gurí....

— No diga eso, don.... Haga como si no me debiera nada.... Yo tengo más peones que cuentas.... Y que v-i-hacer con ese gurrumina ?

— Aunque más no sea pa cebar mate.... Es un favor ; yo ni sé pa donde voy....

— Si es así, dejeló. Donde comen diez....

Chingolo de aquí, Chingolo de allá.... Y el indiecito saltaba de un lado a otro con el mate amargo ; con la botella de caña con guaco, haciendo rebosar los vasos chatos y gruesos de vidrio verdoso.

El muchacho era tan listo que algún visitante práctico le sugirió a don Liborio :

— Por qué no mete un boliche ? Paredes.... Tiene el gurí p' atenderse.

Y el estanciero, sonriendo :

— El negocio 'e tío Bartolo, amigo.... Nosotros no servimos pa eso.... Los bolicheros tienen que ser misturaos con nación.... Eso no es como domar un potro.... Cristianos zonzos, maturrangazos, les fiamos a todos....

Los jugadores le regalaban propinas generosas, que él se iba a jugar a lo que rayase, con los peones.

La taba, el tejo, la payanga, le comían los reales.

Si alguna vez ganaba se compraba « lujos » : buen cliente de los turcos mercachifles, que cruzaban los campos doblados bajo sus cajones de baratijas.

Aprendió Chingolo todo los juegos.

Diestro y vivaracho como era, y con las lecciones inconscientes de don Liborio, conoció las jugadas sucias y las trampas, aunque fuera para sacarles el cuerpo.

Eran indicaciones involuntarias las de Paredes, pues con algún fondo moral, — quizá arrepentido de haber sido tan débil con las sollicitaciones del vicio, — predominaban en sus consejos los de trabajo, de hombría de bien, hasta de desprecio al juego.... Pero tales sermones aleccionadores no eran en el veterano sino palabras sin raíces que se esfumaban cuando, ante su autorizado juicio, surgía un problema de casín o una estrategia de truco ciego.

Pese a sus achaques, se ponía junto al billar y le enseñaba :

— Pongase así, ve.... Tome la bola media, pique arriba y efeto contrario.... No ve como me lo deja!
O bien :

— Vayasé a cartas, derecho.... Y nunca se atropelle ; despacio también se llega....

El aprendiz, entusiasmado, movía alguna objeción, y el « maistro », ya olvidado de sus veleidades moralistas, daba curso a sus apasionadas indicaciones.

A veces, orgulloso del discípulo, y dudando del porvenir incierto que lo esperaba, exclamaba entre silencios ambiguos de reprimenda o de estímulo :

— Qué Chingolo, este.... Qué Chingolo....

El chicuelo, instintivamente, aprendió la guitarra, con la que se acompañaba al cantar.

Eran mentas « que sacaba los versos de la cabeza »....

Entre la sencilla gente del campo, cualquier hazaña da fama y prestigio, pero ninguna tanta como las de reunir las condiciones de hábil guitarrista y

la extraordinaria de componer décimas y saber improvisar.

El patrón se enteró del hecho y un día en que sus achaques no lo dejaron mover de la cama lo reclamó a su lado:

— Traite la guitarra, Chingolo, y hacete ver.

No se hizo rogar.

A su juego lo llamaban.

Cantar, para él, era vivir. Confiar a la guitarra romántica sus idealidades, traducir en músicas tristes y dulces todo aquel tesoro de ternuras, de rústica poesía que se agitaba en su alma.

El gauchito flaco, desmedrado, templaba, sereno, su guitarra encintada.

Traídos por su oscuro e intenso amor a la música, — especie de divino instinto que florece en las almas incultas, — fueron llegando, callados, los hombres que había en la estancia.

Y aquellas almas rudas y bastas formaron, sin saberlo, el más sensible y propicio auditorio.

Qué hondo, qué sublime silencio el que se abrió alrededor del guitarrero, del trovador paisano!

Silencio! Silencio hermano de las tristes tardes camperas cuando el chingolo criollo desgrana la musicalidad de cristal de su canto impresionante y vivo como un gemido humano....

Tenía bien puesto el nombre:

Chingolo!

En la habitación humilde, sin adorno, sin como-

didadas, — la vieja cama de hierro; los cajones para sentarse; el piso de tierra.... en la habitación pobre, cantaba nuestra alma!

Paredes en el lecho, cerca el cantor; los hombres en semicírculo, dejando libre la ventana, donde se aglomeraban los que no habían podido entrar: huéspedes, peones.

Los circunstantes tenían las caras graves y pensativas.

Se veía temblar en las retinas la visión de los paisajes, de los cielos, de las almas dóciles y fatalistas que en sus canciones evocaba el payador....

Las planicies de los campos interminables; las cuchillas de leves ondulaciones, donde no chocan sino que se deslizan las miradas; la carencia de lo pintoresco, de lo que distrae el pensamiento; la misma uniformidad de los tonos, — verdes, grises, azules, — propician a que el sentir se amplíe sin límites y se espiritualice sobre la pristina rudeza de las almas.... Como la gasa sutil de una celeste niebla crepuscular sobre el áspero pedregal de una serranía.

Así es nuestra campaña, y así, nuestros criollos, — y Chingolo como vivo retoño de ellos, — son reconcentrados, pensativos y copian de la Naturaleza su simplicidad sobria, sus cantos y sus músicas, que repiten, melancolicamente, en dos o tres tonos saudosos y dulces.

De ahí nació el « estilo »: ritmo de viento entre los pastizales, canto gemebundo de torcazas; hecho

como con dos delicados y suaves colores que no ofenden la vista sino que la acarician : el verde, el azul....

.... El trovador cantó su vida ; contó la historia del patrón, de aquel don Liborio Paredes, criollo como los ceibos, cuya leña no prestaba « ni p' asar un asao », pero que daba aquellas flores coloradas, lindas como una boca de muchacha y que en un apuro podía servir « p' algo ».... Como un pedazo de ceibo ayuda a cruzar un arroyo crecido....

La gente extraña venía a voltear el ceibo para poner plantas más rendidoras.... Y se preguntaba :

— Y el paisano, qué v' hacer ?

— Le queda sólo el cantar ! respondía.

Cantar, como él, como el Chingolo, hasta que los pájaros extranjeros lo corriesen a picotazos cual a bichos dañinos.

Galopó el tiempo. Paredes perdió sus campos. Murió. Y el Chingolo andaba por ahí, agenciándose la vida con sus cantos, con su guitarra.

Si se le ocurría buscar ocupación, le decían sonriendo :

— Vos, trabajar, Chingolo ! Pero cómo vas a conchavarte?... Desensillá, quedá unos días por aquí, si querés.

Naturalmente, él se acercaba a las estancias criollas donde hay siempre un pedazo de carne y un tizón que la ase.

Como que iban sus cantos al corazón, no fué extraño que se encontraran allí con el amor.

Lo oyó cierto día una señorita, hija de un estanciero; se prendó al escucharlo y se enamoró de él al conocer su vida.

Corrió la voz de que Chingolo noviaba con la chica, y los padres de ella, a cuyos oídos llegó la noticia, insinuaron a la niña, entre risas y bromas, si elegía el chilcal o el monte para nido de la luna de miel. La muchacha, encaprichada, nõ contestó. Pensaron:

— Chiquilinadas, novelerías...

Luego intentaron oponerse. Era tarde. Los viejos siempre están atrasados en cosas de amor. Por eso la cabeza, que piensa, sufre los contrastes del alma que vuela.

Por prohibido, cual mayor que el picante encanto de las entrevistas secretas, la tentación de las citas....

Para la muchacha fueron de sueño los besos, las promesas, hasta el rapto en que culminó la pasión, el rapto en el anca del caballo del gauchito, tal como sucedía en los viejos tiempos románticos.

El hombre, con su « prenda », fué a pedir posada en un rancho amigo.

El suceso revolucionó el pago.

Tras la afanosa búsqueda de la policía dieron con el « bandido », quien aureolado con el prestigio de su aventura, cantaba en un boliche.

La palomita había vuelto a casa de los padres; éstos por todos los medios trataron que la escandalosa noticia no se divulgara.

Llevaron al payador a la comisaría y el « primero », agresivo y soberbio, mientras le pedía el nombre lo manoseaba :

— Yo te v-i-a enseñar, compadrón, haragán.... Te vas a pudrir en un calabozo por tu gauchada.... A ver, cómo te llamás ?

— Metalé Chingolo, no más.

— Sí, « metalé », y al lao ponele : de oficio vago.

— Si usted lo dice.... Yo no le robo a naide.

— Callesé la boca, atruena el comisario, terminante.

Chingolo declara que la raptada « juyó » de su « voluntad ». A pesar de ello le hubieran abierto causa, pero la señorita estaba dispuesta a defender su hombre, y la familia queriendo sofocar las habladurías influyó para que lo pusieran en libertad.

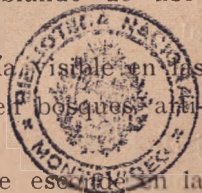
El comisario, viendo escapar una oportunidad de embromar aquel engréido don Preciso, que se consideraba imprescindible en fiestas y reuniones, no se daba sosiego mientras no lo echaba de las jugadas o deshacía los bailes donde él era músico o cantor.

Lo había tomado « entre ojos ».

La campaña iba lentamente cambiando de fisonomía.

El progreso transformador se hacía visible en las vías férreas, en estancias modernas, en bosques artificiales, en ganados finos....

Como el boyero industrial que se es...



espesura de las selvas autóctonas, como el churrinche rojo, — encendida flor de ñapindá con alas, — Chingolo huía de la ola civilizadora.

No tenía casi donde llegar.

En su caballo sin estampa, con la vieja guitarra descascarada, pasaba por los callejones, frente a las estancias, como si no tuviera rumbo.

Se dijera hermano del Juan Sin Ropa legendario.

Era extranjero en su tierra; su lengua y su alma, comprendida por el paisanaje ingenuo, se consideraba un motivo de pérdida de tiempo, que los patrones trataban de alejar de sus establecimientos.

Le restaba el refugio de alguna estanzuela miserable, un rancho de china pobre, un boliche, donde, felizmente, no era el vago del comisario.

Tan pronto se eclipsaba como se sabía que andaba a monte, viviendo con los que leñaban o hacían carbón.

No era extraño encontrarlo de improviso, por aquí, por allá...

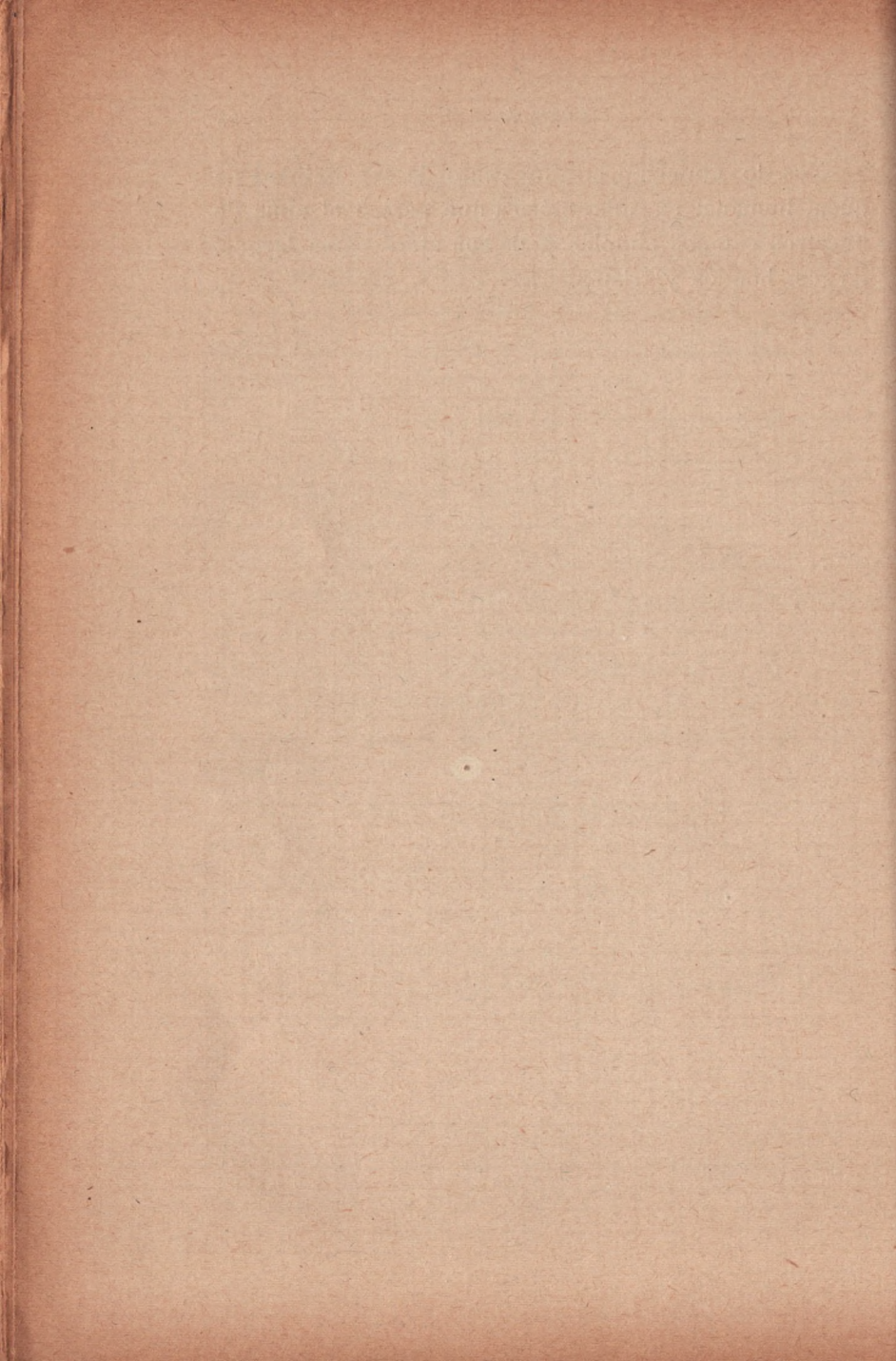
Después desapareció.

Emigró? Lo mataron?...

Quiere la leyenda que los criollos viejos lo recuerden; sus ojos turbios de años, de saudades y de lágrimas, creen verlo, algún anochecer, al pasar junto al monte....

Yo pienso en sus hermanos menores, en esos pajaritos descoloridos que desde un crispado espinillo nos anuncian que se van!...

Nos lo anuncian en un canto de sensibilidad de queja humana, en una música que parece el alma de nuestros campos simples y de sus atardeceres largos, largos, hondos y tristes.





LOS SIN PATRIA

Es-ti-ba-dos, como decía él haciendo sonar castizamente las sílabas, había venido con unos compañeros en la bodega de uno de aquellos viejos barcos de vela que echaban cuarenta, hasta sesenta días, en el viaje penoso. Había venido de España a nuestra América en busca de libertad y de oro.

En ella había encontrado un rudo trabajo esclavizador que, como un castigo, lo dobló cuarenta años, remuneradores eso sí, pues le rindieron dinero en abundancia.

En ese sentido había triunfado, y de ello hablábamos en la trastienda del comercio, en nuestras interminables horas de mate amargo.

Tenía dieciseis años cuando vino — dependiente para todo servicio — al boliche del « Mundo », en « Los Orientales », rincón perdido en los límites de los departamentos de Salto y Tacuarembó.

Su patrón, don Manuel Rodríguez, a quien le gustaba empinar el codo y que cuando lo recibió estaba entre San Juan y Mendoza, le había dicho :

— Güeno, mi amigo, ahí está eso, hágase cargo 'e la casa 'e comercio : usté, como dueño, puede hacer y deshacer. Yo, sólo me v-i-a ocupar del otro negocio, del de los lechuzones. Aquí está su porvenir. Ustedes son trabajadores, honraos, ahorrativos.... No le marco sueldo, ni nada ; pero no v'a quedar descontento de mí.... Trabaje y verá....

El « Almacén del Mundo » era como para caerse de espaldas.

El edificio de tablas carcomidas, agujereadas, con ese color violeta-azulado que toma la madera a la intemperie ; el techo de zinc, protegido por grandes piedras que ayudaban a asegurar las chapas ; cuatro habitaciones : la de la familia, — el patrón tenía mujer y una hija, — el comedor, que era también habitación de huéspedes, un depósito babélico, donde dormía el empleado, y el boliche, pomposamente llamado por don Manuel : la casa de comercio.

Esta tenía el piso de tierra y lucía una estantería y mostrador de madera sin pintar, amarillenta y sucia. Afuera del mostrador, en el sitio de los clientes, seis bancos, de esos de asientos redondos, abrían sus cuatro patas como si se estuvieran afirmando ; contra la pared la tinaja de agua, un barril grande de catínguda caña brasilera, uno de menores dimensiones de vino carlón, y la barrica, empezada, de yerba.

El aroma acre de la yerba, junto al tufo del tabaco negro en cuerda, al olor de la caña y del pavimento de tierra, daban al ambiente un aliento característico,

que fija imperecedero el recuerdo de los viejos almacenes de campaña.

Por los estantes, predominando las botellas de bebidas, se confundían artículos de toda clase y cualidad: hilos, géneros, cuchillos, drogas, ropas... De los tirantes toscos, en sendos clavos, pendían botas, calderas, cinchas, ollas de hierro...

El negocio de « los lechuzones » de don Manequino, — así se le denominaba cariñosamente entre sus relaciones, — era el contrabando, y el boliche una especie de centro de operaciones y refugio protector.

A esta circunstancia se debía el tenerlo descuidado, a veces semanas sin abrir, mientras el patrón hacía sus productivas giras por el Brasil.

Don Gonzalo Alvarez, un comerciante de Tacua-rembó, con quien trabajaba, le había aconsejado tomar aquel galleguito como dependiente y, ya que él no tenía vocación para comerciante, seguía gustoso la indicación.

Su trabajo nocturno lo encontraba más en su elemento. Algo de aventurero, de expuesto, de romántico, grato a su idiosincracia, tenía aquel continuo peligro de burlar guardias y reirse de la ley.

En la noche ponía a prueba su conocimiento del terreno y sabía dar, guiado por las estrellas, con la picada acertadora de camino o con el monte protector.

Aparte de eso, el hombre, — flaco, hundido, de bigote y cejas abundosos y foscos, — no tenía muchas preocupaciones, como él bien lo expresaba.

Amaba su pequeña familia y cuando la caña le

ponía activa la estropajosa lengua se envanecía de sus hazañas, las relataba con lujo de pormenores, cuidando, con exageradas precauciones, de sustituir la palabra tabaco por « artículo ».

En sus soliloquios se interrogaba, se respondía, acentuando las frases con ademanes ampulosos.

— Y qué me decís, Manequiño?...

— Qué querés que te diga?... No, yo no sé quien traerá mejor artículo....

— A ver, a ver quien le pisa el poncho a Manequiño?...

— Ah, ah! usté quería artículo güeno, artículo garantido?... Y a quién se lo v'a pedir!...

O su orgullosa paternidad reclamaba la presencia de su hija, a la cual elogiaba hiperbólicamente.

La chica se llamaba María, era endeble, rubiecita, con ojos claros.

Don Manequiño le gritaba con voz de trueno, que se volvía tierna:

— Venga la hija, venga con el tata.... La linda Mariucha.... La Mariucha, la hija 'el Mundo; donde pisa la Mariucha, tiembla la tierra!

La pequeñuela le tiraba el bigote, le obligaba a no seguir bebiendo o le traía el mate que él sorbía incansablemente.

El nuevo empleado inició sus funciones no sin cierta desolación.

Miraba aquellos campos inmensos, el camino solitario, que daba la idea de esas sendas abandonadas

por donde no se va a pasar más nunca.... Se le caían los brazos frente al « comercio » tan desurtido, ocurriéndosele que allí no sólo iba a aburrirse sino a morir de hambre.

Dominándose, mintiéndose ilusiones, acomodó todo como mejor pudo, limpió, ordenó. Se fué orientando con respecto a las ventas, y se enteró del negocio de « los lechuzones », bastante lucrativo, ya que era fuerte la demanda de tabaco, yerba, café, dulces....

Visitó las estancias vecinas; vinieron algunos clientes.

Fué al pueblo a hacer surtido.

De vuelta tomaron un peón, compraron una carretilla, y el hombre aparentaba tomarle gusto y amor a su trabajo.

El llevaba los libros, vendía, cargaba o descargaba las mercaderías; maturrangueando a caballo recorría la clientela; hacía las compras.

Extendieron los negocios a frutos del país y hubo de aprender a enfardar lana y a envenenar cueros.

Penosas tareas que él llevaba a cabo con una dedicación y una bonhomía de muchacho dulce.

Con el trabajo y las preocupaciones se iba adaptando a esa vida simple; sólo sufría pequeños decaimientos secretos al caer de la tarde, en esa hora en que se ahonda la tristeza de los campos.... en las noches sin sueño, pobladas de recuerdos de su tierra, de nostalgias que se agudizaban entre las evocaciones.... Entonces, suspirando, se prometía un pronto retorno....

Don Manequiño continuaba con sus actividades contrabandistas. Una noche, mientras aguardaban dos carretas, que debían descargar rápidamente para evitar sorpresas, llegó herido nuestro hombre, acompañado por dos de sus secuaces.

— Mal gaucho, decía, lo que ha hecho es robarnos. Me v'a venir a mí con que defiende el fisco.... Suerte todavía que no nos agarró a nosotros y pudimos salvar algo....

La herida no parecía de mucha importancia, pero habría que ir a buscar un médico al pueblo: él no podía andar más.

El español, que aparentaba una fría indiferencia para todo lo que no fuera su labor y a quien no era fácil atribuir gran sensibilidad, estuvo desconocido en aquellos momentos.

Con la llegada de don Manequiño sufrió todas las alternativas de los grandes sustos, pero tal estado psicológico que tenía un fondo de sincero dolor, pronto se transformó en entereza y en deseos de demostrar su afecto al patrón.

Con lágrimas en los ojos, « a lo que te criaste » él hizo la primera cura; después se necesitó elocuencia para demostrarle que el peón era el más indicado para ir de chasque, en busca del médico, pues él reclamaba el derecho de ir.

Mientras trataban de estancarle la sangre, Rodríguez, que había pedido un trago de caña, que se volvía trago y buche, narraba el hecho:

— Nos habíamos arreglado con el « segundo »,

porque siendo el cargamento grande era mejor pasar tranquilos. Y el otro comisario, hijo de p.... también quería mojar.

No sé si olió la cosa.... La custión fué que él no estaba en la seción y después apareció.... Tuvo unas palabras con el segundo, éste nos mandó avisar; pero el milico de la comisión llegó tarde, cuando ya nos estaban meneando chumbo.

Hubiéramos tenido tiempo de disparar, pero a mí se me alborotó la Rodrigada y le hicimos la pata-ancha no-más....

Nos mataron el negro Timote, — tan güeno el finaó !... — nos baliaron dos caballos, que los parió ! — me jodieron a mí y nos agarraron una carreta con yerba y sal.... La sal!... Yo digo siempre : la sal es una porquería y no se gana nada.... Pesa como la gran pucha....

El doctor tarda dos días para venir. La herida, sin los convenientes cuidados, ha tomado mal carácter.

El enfermo tiene fiebre y sufre mucho. No lo dejan beber y aquello parece lo aniquilara más.

Una noche despierta sobresaltado y llama alrededor de su lecho a sus deudos, al dependiente.

— Soñé fiero, me asusté.... No es pa que ustedes también se asusten, pero es mejor que hablemos.

— Lo que usted necesita es tranquilidad, don Manequiño.

Su mujer menciona el doctor, y él :

— El doctor agarró pa chanchas moras...! ¡qué sabe!... No me salió hablando 'e la bebida?... Me baliaron con caña a mí?!

Güeno, Jesús, nosotros tuavía no hemos arreglao nada,...

— No se preocupe, bah; lo importante ahora es su salud.

— Las cosas deben hacerse bien y no hay que dejar escapar el tiempo.... Vos has trabajao fuerte, te has portao y así q'en todo te podés considerar como socio mío.... Si querés arreglar cuentas, si vos te pensás ir.... Lo que sí, como amigo, yo te haría un pedido : que no nos dejés.

— Pero si yo no he pensado en nada.

— No, yo te digo porque vos ya sos un hombre, tenés tu capitalito, estás en edad de casarte.... Si querés, si te gusta la muchacha, ahí tenés m'hija, la Mariucha; ya es una mujer y vos la conocés....

La muchacha se ruboriza y la señora, que en silencio oye a su marido, se va para la otra habitación con el pañuelo en los ojos.

Jesús, emocionado, solemne, balbucea :

— Gracias, gracias.... y estrecha la mano del herido.

De resultas de aquella malhadada herida, y cuando menos se creía, muere don Manequiño.

Un día la viuda, temiendo que su ex-empleado pretenda alguna otra compañera, se atreve a hablarle de la promesa que se insinuó en la escena imborrable.

Jesús, que consideraba un mandato sagrado el recordado ofrecimiento y estimaba un deber el cumplirlo, le manifestó que no había vuelto sobre el tema sino por cortedad, por delicadeza....

Mariucha lo miraba bien, lo quería.

Unido a la vida de la chica, habiendo vivido como dos hermanos, apenas fueron novios. El idilio lo vivieron después de casados.

El gallego, como le llamaban antes, con un dejo un tanto despectivo, es ahora conocido por don Hermida. Ha influido en ello más su bondad que su situación.

El hombre, con su buen sentido para el comercio, se ha redondeado una fortuna y es dueño de campos y haciendas.

Manda construir una nueva casa, contribuye a que se edifique la escuela; habilita uno por aquí; ayuda a un muchacho con buenas disposiciones para estudiar, y tiene ganada la unánime simpatía del pago.

Vive tranquilo, feliz, con su mujer, quien le ha dado un casalcito de lindos chiquilines, pero siente un resquemor nostálgico en su alma.

Han pasado los años del esfuerzo continuo, de las luchas ásperas y vuelve la « murrña », que le apretaba el alma en los primeros tiempos, avivándole las saudosas remembranzas de la materna tierra....

El quiere eludir la insistencia melancólica de los recuerdos y se engaña:

— Me estoy quedando viejo.... O atribuye su depresión a la falta de acción habitual.

Corren los años. El hijo estudia en la capital. La hija se casa, y con la falta de esa compañía querida, solo con su mujer, reanuda su trabajo interior el ansia obsedente de tornar a su tierra, a su patria.

Con las calladas evocaciones se le aparecen claras las cosas del pasado, las dulces visiones de la tierruca, los mínimos detalles de su infancia lejana.... Pequeñeces, nimiedades que nacen nítidas entre las brumas de una lejanía sentimental que le es al tiempo grata y dolorosa....

Le cuesta una enormidad de diplomacia y de argumentaciones convencer a su compañera para que lo acompañe.... Y el tacto que adopta es resultado de un explicable fenómeno psicológico: cuando está solo, para su sentir íntimo todo es hacedero y fácil, pero ante su mujer se complica el problema. El mismo se condena, considerando que al irse comete una ingratitud; que revela la dureza de su entraña no enternecida en los largos años inquietos y dolorosos, aunque llenos de compensaciones, que ha vivido en América.

Al fin consiguió arrancar a la patrona el asentimiento: lo acompañaría en el viaje y si bien, él, venciendo escrúpulos, hubiera preferido restar allá, debía conformarse sólo con dar un paseo.

La suerte no quiere que su mujer lo acompañe: una antigua dolencia la voltea. Y parece que la Mariucha muere contenta; la Mariucha, hecha ya una vieja, siempre en aquel mundo reducido, familiar, entre el invariable círculo del horizonte inmediato; humilde, simple, quizá sin otra ambición que la de

reflejar en sus ojos claros, como última visión, el nativo paisaje.... Se diría que la misma fuerza misteriosa que atraía a Jesús a través del océano, llamó a la pobre mujer al largo descanso en su tierra triste, sencilla y quizá por ello más querida.

El pobre Hermida se desesperaba, con la oscura angustia de haber precipitado su fin.

Ahora sí, bien solo, con el pensamiento de su tierra vuelto obsesión, miraba indiferente, desde la trastienda, el movimiento del comercio en plena prosperidad, recibiendo como por fórmula el pésame de los conocidos :

— Lo acompaño n'el sentimiento....

Sintiendo el :

— Cómo teim pasado, o el :

— Ate ya, de los muchachitos aindiados que traen una lista con las indicaciones de las compras, y vuelven en sus petizos, con las maletas de lienzo azul o color café, hinchadas de farina, de galleta, de porotos....

Luego de largos meditates y consideraciones se confesaba que no poseía un verdadero apego, ni sentía una concordancia sentimental con aquella gente inculta, casi primitiva, que lo rodeaba ; con el ambiente aplastador, con el paisaje, con el campo triste, donde ritmos y cosas que morían sin ecos, sonaban a sollozo angustiado : el balar de las bestias, el chirriar de las carretas, el agudo grito de los horneros, el canto lamentable de los hombres !...

Se tenía que ir!

Si, se iba; y un pensamiento resignado, pero hondamente triste, le completaba la idea:

— A vivir los últimos días en la patria, a morir donde naciera....

Escribió a los hijos. Arregló todo en forma y casi de sopetón, como para que la gente de las cercanías no se enterase y lo incomodara con sus despedidas; saludó solo al gerente y los empleados.

La diligencia pasaba temprano.

La tarde antes había ido al cementerio donde descansaban su mujer y sus suegros. Se enterneció; en aquello no había pensado. Con la tristeza de las evocaciones le pareció todo menos triste. Y un pensamiento dormido le dijo desde el fondo del alma:

— Para qué te vas?...

Ahora, desde el pesado vehículo, al pasar frente al cementerio medio se entreparó para mirar por última vez, ¡ por última vez! aquel rincón de sus sagrados recuerdos.

Pasó por Montevideo, donde vió a los hijos que prometieron visitarlo muy pronto, y con un ansia, con una nerviosidad infantil, no sacó en todo el viaje los ojos del horizonte, como si temiera cometer un pecado al no ver, primero que nadie, la tierra querida.

Largo, incómodo el viaje, pero ahora vendrían las compensaciones. Un buen día, claro, alegre, avistaron

Portugal, Lisboa, y al otro día desembarcaba en Villa García, a dos horas de su lugar.

Qué honda y compleja emoción la de ver las campiñas nativas verdegueantes, pintorescas, risueñas... Y, por qué se acordaba, precisamente ahora, de aquellos campos uruguayos, tristes, del camino solitario, del cementerio?...

Habían pasado más de cuarenta años y ahí estaba todo reconocible, como esperándolo: las sierras, el valle, la aldea apeñuscada al rededor de la pequeña iglesia de un gris amarillo, manchado de lunares de humedad. Las callejas mal empedradas, con hierba, donde pastaba un asno. Chiquillos sucios que jugaban en la tierra....

Se instaló en casa de un pariente lejano, quien le abrió los brazos al olor de sus pesos. Los viejos del lugar, — algunos lo recordaban, — venían curiosos a ver el indiano; el americano, decían otros.

Recibió la visita del cura, que le insinuó un pedido de dinero.

El, generoso, dió largamente para reconstruir la iglesia, para una escuela, para los pobres....

Entre los agasajos y sus humanitarias preocupaciones, entre las novedades y las charlas del villorrio, pasaron los primeros meses.

Después el ambiente, las figuras, le fueron siendo habituales. Aquello se asentó, como un limo, en su alma, y de más del fondo empezaron a insinuarse, a brotar los recuerdos.

En las siestas silenciosas, tenía la visión de cuando sentado dormitaba en la trastienda de su casa de comercio, y veía los indiecitos que lo interrogaban :

— Cómo teim pasado?...

Y soñó con el campo de « allá », tan igual, tan amplio, tan triste !...

Creía haber huído del dolor y resultaba que al dolor lo había traído consigo. Allá había tristeza, y aquí había tristeza, y frío de mezquino interés y de egoísmo.

En la tierra nueva era el hombre laborioso, bueno y querido, al que se recurría como a un patriarca. En la tierra vieja era un desconocido, envuelto en una leyenda de oro : un rico de América.... Un hombre al que se podía explotar....

Alcanzó a estar seis meses.

Un día inesperado llegó a casa de los hijos, en Montevideo.

Mientras se abrazaban :

— Viejo !... Y eso ?...

— No sé como explicarte, no podía vivir allá ; me vuelvo....

— Te quedás con nosotros, verdad ?

— No, me vuelvo, allá !

Y la voz rota de emoción :

— Allá, a quedarme,.. Ya me irán a ver ustedes.

Y ahora, desde la diligencia traqueteante, mira los campos familiares, los cerros ondulados, el tajamar que él ayudó a hacer, los sauces llorones que él

plantara, que vió crecer como a sus hijos... Allá, el cementerio !...

Tiene una sonrisa mirando las estancias a donde iba, maturrangueando, a ofrecer las mercaderías.

Era domingo cuando llegó a « las pagos », como él mismo amaba decir.

Siguiendo la costumbre, al llegar la diligencia salían a recibirla.

El gerente reconoció primero al patrón y mal re-
puesto de la sorpresa, le gritó, entre alegre y triun-
fante :

— Don Jesús ! Y esa patria !...

— Y, y, no me hallaba....

— Tanto entusiasmo....

— Es así, reflexionaba el viajero.

Sin saberlo, nosotros, al dejarlas, perdemos nuestras patrias, y las perdemos porque venimos a traer nuestras almas y nuestros cuerpos para ayudar a hacer estas otras.

— Aquí me tienen....

Si, allí lo tenían : era el ejemplo.

Las filosofías sobran.

Le fueron a preparar el mate.

Como era fiesta, las enramadas estaban llenas de caballos prolijamente aperados. La clientela rumorosa, bullanguera, que se había atropellado a las puertas del almacén y cambiaba comentarios, tuvo un alegre impulso colectivo de entusiasmo.

— Don Hermida ! Don Hermida !

Un paisano inició la bienvenida espontánea :

— ¡ Viva don Hermida !, que todos corearon :

— ¡ ¡ Viva don Hermida !!!

Ya le traían el mate amargo.

El hombre no pudo contestarles nada, con el pecho oprimido, con los ojos llenos de lágrimas.



EL CHASQUE

AUN no existían por aquellos rincones el teléfono y el telégrafo, y eran necesarios para caso de urgencia los « propios » que, reventando caballos, se devoraban cincuenta leguas en ocho horas.

Para estas comisiones se necesitaban hombres de confianza, muchachos resistentes y que conocieran su responsabilidad.

Don Simón Rosas, en las tarjetas reclame de su empresa de diligencias, indicaba en letras llamativas que también se encargaba de « propios » a cualquier parte del país.

Diego Gularte, uno de sus peones, era el baqueano y el veterano de los chasques. Conocía los departamentos limítrofes como la palma de la mano y era ágil y de aguante.

Indiecito retacón y fuerte, parecía nacido arriba del caballo; puntilloso él de su hombría, las órdenes que recibía eran sagradas.

— Gularte.

— Mande.

— Tenés que dir al Mellao, al Paso del Parque, y estar pa mañana de güelta.

Dos o tres indicaciones más con respecto al caballo, al repuesto de éste, a alguna cortada de campo, a que tomase por una picada, y no había sol de fuego ni arroyo crecido ni nada que lo acobardase o lo atase.

Los otros peones lo consideraban con envidia, lo trataban de « liviano » aludiendo a su peso ligero, propicio a no cansar al animal en el viaje, y dándole, en doble sentido, un despectivo valor al vocablo, popular equivalencia de flojo. Pero él, suficiente, sonreía, y estrenaba un sombrero compadrón, un pañuelo de seda, como resultado de las galopadas terribles.

Una mañana, no hacía mucho habían vuelto de un baile y mateaban para engañar el sueño, cuando llega el patrón a la cocina y después de saludar, dice, toreando :

— Vamos a ver, quién se anima a pegarse un paseíto hasta el Queguay ?

Los peones, como reconociendo el derecho de Gularte, lo dejaron ofrecerse :

— Yo, patrón.

— Es pa las puntas del Queguay, a lo de don Lidoro Pintos, casi en la cuchilla de Haedo....

— Por donde el diablo perdió el poncho, comentó uno.

Gularte se mojó la cabeza, colocó unas frescas

hojas de tártago dentro del sombrero, ajustado con el barbijo, se aseguró bien la carta que debía llevar, y en tanto sus compañeros le hacían guiñadas como diciéndole :

— Aura vas a ver con quien se casó Caña Güeca !...

Partió.

Calentaba el sol.

El indio, sin dormir, entrecerraba los ojos encandilados por la luz.

Galopaba canturreando por el callejón, y todo se le volvía arrorró: el acompasado golpear de los cascos del caballo, su propio canto monótono, el vaivén uniforme del galope.

Intentó silbar. Sacó un cigarro, atenuó la marcha y fumó.

Cuando llegó al arroyo del Molino se mojó otra vez la cabeza, se acomodó las hojas medio achicharradas y miró con delicia el pasto suave, alto, que se movía e invitaba a una siesta....

Al avistar el boliche del « Tropezón » crió coraje.

Bajó allí, tomó una cañita y pidió una botella de cuarta de la bebida porque veía que sino iba a aflojar.

Cambió caballo; comió pan, queso y sardinas y emprendió la marcha.

Se acercaba el medio día.

Las cachirlas, flotantes sobre sus patitas de alambre, esponjaban las alas, abrían los picos, axficiadas.

Gemían las palomas: tuiráa, tuiráa....

A Gularte le pareció triste y desagradable la nenia y exclamó:

— Pucha, yo mataría todas las palomas.

Había un calor de incendio. Se dijera que a momentos todo iba a empezar a arder bajo el implacable cielo amarillo, lívido. La sombra azul violeta del muchacho y de la cabalgadura parecía ir suspendida en el aire enrarecido. Venían del camino y del campo, con olor a pasto seco, bocanadas de fuego que herían los ojos y reseocaban las fauces.

— V-i-a tomar otro traguito....

Y la caña brava le daba una ilusión de fuerza y de alegría.

Se puso a cantar a gritos. Después le pareció que el pingo acortaba el galope.

— Disgraciao, aura te me vas a aplastar!

Y empezó a darle lazo y lazo, lanzándolo en carreras desenfrenadas.

El viento encendido le quemaba el rostro, le chillaba en los oídos, y él, dele rebenque, volaba por el callejón desierto.

Bufaba el caballo, echaba humo, se llenaba totalmente de blanca espuma.

A Gularte le zumbaba la cabeza y se sentía ganado de un furioso rabiarse contra el matungo, contra el camino, contra los campos y los palos del alambrado que giraban vertiginosos como si estuvieran bailando.

— Nunca me ha pasao esto! se admiraba, y secándose el sudor se detenía para beber otro trago.

Se acordó del baile de la noche anterior: un güen baile.... El salió enredadísimo con una chinita hija de una lavandera.

— Linda diversión los bailes! y si son con corte, no te digo nada!...

— Lindo el baile!

Galopó, galopó....

Sus recuerdos se confundieron, se embrollaron.

Sofrenó el caballo.

— Y aura, pa qué me apuro tanto? se interrogó.

.

Llegaba a Laureles. Había un almacén. Nueva- mente hizo llenar de caña la botella. Compró dulce, bizcochos, yerba. azúcar.... Allí, a la media legua, vivía una paisanita con la que él andaba noviendo.

Salió tambaleante del almacén y montó a caballo.

Rumbeó al rancho.

Dormía todo en el bochorno de la siesta.

El campo, el cielo, las cosas, estaban como sus- pensos bajo la luz deslumbradora, en una calma de ojos abiertos e inmóviles.

Gularte sentía deseos de cantar a gritos, y la san- gre se le precipitaba a borbotones por el cuerpo tem- bloroso.

Al llegar, saludó; no obtuvo contestación. Cuando se apeaba apareció la muchacha, la pardita sabrosa por quien él se derretía de amores.

— Oh, usté, Gularte....

— Yo, prenda....

— Toy sola, mama salió.

— Mejor si es gorda, le sonrió el visitante sin saber lo que decía. Y, alcanzándole sus regalos :

— Le traigo esto, sabe....

Ella tomaba los presentes : los dulces, la yerba, los bizcochos....

— Gracias, pa qué se fué a incomodar....

— Usté lo merece.... y se le aproximaba.

— Me parece que no está muy bien, Gularte.

— Estoy macanudo !

Dejó el caballo sin desensillar, se quitó el sombrero y entró al rancho, deshecho, derrengado, imposible.

La muchacha, que no tenía con él mayores intimidades, previó el peligro, quiso salir, pero él la tomó por un brazo tartajeándole :

— Venga, vieja, venga....

Y rodaron abrazados.

A los cinco minutos Diego Gularte roncaba con la boca abierta, mientras volaban, zumbándole sobre la cara, las moscas.

Cuando volvió la madre de la muchacha se enteró a medias del suceso ; arreglaron mejor al paisanito sobre el recado, mientras ella comentaba :

— Pobre mocito.... si-ha pasao un poco....

El sol alto del otro día daba en la cara del indio que se recordó con una sed de ascua ardiéndole las entrañas.

Se incorporó : las piernas duras, los riñones como

descuajados, la cabeza terriblemente dolorida; salió del rancho, se fué al barril y bebió agua hasta sentir hinchada la barriga.

Estaba vestido. Vió su caballo. Con los ojos ardiendo, entrecerrados, somnolientos, la mirada perdida en las lejanías del campo, como sin ver, se puso a pensar.

No se acordaba sino del baile que empezó en el pueblo y había continuado en plena campaña donde todo, callejón y campo, alambrado y casas, giraban bajo la transparente lluvia de fuego del sol.

Se asomó la paisana:

— Güen día, Gularte.

Atrás aparecía la chiquilina, ruborizándose.

— Necesita cualquier cosa?

— Güen día, contestó él, y cuando quiso sacarse el saco para lavarse la cara, sintió en el bolsillo el frufutar de los papeles, de la carta, del chasque!

Se quedó rígido, paralizado.

— Junamante!!

Aun estuvo un minuto inmóvil, sin una decisión, frente a la cruda realidad de los hechos.

— ¡ No haberme muerto!

Ensiló. Se despidió de aquella gente que le daba un mate. Salió a todo galope.

Llevó la carta a su destino.

Llevó la carta, pero no volvió más al pueblo.

Estaba deshonrado.



LA MÁQUINA

INSISTENTE, como una punzada de herida, Prudencio no tiene en su preocupación otra idea que la de agenciar algo para dar de comer a su gente.

En cuclillas, junto al fuego, con la caldera en una mano y el mate lavado en la otra, su mirada se pierde en el cuadrilongo de la puerta que da al campo solemne y silencioso.

Se han esfumado los últimos resplandores del día. La masa espesa de los chilcales, que simula con su perfil lineal un mar dormido, desprende un olor acre y sano. Medio borrachas de su goce, las luciérnagas, que ya pueden volar y ser luz, guiñan su linternita verde-azul, que a uno se le antoja prenden en el terciopelo oscuro del cielo cuando nacen las primeras estrellas.

Un vaho húmedo en los tallos de las matas, en los pastos, quiere volverse niebla indecisa y flotante.

Cerca del fogón, de pie, la mujer lo mira, callada. Más lejos, en la sombra completa, brillan los ojos de los hijitos que, sentados en trozos de ceibo, guardan el silencio que se dijera exige la hora.

— Entonces no hay nada... dice Prudencio, como si no supiese de antemano que no les queda una galleta, ni un pedazo de carne, ni una cebadura de yerba.

La mujer no contesta. Y los muchachitos, como conscientes de que el drama los cuenta entre sus personajes, con los codos en las rodillas inclinan la cabeza sobre las manos, y piensan también.

Ya les llega su lote de dolor. Ya la miseria les viene « a abrir los ojos ».

— Mama...

Indudablemente el muchachito iría a preguntar:

— Hoy no se come?

La mujer, intuitiva, le dice, cariñosa y grave:

— Quedese quieto, m'hijo.

Con el agua tibia ceba el hombre un mate sin gusto, « como lágrima de avestruz », y se lo alcanza a su hijo.

Las pequeñas manos sucias del chico acarician el mate grande, mientras bebe gravemente el brebaje imposible.

Hace quince días que Prudencio salió de la estancia donde estaba colocado. Tuvo con el patrón unas palabras sobre un animal muerto de carbunco al que le obligaban a cuerear. Apenas atrevió una protesta, el estanciero autoritario le gritó:

— Se están poniendo muy delicados; hechos una florcita... No quedarás que se lo saque yo!

— Yo le digo razones...

— Razones de mal pagador.... Ya te ponés a sacarle el cuero o te mandás mudar de la estancia.

— Ta bien, replicó él; dió vuelta y se fué.

Le pagaron, volvió a su rancho, e inmediatamente se puso a buscar trabajo, por desgracia sin éxito. En las estancias no se conseguía labor. Había pasado el tiempo de las esquilas.

Sacó fiado del almacén, pero pronto le cortaron el crédito.

De dónde procuraba él con qué dar de comer a los suyos?

— Pedir?... Para qué, si sabía no iban a darle nada por ningún lado, y debería sufrir, además, alguna bochornosa e hiriente respuesta.

Miraba de reajo a su mujer, miraba los chiquilines.

Para qué hizo él familia?

Para qué se buscó mujer?...

¿Para qué vinieron aquellos muchachitos, queridos hambrientos, que se embadurnaban cara y manos con la grasa de los asados o con el tizne de los chocos revolcados en la ceniza....

¿Qué derecho tenía el pobre a tener familia, y rancho, y cariño.... y miseria?...

No estaba muy bien él, soltero, durmiendo — solo como un perro — en un rincón de los galpones de la estancia, o aburriéndose, desesperado de tristeza, ante el vaso de caña en la pulpería?...

Sí, la familia y los hijos y la casa eran para los ricos que no hacían nada, que no tenían quien los

echase del conchavo, ni verían nunca a los muchachitos flacos, silenciosos, alrededor del fogón inútil cuyos trafogueros se llenaban de ceniza.

Y al fin, quién lo metió a él a protestar, a tener miedo de morirse del carbunco si desollaba el animal apestado?

Hubiera ido no más como otras veces, sin temores ni preocupaciones, a ganarse el puchero haciendo ese o cualquier otro servicio....

Sí... sí... pero acaso no le había surgido el dudar al recuerdo de la mujer y los hijitos?

Amor oscuro y ciego era aquello y era esto que ahora le enternecía el alma y lo impulsó a llamar a sus brazos a los muchachos.

Besó los hijos y se incorporó.

Su mujer había visto reflejarse en su espíritu, como en un espejo, todo aquel doloroso tumulto de ideas.

El salió del rancho, y mientras enfrenaba el caballo, la paisana, que lo había seguido callada, le recomendó:

— Tené cuidao, Prudencio.

El esperaba que le dijese:

— ¿Qué vas a hacer?

Y hubiera titubeado porque, pese a su resolución, a la conciencia nueva que le surgía convenciéndolo que aquello estaba bien, ¡él iba a.... robar!

Ese hecho era una novedad tan enorme e impensada en su vida, que le parecía mentira lo hubiese decidido en su interior.

Era un salto brutal por sobre todo su pasado honesto, sobre su moral simplista, heredada, que venía de la boca de los viejos vuelta sentencia y vuelta admonición.

No había en su cerebro un concepto definido y conciso; él no obedecía a un mandamiento o a una ley sino a una costumbre: a una manera de ser, tradicional y viva:

— No se debe robar!

Siempre había sido así: ¡ No se debe robar!

Y ahora la frase no tenía valor. Antes quería decir: no hay que apropiarse de lo ajeno. Y ahora? qué significaba lo ajeno?...

Robar y lo ajeno era traerles de comer a sus hijos!

Entonces aquel aparato, aquella cosa indefinida que regía los actos y los clasificaba, se venía abajo como una vieja enramada de más viejos horcones apolillados y podridos.

Pese a todo, Prudencio no se sentía en estado normal: le zumbaba la cabeza mientras marchaba al tranco de su caballo. Se asustó cuando delante suyo pasó, volando, una lechuza con su áspero graznido; y como olvidado de su propósito, le costó un esfuerzo animar al animal que había terminado por detenerse en el callejón.

Todo era sombra en la tierra.

Venía un aire húmedo, fresco, de los campos.

Rayaba el silencio el uniforme clamor de los grillos; lo cortaba un grito de zorro que al decir de los paisanos pronuncia claramente:

— Tío Juan! Tío Juan!

Aquello lo llevó en brazos de la fantasía popular de las fábulas primitivas de animales que hablan, con las que él se divertía y entretenía a los gurises.

El rumor confuso de los pasos y los balidos quejumbrosos de una majada apartando el sonreír ingenuo de los cuentos, lo volvieron a la cruda realidad.

Escuchó: estaba cerca. Todavía siguió un poco a caballo y cuando enfrentó a las ovejas echó pie a tierra y ató su matungo a un palo del alambrado.

Diestro, habituado, no le costó mucho entrar en medio a la majada y elegir un cordero gordo al que arrastró de una pata mientras las demás ovejas se arremolinaban y escapaban asustadas.

No iba a matarlo allí. Después pensó:

— Bah, es mejor; si lo llevo así es más peligroso.

Dió vuelta al animal, le metió un pie en la vejiga, le estiró el pescuezo y le hundió, certero, el cuchillo en el sangrador.

Baló tristemente la bestia y él se afirmó para no dejarla escapar ahora que estaba en las ansias de la muerte.

Su atención a la tarea, su cabeza preocupada, el rumor de la majada que corría y balaba, no le habían permitido darse cuenta que avanzaba gente por el camino, que se detenían junto a su caballo y habrían supuesto lo que hacía.

Cuando saltaron el alambrado, los alambres quedaron quejándose como bordonas...

Eran cuatro hombres. El segundo comisario de la sección, un sargento y dos milicos.

Prudencio no comprendió hasta que los tuvo arriba imponiéndosele :

— Epa, no se mueva o le tiramos !

— Junagran !... se le escapó un juramento.... Tan luego aura....

— Dese preso ! le ordenaron.

El pensó :

— Estos son los perros de los que no pierden el conchavo, a cuyos hijos no les falta un día de comer.

— Otra vez voy viendo q'ellos tienen razón.

— Qué hacía, amigo ?

— Ya lo ven : carniaba.... pa comer....

Iba a decir :

— Pa mis hijos.... pero lo calló : eso no iba a ablandar a la autoridad, que comentaba :

— Todos dicen lo mismo.

— Así será. Yo digo lo q'es.

— Callesé la boca ! Marche !... Agarre la oveja, sargento. Metan ese hombre entre dos de ustedes. Vamos.

Y siguieron por el camino, callados.

En el sonoro silencio de la noche retumbaban los cascos de los caballos, chocando sobre la tierra dura ; sonaba la coscoja del caballo del comisario, y daban una sensación de frío y de dureza los sables que, metálicos, acompasados, golpeaban contra los estribos, contra las argollas de las cinchas.

Habían de pasar frente al rancho del detenido.

El varoncito preguntó más de una vez a la madre :

— Y tata? mama.... Y tata?

— Aura v'a volver.

Cuando sintieron el tropel de los que venían por el camino, la paisana, seguida por los chicos, salió a mirar.

No se veía nada, pero algo le apretó el corazón a la mujer que no pudo contenerse y gritó a la sombra, llena de doloroso presentimiento:

— ¡ Prudencio ! ¡ Prudencio !

El preso se sintió ahogado de emoción, de vergüenza, de desesperación y no pudo articular palabra.

¡ Comprendía lo que era ! Aquellas ideas que le fué preciso vencer lo dominaban ahora. Se alzaban triunfadores los conceptos despreciados.

¡ Cómo se volvía una poca cosa !... ¡ un ladrón !, ante la fuerza previsora, entre la implacable red de los hombres, vigilantes cuidadores de las fórmulas hechas, instrumentos precisos, obedientes a la organización contra la cual se había rebelado.

— Apuren, apuren ! ordenó el comisario.

Repiquetearon más violentas las pisadas sobre el callejón, y se perdió entre el rumor el grito roto y doliente de la mujer desesperada :

— ¡ Prudencio ! ! Prudencio !

Al otro día ella tuvo seguridad de la desgracia. Un milico le trajo la noticia. La triste, que no había podido dormir en toda la noche, le preguntó llorando :

— Lo soltarán pronto?...

— Di'ande, informó el otro.... Lo han agarrao en-fragante, lo pasan al pueblo.

— Y no lo podré ver?

— Lo q' es aquí, no la van a dejar.

La paisana hizo un atado con la ropa, cerró el rancho y salió con los hijitos. Ella tenía que ir al pueblo. Y ahora lo inmediato era encontrar para los muchachos hambrientos lo que no podía traerle nadie.

Los diarios de la capital del departamento recrudían su campaña contra el abigeato, y a los comisarios, a los cuales era preciso aparentar celo y preocupación, les vino de perilla la captura.

Convino, pues, transformar al reo en ladrón de ovejas y presunto jefe de una pandilla de matreros que asolaban el norte del país.

Con semejante parte, y atadas las piernas por abajo del caballo, lo mandaron a la ciudad.

El engranaje de la justicia lo había tomado bien al paisano indefenso y simple, quien, sin saber escribir para comunicarse con los suyos, mal tratado, metido entre las cuatro frías paredes del calabozo, pronto sintió resentida su salud. El, más que nada, necesitaba para vivir calor de hogar y el aire libre y la visión tranquila de los campos nativos.

Otro más pobre o tan pobre como ellos, un carrero conocido de Prudencio, dió de comer a los chicos, a la mujer, y los llevó unas leguas.

Ella encontró trabajo y aunque los hijos le dificult-

taban un poco su lucha, lentamente, fué acercándose a la ciudad donde estaba su marido.

Nunca había visto un pueblo; nacida en campaña, criada de cualquier manera, después de peona en la estancia donde conoció a su compañero, se imaginaba confusamente una población. Cuando más, creía fuera una aglomeración de casas, que guardaban distancia entre ellas; después pensaba en la gente que allí andaría paseando:... Al pueblo no se iba sino a divertirse, a gastar dinero.... y a pagar las culpas de robar una oveja o matar un prójimo.

Al llegar a las primeras chacras se arrimó a pedir trabajo. Los chiquilines eran siempre un inconveniente, pero, por suerte, le darían ocupación.

Preguntó si aquello era el pueblo. Se le rieron al contestarle que estaba aun como a media legua.

Trabajó hasta matarse. Contó su historia, un poco desfigurada: su instinto le decía que esa gente « casi del pueblo » debía pensar como todos.

Una vez recibido el sueldo del primer mes de trabajo, ¡ cinco pesos!, enterada de que los jueves dejaban visitar a los presos, pidió permiso y salió temprano con sus dos criaturas en dirección a la ciudad.

Era un día gris, triste. Lloviznaba. Hubo de alzar al hijo porque a través de sus alpargatas rotas le había entrado una espina en un pie y reingueaba, llorisqueando.

Iban por medio de las calles; los transeuntes los miraban curiosamente. Ella sufría la impresión de que fueran las miradas acusadoras, despreciativas.

Tenía vergüenza de preguntar por la cárcel, de declarar quien era.... y sin rumbo, continuaba su marcha extenuante con el hijo en los brazos, bajo la llovizna fría.

Se atrevió por fin a interrogar a un guardia civil.

Había de desandar camino, tomar a la izquierda y luego seguir hasta la plaza.

— Q' es la plaza? inquirió ella.

Y el guardián, sonriente, para sí: esta campusa es media lela....

— La plaza es un potrerito con árboles, sin alambrado, que v'hallar.

Allá se fué. Volvió a preguntar a un pasante y a su indicación entró en un gran edificio chato, amarillo, de paredes desconchadas y sucias.

Le salió un soldado a atajarla groseramente:

— Qué quiere?

— Vengo a ver a mi marido.

— Y quién es su marido?

— Prudencio Fleitas.

— Pero y quién es? le replica de mala manera.

Ella lo mira. Tendrá que contar otra vez su triste, su desgraciada historia. Comienza:

— Nosotros, sabe, éramos de p'ajuera....

El soldado comprende:

— Ah, es un preso.

— Si, señor.

— Güeno, entonce tiene que venir a la una.

— Está? averigua ella, ansiosa.

— Que sé yo....

La mujer ha colocado el chico en tierra y resta allí, contra la pared, sin saber que hacer.

El soldado se ha puesto a pasear, indiferente; en una de sus vueltas repara en ella y la increpa:

— Y aura, qué hacemos ahí? No l'he dicho que vuelva a la una?

Era verdad, le había dicho eso!

Respetuosa, humilde, como si aquel soldado fuera un dios, inclina la cabeza, toma sus hijos de la mano y sale.

Va a la plaza, y mirando con cuidado hacia todas partes, no vaya a ser esté prohibido, se sienta en un banco con sus muchachitos que, con los ojos llenos de lágrimas, tienen miedo de ponerse a llorar.

¡Cuándo llegará la una! La hora de ver al pobre Prudencio, abandonado, triste, que en sus interminables horas de angustia no hará más que pensar en ellos.

Los chiquilines le recordaron que no habían comido. Fueron hasta el almacén a comprar pan, y preguntaron la hora. Cuando volvieron ya se amontonaba frente a la cárcel una cantidad de hombres y mujeres mal enfachados, algunos con paquetes envueltos en diarios, bajo el brazo.

Ella se aproximó timidamente al grupo.

Mujeres locuaces, pobres desgraciadas del arroyo, con el amante o el hermano preso, le hablaron, la compadecieron cuando contó, en párrafos cortados, su odisea.

Anhelaba la infeliz una palabra de consuelo, de

cariño, y aquellas compañeras de infortunio se la dieron, compasivas y fraternales.

Le preguntaban como era Prudencio. Ellas lo debían conocer, lo habrían visto otras veces al venir allí.

— Ah, flaco, aindiado, con bigote así...

En ese momento un soldado vino hasta la puerta del edificio carcelario y sin pronunciar palabra hizo un gesto a los que esperaban, como diciéndoles:

— Pueden venir.

Cesaron las conversaciones; la masa de personas se precipitó a la entrada y pronto desfilaban de a tres o cuatro por los fríos corredores húmedos, fúnebres con su friso negro, pintado de alquitrán hasta metro y medio de altura.

La paisana seguía al montón. Terminaron por llegar a un patio abierto al que daba una herrumbrosa y grasienta doble reja de hierro tras la cual se aglomeraban los detenidos.

La pobre gente se entregó a sus efusiones y saludos. Algunos, en voz alta, decían bromas cínicas, festejadas con grandes risas. Otros se quejaban: se les habían acabado los cigarros.... mal alimentados sufrían horriblemente el frío....

Unas mujeres lloraban, bajo, en un extremo.

La criolla, olvidada, más atrás, con sus hijos, había recorrido con la vista la fisonomía de todos los presos, y no podía conformarse al no encontrar, al no descubrir a su marido.

Temblaba de frío, le ardían los ojos, pesábale la

cabeza.... Como en aquella noche le pareció sentir un tropel de caballos en el camino y que le llevaban a su compañero, que no podía decirle adiós, y gritó :

— Prudencio ! Prudencio !

Los chicos lloraban ; las mujeres con quienes había hablado se dieron vuelta a mirar.

— Ah, la pobre china esa !

La fueron a sostener : se caía.

Indagaron entre los detenidos :

— Busca a un tal Prudencio.... lo conocen ? cuál era ?

— Como aquí algunos se cambian los nombres.... vaya a saber....

— Ya lo habrán largado....

— N6, era aquel indio flaco, el 48, que parecía tísico.

— El 48....

— A ese, hace tres semanas lo llevaron al hospital.

La paisana había caído sentada contra la pared. Deliraba.... Cómo iba a comprender ella la inmensidad de los hechos !

Los hijos, asustados, encogidos, huraños, miraban a la madre, miraban todo ese mundo enemigo que los rodeaba. En su incomprensión ingenua, en sus almas inocentes, debían adivinar que prendían en ellos las raíces amargas de la injusticia.

Allí también vigilaban guardias. Uno de ellos avisó a un empleado, quien vino refunfuñando y creyó que con su autoridad se arreglaría todo.

En tono enérgico se dirigió a la mujer :

— Eh, señora, levantese !

Y los visitantes de los presos, como protestando:

— No ve que tiene el mal; que le ha dao un ataque.

— Ustedes se callan! y rectifica, airado:

— Hay que traer una camilla. Yo avisaré al doctor.

Sonó una campana. Terminaba la hora de visita, carcelaria.

Se reanudó un poco más nerviosa la escena del comienzo de la entrevista: las bromas, las risas, las recomendaciones, las lágrimas....

Olvidaron a la mujer que estaba en el suelo.

Cuando salían, alguna la miraba:

— Pobre!

Vino el médico.

Dos soldados la pusieron en una camilla, mientras los demás que estaban de servicio se aglomeraban por ver.

Se preguntó por el nombre de la enferma.

Uno de los guardias del patio de presos dijo:

— Es la mujer del 48, de aquel que está en el hospital....

— Ah, de aquel, del 48.

— El 48 murió, agregó un tercero, y repitió, satisfecho de poderlo informar:

— Murió.

El doctor ordenó llevaran la mujer al hospital.

Uno contra otro, como queriendo pasar desapercibidos, estaban los chicos.

- Y estos muchachitos? curioseó un escribiénte.
- Irán al Asilo, contestaron con indiferencia.
- Se debe pasar un oficio al Fiscal.

La ley, preocupándose de ellos, los separaría....

Los separaría con impecable orden: cada cual a su respectivo casillero.

Parece los esperasen fatalmente esos delantales grises, tristes, de los asilados, que han de restarles, siempre, largos.... esas polonesas de cuero tosco que han de quedarles, siempre, grandes.... Ese frío de la caridad organizada....

Un ordenanza con la nota en la mano, salió con las dos criaturitas.

Moradas de frío, las caras mojadas de lágrimas, torpes, como dos animalitos salvajes, seguían al soldado.

El varón cojeaba. La mujercita, toda llena de instinto maternal, le secó las lágrimas.

LA HUÉSPED

CUANDO conocí a doña Filutina, ya hacía tiempo que ponía en práctica sus originales expedientes de vida y, por cierto, con sorprendente éxito.

Era viuda, contaría cuarenta y cinco o cuarenta y ocho años ; con su pequeña estatura, su abundancia de carnes y su charla melosa, se adaptaba a cualquier ambiente, poseyendo la habilidad, como algo dúctil, gelatinoso, de adquirir la forma del molde, conformándose a las costumbres desconocidas, a los gustos ajenos y, con una soltura de veterana, se hallaba a sus anchas en casas cómodas o estrechas, entre muebles viejos o nuevos.

Para cada circunstante disponía de una frase halagadora y oportuna, de una sonrisa interminable que parece lo humedecía todo tibia y azucaradamente ; pensaba como los dueños de casa, tenía sus mismas predilecciones, y, — heroico dominio del humano egoísmo, — le brotaban pródigos y lisonjeros los superlativos de admiración ante los vestidos o los sombreros de las niñas visitadas.

Doña Filutina se acompañaba de su hija Chiquiña, especie de joven y fresca visión de su madre. Era también gordita, insinuante y su sonrisa más tierna, más caliente, expresaba como en un rosa dorado lo que en su madre tenía una palidez de cosa fofa.

Chiquiña, uno de esos seres femeninos con algo de plumón, de luz mórbida, que hacen apresurar los instintos de los adolescentes, precipitándolos en sueños precoces; de esas mujercitas ante quienes los viejos cuentan mal sus años.... servía de formidable argumento cuando se alargaban los días de las extensas visitas de la viuda.

Ignoro si esta comfortable señora ha creado la profesión de huéspedes; tentado estoy de creer que cuando menos la perfeccionó.

Yo la encontré, y singularizo, pues era la madre la que significaba lo activo, siendo Chiquiña sólo un apéndice, la encontré, decía, en la estancia de don Pedro Pintos Pereira, en Corral de Piedra: allí hacían una temporada larga y tranquila.

En ese entonces su predilección era por el campo silencioso, sedante, lejos de los chismes y el bullicio de los pueblos.... A saberlas, de buena gana, hubiera recitado dulces pastorales de Garcilaso de la Vega....

Los Pintos Pereira, hechos a invitados, no se preocupaban mayormente de su estadía, pero allí donde los dueños de casa no se cansaban, ella debía reservarse un futuro retorno; simulando un apuro, una necesidad impostergable, se pasaba una semana lamentándose de la fatalidad que le impedía continuar en tan grata y

amable compañía.... y se marchaba prometiendo volver más adelante.

Además, doña Filutina, — cuestión digna de nota, — había sido mujer de un brasilero. Y es fama que entre éstos los parentescos son extensos y con ramificaciones interminables, resultando a menudo que por el marido o por un sobrino ella llegaba a encontrar algún complicadísimo lazo sanguíneo, que le daba autoridad a verter una lágrima por un deudo o a acariciar, con más o menos efusión, a la señora.... o al señor de la casa.

Con el tiempo fuí enriqueciendo mis conocimientos sobre la vida y milagros de la eterna viajera.

Un día, en Tacuarembó, en casa de unas relaciones, vi aparecer a Chiquiña con la niña de allí; por adentro se oía la voz almibarada de doña Filutina protestando mil excusas en consecuencia de sus solicitudes.

Me enteraron que hacía quince días hospedaban a las señoras.

Otra vez llegaron, con una carta de recomendación, a estar dos o tres días en lo de Scattolini.

Este, que tiene familia y como medio de vida un comercio — almacén y tienda — está a punto de estallar y preguntarle lindamente a la señora recién llegada :

— Pero no hay fondas y hoteles en el pueblo?

Mas ya la diplomática viuda, como si del asunto

de su estadía no se fuera a tratar y acentuando sus recuerdos de conocida, halaga al italiano :

— Usted siempre joven, don Nicola.

Scattolini se arregla el bigote a lo Umberto y atreve una galantería.

Doña Filutina duerme a pierna suelta hasta las nueve de la mañana. A veces, echándole la culpa a su jaqueca, pide el café con leche en la cama, y entre disculpas, excusas y lamentos, se hace tratar a cuerpo de rey. Una carta que llega y otra que espera le prometen un dinero el cual no llega nunca y la pone en el angustioso trance de pedir algunas mercaderías fiado al comerciante.

Los dos días pasan de dos meses ; la cuenta del crédito lleva miras de crecer y la huésped parece instalada para toda la vida.

La señora Scattolini es incapaz de hacer a la visita la mínima insinuación ; Scattolini mismo, tan enérgico habitualmente, no hace más que martirizar sus bigotes ; de buena gana la echaría a gritos, o no le abriría la puerta una noche que salieran a pasear, pero su carácter ante la suavidad de la viuda pierde su aspereza.

Sin embargo, el hombre se empieza a convencer que las circunstancias le exigirán un gesto enérgico.

Se delinea el conflicto.

Cómo es que falla la aguda percepción de la veterana ?

No comprende que cada día que transcurre la acerca a una catástrofe?

Se expondrá a una escena?

No! Es muy inteligente la señora, conoce su oficio: hasta allí cedía la cuerda.

Su retirada es aun oportuna y la efectúa estratégicamente.

Scattolini, a pesar de la incomodidad, de las rabietas, de la cuenta, de los proyectos... está a punto de exclamar:

— A ver cuando vuelven....

Pero la familia, que colectivamente despide a las « buenas amigas », prodigándoles apresurados cumplimientos, le impide concretar su inesperada hospitalaria blandura.

Doña Filutina y su hija se han ido de nuevo a campaña.

Las encuentro siempre, aquí, allá, como en su casa, bien ubicadas, saludables, simpáticas.

No faltó la oportunidad de una presentación:

—

— Dermidio Noble, para servirla....

— Noble?... Noble.... hijo de Fermín?

— No, señora, Fermín es primo de mi tío Belisario.

— Pues somos parientes, por mi finado marido: él era Da Silva Noble, Noble....

Nos liamos en una larga y tejida investigación sobre nuestras respectivas parentelas.

La señora argumenta; aduce datos.

Yo resisto debilmente: mi buena educación me aconseja que es indelicado negarse al honor de ser una rama del frondoso árbol genealógico de los Da Silva Noble o Nobre.... cuando la viuda reclama:

— Chiquiña!, ven a saludar a este señor, tu primo.

Viene la hija.

Me envuelve en el encanto de su sonrisa....

Hablamos de la familia.

Se enteran que resido en Rivera.

En el departamento abunda nuestro apellido. Leyendo el diario me sorprende la noticia de la muerte de un homónimo mío. En casa me informan:

— Son otros Nobles....

Se me ocurre:

— Quizá un pariente de aquella señora.

Suena el timbre.

Frente al zaguán hay un coche; descienden dos mujeres de negro; les bajan equipaje.

Cuando menos lo espero, una se adelanta: de entre los mantos y crespones sale una mano, toma la mía, me atrae hacia ella, me abraza y, compungida, al estrecharme, me da el pésame.

Es doña Filutina, quien después de las primeras frases, ordena:

— Entren las balijas.

Aquella sensación de idea absorbente, de pesadilla, que debe haber sufrido mi amigo Scattolini, y veinte, cuarenta prójimos más, la sufro yo ahora.

El Noble muerto no es pariente mío, pero yo me siento realmente emocionado, irresoluto, embarazado.... y abrazo a Chiquiña.



LA TAPERA DEL PUEBLO

—

— Si, es común encontrar en nuestra campaña, en un ángulo que forma la vuelta de un callejón, una de esas mezquinas aldeas, integrada por una serie de ranchos chatos, pardo amarillentos, color tierra y paja, ya que son estos los elementos con que están contruidos.

Casi siempre tienen un nombre juguetón, resultado de la chispeante socarronería criolla: « Saca Chispas », « El Trompezón », « Saca Calzones ».... La gente seria los califica, en pintura y condenación: « Pueblos de Ratas », y los campesinos no llevan — a veces — su bautismo más allá del pomposo nombre de « pueblo ».

Se forman por azar, sin orden. Un peón que saca una sirvienta y construye el nido cerca de la estancia. Un puestero a quien echan del campo, por razones o sin razones, y busca hospedaje en el rancho amigo, al lado del cual mañana improvisará el suyo.... Una infaltable negra vieja, « médica », partera, que quiebra daños y venceduras; dueña de cuatro o cinco perros y madrina de unas chinitas avispadas, que ha « criado »

y que viven a mate dulce y galleta, cuando lo consiguen y no hay otra cosa.

En tales rincones se refugian también los peones viejos, despachados de los establecimientos ganaderos por inútiles; allí nace la carne de cañón de los milicos de línea, como tienen las queridas los sargentos de policía autoritarios.

Hormigueros de pobres, se amontonan cinco, diez ranchos, y en proporción la banda de chicuelos, sucios, medio desnudos, de pie en el suelo, y la perrada flaca, temible y escandalosa.

Al lado de esos rancheríos es común ver una portera que abren y cierran a los viandantes los chiquilines, mediante la mísera propina de unos vintenes.

Antes, generosamente, se daba en las estancias carne para todos o se vivía por las cocinas y los galpones de los grandes establecimientos patriarcales.

Me acuerdo que mi abuelo, cuando me contaba su primera gauchada al escapársele a los reclutadores de los guayaquíes de Rivera, decía:

— Yo volvía de lo d'Herrera, ande fi a buscar la carne.... Regalada por cierto....

Ahora!... El desprendimiento criollo, el rancho abierto y hospitalario se van perdiendo. Las máquinas, las esquiladoras mecánicas, los bretes para curar y marcar, los potreros chicos, no requieren mucha gente y sobran brazos.... Se siembra poco y se espera mucho del tiempo y la naturaleza.

De ahí la propagación del vicio y la haraganería,

la ignorancia y la superstición que hacen del indígena un ser fatalista e ingenuamente crédulo en milagros y fenómenos sobrenaturales.

Los « pueblos » tienen sus momentos de, al parecer, despreocupada alegría : los bailes ! La peonada de una estancia junta unos reales. Se trae harina para hacer las tortas fritas, yerba y azúcar y unos litros de caña. Cuando los iniciadores son refinados o poseen plata a « discrisión » se permiten completar el surtido con una botella de licor de rosa o de menta « p' al ganao rabón ».

Guitarreros o acordeonistas hay siempre entre ellos. Sala : el rancho más grande, del cual se sacan afuera las « cacharpas », y cuyo piso de tierra se barre y hasta se rocea.

Y se baila entre el olor del pavimento natural, del sudor y los perfumes de turco de las mozas.

El baile es triste, melancólico, como los cantos de la tierra.

Hay que ver el silencio de los danzadores, la grave atención con que miran sus pies, al seguir impecablemente el ritmo vulgar de los valeses, de las polkas, de los shotis.

La población, teatro de los acontecimientos que le narro, tenía otra característica : la lengua, jerga limitada y dulzona, mezcla del castellano rioplatense y del portugués abrasilero de la frontera.

Era ahí, en el departamento de Rivera, no siendo

hoy más que un montón de escombros, una impresionante, evocativa tapera.

El pueblo se agitó por una exótica asonada. Unos peones de estancia, que ganaban seis u ocho pesos mensuales, sugestionados quizá por este viento de reivindicaciones que sopla sobre el mundo, reclamaron a los patrones el aumento de sus sueldos.

Luego de la consecuente sorpresa los amos contestaron echándolos y no de manera muy civil.

Los « huelguistas » afluyeron al pueblo. Tenían intenciones de aconsejarse con el Comandante Saucedo.

Este sujeto era un personaje entre los habitantes del rancherío. Rico venido a menos, que gastara su patrimonio en antiguas revoluciones, en jugadas y en « beberajes », tenía cierto prestigio por su historia y por su barniz de cultura.

El alcohol lo había trastornado; era víctima de manías religiosas consistentes en un basto culto supersticioso, plagado de extravagancias. Practicaba sus extrañas liturgias, las mezclaba con invocaciones de su cosecha, habiéndose, sin pensarlo, conseguido el título de santo,...

Cuando llegaron los peones, diciendo pestes de los estancieros « roñosos », él los escuchó con una manera grave, toda de circunstancias y les aprobó su acción, calmando a los exaltados.

— No es como pa prenderle fuego a todo! pa degollarle los carneros y los toros finos?!

— No es pa tanto...

— Nos han estao explotando como a negros esclavos !

— Y después nos trataron como a saltiadores.

— Nos echaron revólver en mano, ¡ a nosotros !

— Qué caray, mejor que ser pión d'estancia es meterse 'e milico.

— No le parece ?, Comandante.

Y él contestaba :

— No hay cosa que no tenga arreglo... Dejenmé pensar.

Más tarde llegó un emisario de los patrones y habló con Saucedo, quien no quería saber de arreglos o transacciones. El conocía lo que era aquella lidia, la miseria que se sufría, la mezquindad de los jornales....

Se habían puesto en la lucha y no se aflojaría.

Era preferible que los « muchachos » montaran a caballo y se mandaran mudar a cualquier parte con tal de no dejarse explotar canallescamente.

— Digalés todo, amigo, recomendaba Saucedo, acompañando al camino al visitante, y agregaba excitado :

— Verán si arreglamos la cosa ! Dios mediante !

Y favorecido por la tensión de espíritus, por el descontento que fermentaba en aquellos hombres rudos y, pese a su dulzura, fáciles de transformarse en violentos acuciados por la rabia, habló con exaltación, uniendo a frases de inspirado promesas imposibles.

En el fondo, puesto en su diapasón, los animaba y les predecía el triunfo.

Toda su vida había sentido una imperiosa necesidad de dominar, de convencer, de manejar una masa de hombres, que viesan en él algo superior.

Y ahora se desbordaba su impulsivo entusiasmo sin norte, su fe desorientada; con sus últimas palabras los incitó a un juramento de lucha intransigente:

- Juren, juren, muchachos!
- Por Dios! gritó uno más exaltado.
- Por Dios! retumbó el coro.

Después, el Comandante, más calmado, con una naturalidad incapaz de despertar dudas, habló confidencial:

— Yo estoy esperando noticias.... Me van a llegar órdenes, sin falta. Debe venir un chasque del lao de la tormenta o sino v'a bajar un ángel del cielo de parte de Dios.... El primero que lo vea me avisa....

Alguien sonreía incrédulo.

Otro aventuró, bajo:

— No hay que hacerle caso.... El Comandante está medio tocao....

— No sé pa qué lo dejaron mandar decir aquello!...

— Pscht.... dejenló, impusieron las mujeres que agrandaban la rueda.

— En una d'esas sale cierto lo del ángel....

Todos conocían las salidas del Comandante. El estaba continuamente en espera de órdenes: ya del general Aparicio, ya de Nuestro Señor.

Iba en procura de esos mandatos cuando venía tormenta.

— Nadie la corte! imponía. (Es fama que las tormentas se « cortan », se conjuran, con unas « palabras » pronunciadas mientras se hunde en cruz, en la tierra, un hacha....). Se ponía un viejo poncho negro, ensillaba su pingo, se armaba y salía a rienda suelta en dirección a donde el cielo era más torvo y más oscuro, en tanto detonaban roncós los truenos y se perseguían como avestruces locos unos a otros los relámpagos.

Afirmaban que lo veían por ahí, de rodillas, hablando a solas con las ánimas, riéndose.... Y cuando galopaba, de las narices, de los vasos del caballo, chisporroteaban luces como de un yesquero.... Volvía después, mojado, tiritando, prometiendo indefectiblemente para la otra salida la gran revelación.

La tormenta se empezó a desencadenar al caer de la tarde.

Adelantó la oscuridad.

No faltó quien saliese al callejón a mirar si venía el chasque anunciado.

El Comandante Saucedo, pálido, los ojos con brillo de fiebre, salió emponchado, todo de negro, de su rancho.... Se arrodilló frente a la multitud y se puso a rezar en voz alta y llena:

« Padre nuestro, q'estás en los cielos.... »

Al rato algunas voces lo coreaban.

Las preces se debilitaron hasta perderse en salmodia gangosa.

Los paisanos se quitaron los sombreros; otros se hincaron sugestionados por el fervor del caudillo.

La masa suplicante, doblada sobre la tierra, parecía una enorme bestia opaca que rezongara.

El Comandante, con la cabeza inclinada, volcándosele la melena, tordilla de canas, sobre la faz, acentuaba su treno con un vaivén histérico.

De pronto se incorporó, resuelto, y mientras precipitadamente saltaba al caballo, ordenó:

— Tengansé todos prontos!... Hagan una cruz de palo, grande, y pongan abajo todo los santos que haya!...

Apenas se adivinaron las últimas palabras, pues él ya huía en veloz galope tragado por las sombras que tartamudeaban el repiqueteo de la carrera.

Había una sensación de misterio y de vago terror en la asamblea.

Algunas mujeres, despierta la supersticiosa idolatría ancestral, rezaban sin descanso, en voz alta.

Los hombres permanecían silenciosos, irresolutos. Aullaban, lúgubres, los perros.

A galope tendido volvió Saucedo.

Resplandores tristes de un amarillo claudicante recortaban alargados cuadrilongos frente a las puertas de tres o cuatro ranchos.

Lo demás era sombra: en la tierra, en el cielo, en el alma casi primitiva de los seres....

En el rancho más amplio se amontonaba la gente. Allí velaban los santos, la cruz improvisada.

Ante un recogimiento expectante hizo Saucedo su aparición.

Empapado, los labios blancos — media luna vuelta hacia abajo en amargo gesto — los ojos como velados, el pelo pegándosele en la cara terrosa....

Se adelantó entre la muchedumbre que le abrió paso, respetuosa, y sin decir palabra, luego de besarla, tomó la cruz, y salió afuera.

Hubo un minuto de estupor, de duda. Después, como si un viento fanático hubiera soplado sobre las almas, las mujeres tomaron las imágenes sagradas y mascullando oraciones siguieron al Comandante.

Los hombres también se decidieron.

Trágica y extraña aquella heterogénea procesión a través de los campos en sombra, bajo la llovizna helada.

Marcharon un tiempo haciendo un rumor vago, confuso, como deben haber hecho al moverse los monstruos primarios chapoteando la flora blanduzca y húmeda de los pantanos....

Se oían cuchicheos....

— Pa onde vamos?...

— No sé.

— Es una promesa!...

De pronto saltó en la noche el agudo y furioso ladrar de unos perros, a los cuales contestaron los que acompañaban la comitiva.

Estaban frente a una estancia.

Los habitantes del establecimiento habrían sentido el rumor de la turba. Temieron a los peones despedidos?...

Se oyeron gritos:

— Alto! Párense!! Qué quieren?!...

Hubo una pausa silenciosa, desorientadora.

Voces varoniles, ya amenazadoras, impusieron:

— No se arrimen! ¡Fuera del campo!

Contestaban las plegarias:

« Santa María, Madre de Dios!
venganos el....

De las casas, forzados por el miedo, partió el primer tiro. Luego otro.... Cayó algún herido, quejándose. Se paralizó el rezo. Los de la procesión, exasperados, delirantes, asaltaron la estancia y acabaron terriblemente con todo entre rumor de cosas fracasadas, gritos de horror e imprecaciones.

Algún sobreviviente, que entre la confusión se pudo escapar, avisó a la autoridad.

Al Comandante lo llevaron mal herido al pueblo sobre la misma cruz con que él presidió la comitiva.

Detuvieron a hombres y mujeres. Algunos sufriendo una influencia inconsciente habían seguido a los demás; otros, fanatizados, poseídos, atribuyendo el hecho

a castigo de Dios, se repartieron entre la cárcel y el manicomio. A los chiquilines los dejaron por las estancias del contorno. Los perros fieles anduvieron como sombras, muertos de hambre, aullando trágicos en la noche, junto a los ranchos que se desmoronaban.

El pueblo deshabitado se fué deshaciendo.

Entre las ruinas desoladas se alza la cruz negra del Comandante.

El paisanaje afirma que eso está asombrado.

Nadie se anima a pasar de noche cerca de la tapera del pueblo, y más cuando hay tormenta.

Aseguran que a la luz de los relámpagos se ve al Comandante Saucedo llegar del campo a media rienda. Baja, entra a un rancho y cuando reaparece y se hinca en tierra, atrás suyo se ve la sombra espesa de la procesión....

Después el hombre se levanta y viene derecho al espectador, con la cruz; lo siguen en confuso rumor hombres y mujeres que forman una masa.

Se oye a Saucedo avanzar rezando; sus secuaces lo corean como un eco sombrío y gemebundo....

El curioso siente el frío húmedo de las cosas muertas y una fuerza irresistible le arrebató el sombrero y lo arrastra, lo une al fanático grupo....

Cuentan de hombres que han dejado el caballo, el sombrero y han recorrido, como en aquella noche, el mismo camino de locura.

... Se siente el golpear uniforme y violento del galope del caballo del Comandante!...

Lo esperan las sombras de la muchedumbre...

Truena.

Miro a mi compañero que con una obsesión pavorosa no quita los ojos de las ruinas que se acercan....

Presiento que frente a su mirada de espanto nace la pesadilla de la visión.

— Lo siente!?

— No!... no!... es la historia... Y agrega con una voz que se quiere hacer entera y lo traiciona:

— Yo no creo mucho....

—

— Es aquello, sí!

Cae la noche.

En el escenario sombrío tienen una majestad grandiosa los truenos con que se precede la tormenta.

.

En tácito, silencioso acuerdo, hemos precipitado en carrera loca nuestros caballos....

.

Si ahora pasara un hombre solo frente a la tapera, al sentir el eco del galopar desenfrenado, quizá la leyenda lo besara con su aliento trágico y helado y la mano fría del misterio le pondría un hormiguelo escalofriante en el cuerpo....



EL PETIZO AGUATERO

NO quería creer que se quedaba viejo, bichoco y achacoso.

Peludo, los dientes flojos, los vasos rajados, con las puntas medio levantadas, la vista débil... El creía guardar las veleidades viriles que le dispensara su condición de toruno, y aun dilataba las narices al olor caliente de la primavera mientras relinchaba, ardoroso y confiado.

No sin violencia había aceptado su relegamiento de caballo de confianza, manso y de buen cómodo, a vulgar arrastrador del barril de agua, con el duro recado sobre las paletas, la cincha en los sobacos, y el taloneo desesperado del peoncito que lo montaba.

Mientras con su paso boyuno iba o venía del manantial, cavilaba :

— Esto ha de ser pasajero.... Debo cumplir, ya que me precisan.... Al fin es una preferencia.... Les traigo el agua.... Otro mancarrón loco empieza a las patadas y les rompe el barril.... Yo?... Ellos me conocen....

Por su elección no hubiera preferido tal oficio. Con su bonhomía, le encontraba cierta dignidad y lo realizaba a conciencia, esperando siempre el premio de volver al tiempo pasado.... Por lo menos tener el honor de pasear una de aquellas lindas señoritas que, agarradas a sus crines, cuando él, con cuidadosa precaución se movía, chillaban encantadoramente :

— Ay! Ay! Ay! Dios mío! Me caigo!...

Nunca le había gustado estar muy lejos de las casas. Giraba en redondo, alrededor de los edificios, conformándose con el pasto que encontraba y con el agua tibia de las bateas de piedra. Era más tierna la gramilla de los bajíos, más limpia y fresca el agua del arroyo, pero él estaba tan encariñado con las casas!

No andaba mañereando, no se hacía el cabortero cuando veía salir del galpón, derecho a él, alguno con el freno en la mano.

Miraba con sus grandes ojos buenos y tristes.

— Me vienen a buscar....

— Si, hoy será.... Vamos a pasear ahora.

Luego, bajo la enramada, desesperándose por no perder palabra de la charla de los peones, sentía caer sobre su lomo la bajera sucia, la carona reseca, el basto y cuando la argolla de la cincha zumbaba en el aire y le pegaba en la panza, al girar sobre su cuerpo, era todo atención.

Le apretaban muy adelante! No había más! era la cinchada del barril.

Sería otra vez.

Y marchaba filosóficamente.

En la estancia todos tenían sus caballos de andar. Para ir a los paseos, a las fiestas, a las carreras.

En las mismas pencas, que corrían a escondidas, entre resonantes jaranas, él jamás participaba.

Los otros caballos se jactaban :

— Che, petizo aguatero, nos divertimos hoy. O bien :

— Qué baño macanudo nos dimos...

— Me galopé veinte leguas, fácil !

El miraba su pasado y esperaba.

Una siesta pesada en que lo fastidiaban las moscas y los tábanos, vinieron los tres chiquilines de la casa. Se le aproximaron cautamente — como si él pensara escaparse ! — lo enlazaron con una cuerquita y entre risas y bromas, uno tras de otro, ayudándose, se le enhorquetaron.

— A la moda de Portugal,
tres burros en un bagual !...

— Cuidao el potro, que no corcobée....

Pesaban los botijas bandidos !

Lo llevaron de un lado a otro, lo hicieron trotar, galopar, lo sofrenaban de golpe, le daban de talón, haciéndole sonar las costillas, pero él era tan feliz !

Quien sabe hasta que hora lo tienen si no los ve el patrón, que les gritó :

— Dejen ese pobre animal, herejes ! Les gustaría que a ustedes les hicieran lo mismo?... Ya vengan pa cá.... Al rayo del sol, eh ! Y pa mejor con ese desgraciao que apenas puede con sus catangas !...

Todo lo demás estaba bien, pero lo último lo ofendió ; a poder, despreocupándose de la frase hiriente, le hubiese contestado al patrón :

— Dejelós que se diviertan.... Lo q'es a mi no me hacen nada....

Los muchachos se tiraron, rápidos, del matunguito, y él los siguió, tranquilo, dolorido, contento.

A no haber sido por la salida del hombre, les hubiera dicho, sin recelo, a los otros caballos :

— Cómo farriamos hoy con los chiquilines.

Ahora vivía de recuerdos, pero no desesperaba de reivindicar sus derechos de preferido.

Ante la insolencia de sus colegas vanidosos e inflados, recorría con la memoria sus hazañas :

Cuando paseó la niña más chica.... Tan manso, mientras le parecía sentirla temblando de miedo.

La vez que fué hasta Laureles, catorce leguas ! de un tirón !

Y sus amores !... Si bien es cierto no le habían reportado más que desazones, junto con el ilusionarlo.... Sus conatos viriles no pasaban más que de escarseos ¡ ay ! sin resultado.

Lo habían dejado mal los hombres ; los enemigos,

a los que él, sin embargo, servía con tanto amor y desinterés.

Una vez vió llegar unos desconocidos con unos aparatos y unos caños. Los miró trabajar mañana y tarde en el patio, en tanto él pellizcaba la gramilla por aquí, por allá.

Después vió como con una bomba extraían un agua barrosa, colorada....

— La del manantial si q'es buena, racionó.

El agua se fué aclarando, y terminó por brotar azulina, transparente, limpia.

Vino la familia, los chiquilines, los peones.... Y salía, salía el agua, como de un arroyito milagroso. Comprendió!

El ya no serviría para nada!

Anduvo dando vueltas, con la cabeza gacha, esperando....

No lo ataban más al barril!

Aun aguardó otros días.

Era evidente el fin del oficio de arrastrador del barril de agua.

Entonces llegó a esta esperanzada conclusión:

— Ahora van a dejar venir a los chiquilines a jugar conmigo!

A « judearme », pensaba cariñosamente.

En cambio no venían.

Un día había que hacer una comisión de urgencia. El peoncito preguntó:

— Agarro el aguatero?

Paró las orejas. El aguatero era él, pues!

— Sirvo!, se enorgulleció.

Sus pretensiones estaban colmadas. Se le dilató en el alma la alegría. Como esas burbujas de aire que forma la lluvia al caer, creció, creció...

La voz del patrón lo volvió groseramente a la realidad:

— El aguatero! p'agarrar eso, mejor es dir a pie!

— He ahí los hombres!

— Dir a pie! mascullaba: dir a pie!..., mientras por la primera vez en su vida se alejaba conscientemente de las casas.

— Dir a pie! Ingratos los hombres! Los había servido toda su existencia! Dir a pie!

Despacio, despacio, llegó al fondo del campo, comenzó a recorrer el alambrado, encontró una portera abierta y, muy triste, con sus grandes ojos, que se dijeran asombrados, salió al callejón.

Ahora era libre! se iría! De todos modos... era un inútil!

Anduvo, anduvo.... A dónde iba?... A dónde iba a ir!... Marchaba, se detenía, reanudaba el camino. Luego se paró indeciso. Miró para atrás. Cómo se había ido lejos!

Desandó la jornada. Dió con la portera aun abierta y volvió a entrar en el campo.

Le dolían las patas viejas, veían apenas los ojos cegatones. Parecíale tener fiebre.

— Antes de llegar al arroyo, a la izquierda, están los bañados, pensó.

— Allá debe estar fresco.... y se fué lentamente, cansado como estaba.

Cuando llegó a la orilla de los esteros se detuvo.

No se diría que hubiese un peligro bajo el suavísimo terciopelo del musgo, bajo los pastos de delicados y frescos verdes, tiernos por la continua humedad.

— Dicen que hay unos tembladerales feos....

— Bah, no sirvo pa nada!...

Fué entrando, entrando.... Estaba fresco el barro pegajoso; la paja y los juncos le hacían cosquillas en la panza....

Entró, entró....

Sintió que no podía avanzar. Después, que se hundía suavemente. Del fondo putrefacto lo absorbían, lo tiraban, lo devoraban!

No se le ocurrió que quizá aun se pudiera salvar.

No servía!

El barro húmedo, viscoso, le helaba el pecho, las ancas, el pescuezo. Levantó la cabeza con los grandes ojos serenos y tristes, respiró con dificultad. Luego sintió como una dulce presión en el lomo....

— ¿Qué!

— Si! los tres chiquilines bandidos, entre risas sofocadas lo doblaban con su peso incómodo y grato.

.

— Déjelos que se diviertan, patrón.... A mi no me hacen nada....



LOS TOROS FINOS.... Y EL HOMBRE

CON la peonada novelera, el viejo Benítez salió a recibir a los recién llegados. El se comidió a bajar una de las pesadas bolsas de herramientas que traían los gringos pedreros y les dió la mano con su criolla cordialidad habitual.

Vinieron desde la estación en la carretilla porque no debían ser « de a caballo ».

Eran dos hombres que parecían ser padre é hijo. Flaco, chupado, el pelo corto, blanco en las sienes, el más viejo. El joven, mocetón bizarro, rubio, tenía la cara acarminada y los ojos azules y francos.

Contratados en la ciudad para construir la cabaña, ellos mismos arrancarían la piedra necesaria, la labrarían, levantarían el edificio.

El mayordomo les había marcado dos ayudantes: el negrito Visiga y Benítez. A Visiga le agradaba el oficio de albañil; el viejo hacía lo que saliera; no tenía ni sueldo en su situación de « agregao ».

Los gringos eran gente sencilla y trabajadora. Gustaron. El más anciano no conversaba nunca. Taciturno, fumando su cachimbo, sonreía, y su preocu-

pación era en veces sólo la de contener al joven, exaltado y conversador.

El ambiente no les fué hostil. El gringuito se hacía querer: tocaba el acordeón, cantaba, triste y lindo, en su lengua incomprensible, canciones saudosas de la tierra lejana y narraba historias y casos que a menudo arrancaban una socarrona sonrisa de incredulidad:

— Es alarife el gringo....

Bien podía ser que Benítez experimentara un rasguño de celos al improvisado rival de sus eternos cuentos....

Los hombres no eran delicados. Dormían con los mensuales en el suelo, churrasqueaban « a la que te criaste » y acompañaban a los peones al monte, a la pulpería.

El trabajo iba adelante. Visiga resultaba un pebrero de mi flor y el viejo, para no ser menos, ya había hecho buenos viajes acarreando la piedra labrada.

Llegaron la cal, las tejas, los tirantes.

Había una actividad contagiosa en la vetusta estancia. Frente a la media agua grisácea verdosa de humedad y de tiempo, se levantaban los nuevos muros limpios y fuertes, que escondían los galpones primitivos, los ranchos de paja y terrón de los peones, como una pujante idea nueva que hace recular el prejuicio sombrío.

Todo se animaba movido por un impulso enérgico y bello.

El material flamante, la madera bien oliente, la piedra semi-rosada — con algo de entraña de la tierra, — la carreta laboriosa, los mismos extranjeros que, entre ellos, cambiaban pareceres en su idioma e iban transformando la visión indígena, ponían no se qué de sugestivo, de dinámico, de futuro.

El gringo joven con sus herramientas civilizadoras se traía un soplo de modernidad en sus ideas.... Aquellas que hacían sonreír y hacían pensar....

Una noche, mientras se hablaba del patrón y de la ciudad y de los ricos, el mocetón afirmó :

— Todos somos iguales....

Benítez sentenció :

— No, mi amigo, el pobre y el rico, el chico y el grande, ahí están pa ejemplar.

Y el extranjero :

— Cuestión de voluntad.... ningún hombre es menos que otro.... lo que falta es hacer valer el derecho.... Usted se cree que su patrón, que se andará divirtiéndose mientras nosotros aquí sudamos y trabajamos, es mejor que cualquiera de nosotros ?

— Luigi !, lo reclamó el otro a la cordura.... Para qué te vas a poner con eso ?

— Dejame, protestó Luigi.... Siquiera que conozcan lo que son : explotados.

— Explotados ? ! se escandalizó uno del auditorio :

— Nos pagan....

— Qué les pagan ?, se exaltaba Luigi, qué les pagan ?

— Luigi!, le suplicó el viejo experiente: por favor!

Ahora el mocetón se sonrió del miedo de su compañero.

— Yo no les digo para mal de ustedes ni para ofenderlos.... Todos los hombres somos iguales y por eso tenemos que hacernos respetar y hacer valer nuestros derechos: eso es todo.

— Novelerías, pensaban algunos.

El viejo Benítez bromeaba:

— Estos gringos son la piel de Juda.

Las obras se concluyeron. Parecían un remiendo claro en el gran lienzo verde y morado del paisaje simple. Los ombúes mansos alargaban su sombra cordial hacia la nueva construcción.

Dejó de ser novedad la cabaña, como dejaría la noticia de que Visiga, contagiado de las ideas de los extranjeros, se marchó con ellos.

El moreno había aprendido un poco el oficio y declaró que dejaba de ser peón, de ser esclavo por ocho míseros pesos....

Benítez se burlaba, filosófico:

« El mundo se v'a perder,
la culpa tiene el dinero:
los negros.... quieren ser blancos,
los mulatos caballeros! »

Ya andarían lejos los amigos cuando reflexionaba:

— Todos los hombres semos iguales...
Y di ahí?..

No comprendía.

— Entonces no era q'el gringuito quisiese ser rico?... Pa qué habían de ser todos iguales?..

Decididamente no comprendía.

La idea no lo abandonaba; luego pareció ser absorbida por su espíritu despreocupado y juguetón:

Esa noche, al narrar su cuento alrededor del fogón, le agregó algo de su cosecha:

— El vasco siempre se dejaba decir: carece que yo ser gobierno pa que se arregle todo. La gente viendo lo q'el prometía se riunió y lo nombró gobierno. El vasco, entonce, empezó alambrar campos, a marcar ganao, amontonó platita y cuando iba-arreglar pa los otros, el pobre!, se murió.

Güeno, al paraguay no le pasó eso.... El paraguay quería ser Dios. Tatadios lo supo y un día, como pa rairse, lo llamó y ordenó:

— Che, paraguaycito, sé Dios.... y jué Dios.

El paraguay se sentó en una casa toda de oro, en una silla toda de oro y mandó llover, hacer las resoluciones, y nacer y morir cristianos.... Tenía d'empleaos a las dos layas de ángeles: los güenos que son del lao del cielo y los malditos, gente del diablo.... El primer día jué todo a pedir de boca; después empezaron a cair los parientes, los amigos y los conocidos....

— El paraguay es Dios!, se alegraban, el paraguay es Dios!, como quien dice:

— Abran cancha, que soy amigo 'el comisario!

Emprenciaron a pedirle ; uno que lo hiciera rico, otro que le diera salú, aquel quería ganar una carrera, quien desiaba la mujer del prójimo; julano pedía lluvia, sultano lloraba por la seca, Mengano pedía frío y los que no tenían poncho suspiraban po el calor....

El paraguay coligió que ni siendo Dios se le puede hacer el gusto y conformar a todos y le iba a pedir a Tatadios :

— Mi señor, io quiero volver a ser el paraguay-cito, nomás.... pero entonce vino Luiyi....

— Qué Luiyi? se extrañó la asamblea.

— Luiyi, el gringo, el pedrero, pues..... Y dijo :

— Los hombres todos semos iguales....

Aquella vuelta chispeante y burlona del cuento puso jubilosa a la peonada :

— Este viejo Benítez....

— Tuavía le quedan chicharrones en la maleta.

El mayordomo inspeccionó el nuevo edificio. Cómodo, seco, aereado. Entraba bien la luz. El piso tenía estudiados declives. Los pesebres y los bebederos eran prácticos.

Ordenó traer los forrajes llegados a la estación cercana y después comisionó al « agregao » a ir con un peón en busca de los toros finos, para los cuales se había construido la fábrica.

Habían de volver a pie, despacio, para no cansar

los animales que eran delicados, hasta preciosos: costaban de cuatro a cinco mil pesos cada uno!

¡ Una bicoca !

Cuando llegaron, todos aglomeráronse a observarlos.

— Hermosos animales!, se alegraba el mayordomo.

En verdad eran magníficos los hereford, con su piel lisa, lustrosa, como de un terciopelo sedoso. Las cabezas fuertes, macizas, con un laberinto de pelos crespos entre los pequeños cuernos mochos.

Mugían ronco y marchaban magestuosos y dignos tirados por la cuerda que partía de la argolla metálica que les mordía la nariz.

A excepción de uno, quizá más joven, eran pacíficos y solemnes como buenos burgueses.

El mayordomo se les acercó, los palmeaba, les peinaba las ancas llenas; después, sompesando los colgantes testículos de uno, asertó, brutal:

— Aquí están las libras esterlinas!

Un peón susurró:

— ¡ 5000 \$!

Y otro le daba un encargo:

— A ver, vos, que sabés sacar cuentas: cuántos años se precisan trabajar pa ganar lo que cuesta un toro?

El viejo Benítez dió vuelta la cabeza a mirar el preguntón.

Había que hacerles camas a los cuatro personajes,

cambiársela de mañana, lavarlos, sacarlos a pasear y después vigilarlos, prepararles la cómoda satisfacción de sus amores.... Traerles las vaquillonas floridas, acomodarlos.

A veces el « agregao », cansado, — le pesaban los años, — salía de la cabaña limpia y cómoda y al ir, con los huesos molidos, a tirarse en su rincón, cavilaba largo rato, el pensamiento inquieto, atormentante, insistidor.

Qué galopadas, qué preocupaciones! cuando se empezó a poner triste uno de los hereford.

Qué habría pasado!

Como si él lo tuviera que saber se lo preguntaban al viejo:

— Habrá comido mucho trébol, alguna yerba venenosa?

— Se h' asustao?... Uste le ha dao algún golpe?

— No, no, que le v-i-a pegar! No v-i-a saber lidiar con los animales!

— Y entonces?

.....

El mayordomo intentaba sacar de mentira verdad; hacía suposiciones, desconfiaba, se encarnizaba contra el viejo indefenso.

Mandaron a la estación a hacer un telegrama.

Al anoecer llegó un mocito de la ciudad: traía una caja con aparatos. Fueron con luz al galpón donde estaba echado el animal enfermo.

El pueblero lo examinó, hizo preguntas; resolvió

que el mal era serio. Indicó los remedios, la forma de aplicarlos.

El mayordomo estaba ceñudo, malhumorado: era grande su responsabilidad; buscaba coyunturas para rezongar agriamente:

— Pongasé de ese lao, no sea bruto, le gritaba a un peón.

— Arrime de aquí la luz!

La bestia, incomodada con la insistencia del veterinario que le metía un fierro en la boca, intentando abrírsele, dió un cabezazo volteando la lámpara sostenida por el viejo Benítez....

Se rompió el tubo, se volcó un poco de kerosene, el toro se asustó, dándose contra la pared.

El mayordomo increpó, rabioso, al «agregao»:

— Pero tenga cuidao, viejo animal, ajo!

— Cómo, ajo?, pidió explicaciones el insultado y se defendió, altivo:

— No ve que no jué adrede, que yo no tengo la culpa!

El superior tenía que descargar en alguien sus iras:

— No sirven pa nada y son todos retobaos!... Qué amolar!... Se los tiene de lástima y mire el servicio que hacen!

El viejo lo miraba de frente temblando de indignación y el otro continuaba su desahogo:

— No tienen yeito pa nada, tremendos cojudos.... Salga de ahí, pues!

— Me voy.... murmuró el humillado.

— Es lo mejor que puede hacer. Vayasé cuanto antes, vayasé a la gran puta!

Benítez salió de la cabaña.

Solo, en el medio del patio, bajo la noche serena, que se hacía profunda de misterio y de paz sobre la miseria de los hombres, oprimido el pecho de rabia, vejado con la grosería degradante, no podía concretar sus reflexiones.

Vibraba como si fuera a estallar.

El pensamiento, como un río desbordado y salvaje, no le cabía en el cerebro. Golpes congestivos de sangre le encendían fiebres, le relampagueaban sinietros propósitos, lo volvían oscuro.

Las rudas cosas cotidianas se entremezclaban con larvas de ideas.

— Me tiene de lástima!

— ¡Cómo vamos a ser los hombres iguales!... Se le presentaban claras comparaciones de lo que lo rodeaba....

— Yo soy menos que un toro.... Vivo en un rancho sucio; si m'enfermo no van a reventar un caballo pa llamar un dotor del pueblo....

— Agregao?... me gano, ¡ajo!, protestó también: me gano ese pedazo 'e tumba que me han echao en cara, ese pedazo 'e tumba que no se le niega ni a los perros....

Le volvió a la mente, batallando por imponerse, la idea de su inferioridad:

— Menos que un animal!

Una amargura terrible y fatalista le agrió la boca:

— Es así!

Luego, el gringuito joven, mientras la franqueza

de sus ojos azules le buscaba el alma, le repetía con su hablar enrevesado :

— Todos los hombres somos iguales.

Se acordó de su cuento.

Le dió vergüenza.

Aislado de lo circundante, en la vaguedad de sus ideas desencontradas, no apreciaba el tiempo. Pasaron al lado suyo el veterinario, el mayordomo, los peones....

Después uno de éstos le habló, fraternal :

— Oh, viejo Benítez, qué le pasa?... No se v' a dormir ?

No haga caso....

El pensó en los perros viles a los que se pateaba y que después vuelven a lamer el pie que los ofendió.

No contestó. Se fué a acostar.

Resultábale imposible conciliar el sueño.

Le bailaba en la mente la frase que ahora cobraba no se qué de burlona y desafiante :

— Todos los hombres son iguales. Y aquel su comentario :

— Hay ricos, hay pobres.... y el paraguay que quería ser Dios....

Percibió el ronquido de sus compañeros de trabajo, dormidos en ese profundo sueño que prepara la ruda labor.

Tenía el cuchillo bajo el basto del recado que le servía de almohada. En la oscuridad lo desenvainó,

le probó el filo en el índice izquierdo. No cortaba. Era un serrucho.

Se levantó con precaución; tanteando buscó la piedra de afilar, la escupió y empezó a pasar despacito el arma, en cortos círculos hábiles.

La experimentó otra vez...

Ahora hacían falta unos golpes de chaira.

Dió con la herramienta.

Los dos aceros que se encontraban, que se acariaban en el chairar, producían un silbo frío y trágico en la sombra.

Al probar el filo de nuevo, el fierro hambriento se le metió en la carne. Se chupó la sangre salada y caliente.

Salió del galpón.

Llamó a los perros y los ató.

Con unos maneadores aseguró bien los toros finos. Los capó.

Alineó los cuatro despojos sangrientos delante de la puerta del mayordomo.

De la cabaña venía un concierto de mugidos roncós.

Aullaban los perros.

EL “ ENTIERRO ”

QUIEN va del Cerro de la Virgen hacia Mata Ojo Grande — en la campaña del Salto — por ese pintoresco camino, decorado de ásperas «grotas», de peñascales abruptos rodeados de espesa vegetación, encuentra un pequeño arroyo, el Guaviyú, cuyo paso sombrío y su bosque indígena acusan un singular carácter terruñero.

Antes de llegar a este vado, a la derecha, se pudre un árbol seco y se distingue sobre el terreno el dibujo de un enorme plano, cuyas líneas se dijieran trazadas por un lápiz ocre.

Es lo que resta de las paredes de lo que fué un edificio.

Donde se han amontonado los ladrillos, que la intemperie disolviera, hay manchas de un tono rojo que tira a siena.

Frente a las ruinas se abre, morada, estéril, la extensión apisonada por el continuo tránsito de otras épocas.

Tiene el sitio esa tristeza, esa soledad, ese aliento trágico propicio al arraigo de la leyenda.

Para ningún lado que se mire se ve una casa.
Todo se ha retirado de miedo !

El callejón, como intentando disimularse, pasa, angostándose ante el avance de una chilca raquítica, color perdziz.

Los campos vecinos completan la desolación con la aridez de sus piedras moras y de sus caraguatães pálidos.

Los viejos del pago, oficiosos conservadores de la tradición, hablan de la tapera repitiendo su extraña historia, no sin poner de la propia cosecha algún perfil fantástico, sin darle al relato algún contorno de más acentuado misterio.

Aquello sufrió la dramática, terrible prueba de un incendio, cuyos efectos en la pérdida lejanía de los campos, sin un socorro, se pueden imaginar.

Fué estancia de un portugués riquísimo, que ejercía también un comercio, una « venda » como por allí dicen abrasilradamente ; además el hombre se dedicaba a la productiva tarea de desbalijar viandantes y hasta asaltar casas vecinas.... Con sus secuaces, unos negros desalmados, hacía luego desaparecer las víctimas.

No en balde en las noches feas, en los atardeceres tormentosos, sentíanse gritos lamentables, voces de auxilio, ayes desgarrantes !

Dios castigó al « perdulario », que una noche murió con su familia y sus cómplices en el incendio que sólo legó al futuro unos quemados ladrillos deshe-

chos, una leyenda, un temblor de verdosas luces fosforescentes que delatan la seguridad de un « entierro ».

De los tesoros del lusitano no se descubrió absolutamente nada y es fama que poseía dinero en abundancia.

Más aquí o más allá, en ollas viejas, en botijas de barro, duerme bajo tierra una ingente fortuna.... En la fantasía popular desfilan las codiciables onzas de oro, los cóndores relucientes, los patacones fuertes, los argénteos soles del Perú!...

Diversos tentadores de la suerte han iniciado excavaciones, al decir de los interesados sin consecuencias favorables, pero los vecinos atribuyen a más de uno hallazgos valiosos.

Por períodos se manifiesta el olvido y la despreocupación de la casa quemada o la fiebre ambiciosa de los que imaginan ser indicados para descubrir las escondidas riquezas.

He dejado de un día para otro el venirme un anochechar a constatar los ruidos, a ver las luces, a sentir los lamentos de las ánimas....

Hoy, al pasar frente a la tapera, veo un caballo maneado y luego descubro a mi amigo Servando Ramírez que con un pico da golpes en el terreno, en la ilusión de oír ese sonido a hueco, revelador, promisorio.

Detengo mi cabalgadura. Lo saludo. El levanta la cabeza y me mira con una agresividad que no le es

habitual, contestando con reservas y suspicacias a mis preguntas.

— Tú también?, Servando.

— Ya lo ves.

— Y crees que vas a encontrar algo?

— Puede ser no más.

— No le tengo fe al mastuerzo....

El continúa golpeando la tierra con suma precaución.

— A la vuelta veremos si has tenido éxito....
Hasta la vista.

El hombre está demasiado embebido en su tarea para responderme.

A la semana, olvidado de la escena anterior, vuelvo de mi gira.

Es el medio día.

Todo arde a la plena luz del sol estival. El camino seco, los pastos dorados, el chilcal pajizo, las piedras ásperas, los tallos de marfil de los caraguatáes.

La resolana pone como un temblor de llamas transparentes en la visible evaporación de la tierra; las lejanías mienten ópticas visiones de movedizas aguas celestes.

El caballo, bajo el bochorno ambiente, acorta a menudo el paso y uno ha debido hacer un esfuerzo para despreciar la fresca invitación del agua cristalina del arroyo, de la húmeda sombra del monte, que huele bien a hojas y troncos.

Se siente un mareo que entorpece la mente, un zumbar en la cabeza borracha de luz y se piensa si no será cosa de la imaginación confusa esa figura humana, hundida hasta la cintura en una zanja de la casa quemada, moviéndose en el acompasado ritmo de un pico que se levanta y se hunde vigorosamente en el terreno.

Es el amigo Ramírez!

— Servando!... Oh, Servando!

Nada. No contesta; ni siquiera alza la cabeza.

Me apeo, ato mi caballo al alambrado y me aproximo.

— Eh, Servando.

Ahora se ha erguido este hombre que me parece un desconocido. La sudorosa faz congestionada, los ojos irritados, enrojecidos, la boca seca, la barba crecida, hirsuta.

Tras una mirada de extravío, me dice:

— Ah!... sos vos.... Y continúa tenazmente su obra.

En una de esas se interrumpe y me observa con desconfianza; luego, quizá tranquilizado por mi aspecto, me interroga:

— Vos no vendrás por la plata, eh?

— Valiente! Yo me intereso por ti; diste con algo?

— Y de no!

— Sí!

— Ah, no sabías!... Abandona el pico y mientras se enjuga el sudor, se sienta sobre el borde de la zanja y descubre de bajo unas piedras una botella de caña y me ofrece:

— Es güena, « paraty », pegale.

— No, le rechazo. Aquella caña brasilera, incolora, que parece inofensiva, araña la garganta con sus veinticinco grados de alcohol.

Voy a intentar una observación, pero él inicia su relato.

— Yo creia que sabías.... Ya cerré el boliche del todo. Mi fortuna est-aquí....

Te acordás aquel maizalcito que tenía el otro año?... Cuando vino la seca grande le prendí un cabito 'e vela al Negrito 'el Pastoreo, el santo 'e mi devoción.... Güeno, llover no llovió, se perdió todo; pero una noche, entre sueños; sentí que me tocaban y me llamaban.... Me di güelta; pensé: será la patrona.... Y era el santo!... Me volvió a llamar y me dijo:

— No perdás la fe. Levantate, and' a la casa quemada y vas a encontrar el entierro.

Aquí me vine. Vide las luces rejucilando po el suelo, dentrándose, volviendo a salir de la tierra... y sombras que se movían! Se oía como si estuviesen hablando en secreto.... Después pasaban por delante mío unos cristianos y yo no los veía!... De ahí a poco encomenzó a llorar una criatura.... Primero me creí que no era verdá, pero seguía el llanto sentido como si el angelito se quejara. Medio temblando empecé a campiar, a campiar, y nada.... Habría oído mal?... Me paré. Puse atención: sí, era un gurí chico, se comprendía patente: lloraba sin parar, partía el alma. Yo pensé: será un recién nacido que habrán tirao pa

tapar una falta.... Rumbié pa el lao en que lo sentía clarito; caminaba al paso pa no pisarlo: cuando llegaba se había callao allí y ya estaba llorando atrás mío o más lejo o apagao como si estuviese abajo 'e tierra!... Entonce, hermanito, m'empecé 'asustar! Comprendí que había algo del otro mundo.... Con las piernas duras, embarao, cai de rodillas y con las carretillas duras 'e frío y un poco 'e miedo, emprecencié a rezar.... El llanto se jué callando, se jué callando....

Todo es una mesma cosa: los hombres que pasaban al lao mío sin que yo los viese, ese prosiar en secreto que no podía entender, el llanto 'e la criatura.... eran las ánimas 'e los que murieron aquí, que no van a quedar en paz hasta que uno no dé con el entierro y les rece y les prienda unos cabito 'e vela....

Me volví pa casa. Naide me sintió.

Y así d'escondidas me seguí viniendo, trayendo velas y no dejaba de rezarle al santo pa que me dijiese lo demás....

Después, dejuero! me dió las señas que no hay como errar. Tengo de cavar en cruz siempre: la plata debe estar pa onde cai el tronco 'e la cruz.... Hay que saber dar con el lao 'el tronco....

— Has trabajado mucho?

— No es nada el trabajo, es que tengo los malos espíritus en contra. Me ponen la tierra dura como piedra, se me cuelgan del pico y a veces me hacen rumbiar pa onde no es la cosa.

— Lo que realmente te puede hacer mal con este sol es esa caña.

— No, es pa'l coraje. Son muchos los que quieren el entierro y uno tiene q' estar con cuatro ojos!

No me queda duda alguna que Servando Ramírez está mal de la cabeza. Intento disuadirlo de su fantástica empresa; insinúo reparos a las patrañas de sus supersticiones.

Me mide con una mirada de duda: ve en mí un enemigo y me interrumpe alterado:

— Mirá, Dorico, vos no sos el primero que me venís con eso.... Muchos me envidéan: ya sé!... Pero no facilito a naide, sabés!

— Yo soy tu amigo, Servando.

— No tengo confianza a naide que tenga figura le gente.... A veces hasta se me aparecen ánimas en forma 'e cristiano pa engatuzarme, pero es al cuete.... Sin ir más lejo, hoy me salió di adentro 'el árbol ese, el alma 'e mi mujer y los gurises.... No les hice caso.... después le recé.... por fin tuve que amagarlos que los iba a curtir a lazo pa que se jueran.

No me van-hacer dejar, no!... Aura q' estoy cerca 'e la cosa....

Anoche dormí aquí pa cuidar. Yo sé q'en cuanto me vaya van a cair los caranchos que andan roncando p'aprovecharse 'e mi trabajo.

Lo mejor que vos mismo podés hacer es dirte.

— Bueno, que te vaya bien, Servando.... No quieres nada para tu casa?

— No!, me responde secamente, y reanuda su tarea, su búsqueda quimérica, bajo el sol blanco de la siesta, que arrebatada con fúlgidos resplandores el paisaje.

Por el callejón encuentro a la mujercita de Ramírez y sus hijos.

Va llorando. Me detengo a decirle una palabra de consuelo.

Ella me narra la historia de su marido « ideoso », el proceso de aquella manía que lo alejaba de su casa, que le hacía olvidar familia, deberes, hasta necesidades, pues ni siquiera volvía a comer junto a los suyos. Había venido a traerle alimentos y él, que debía estar « algo falto », la había echado profiriendo amenazas y condenaciones.

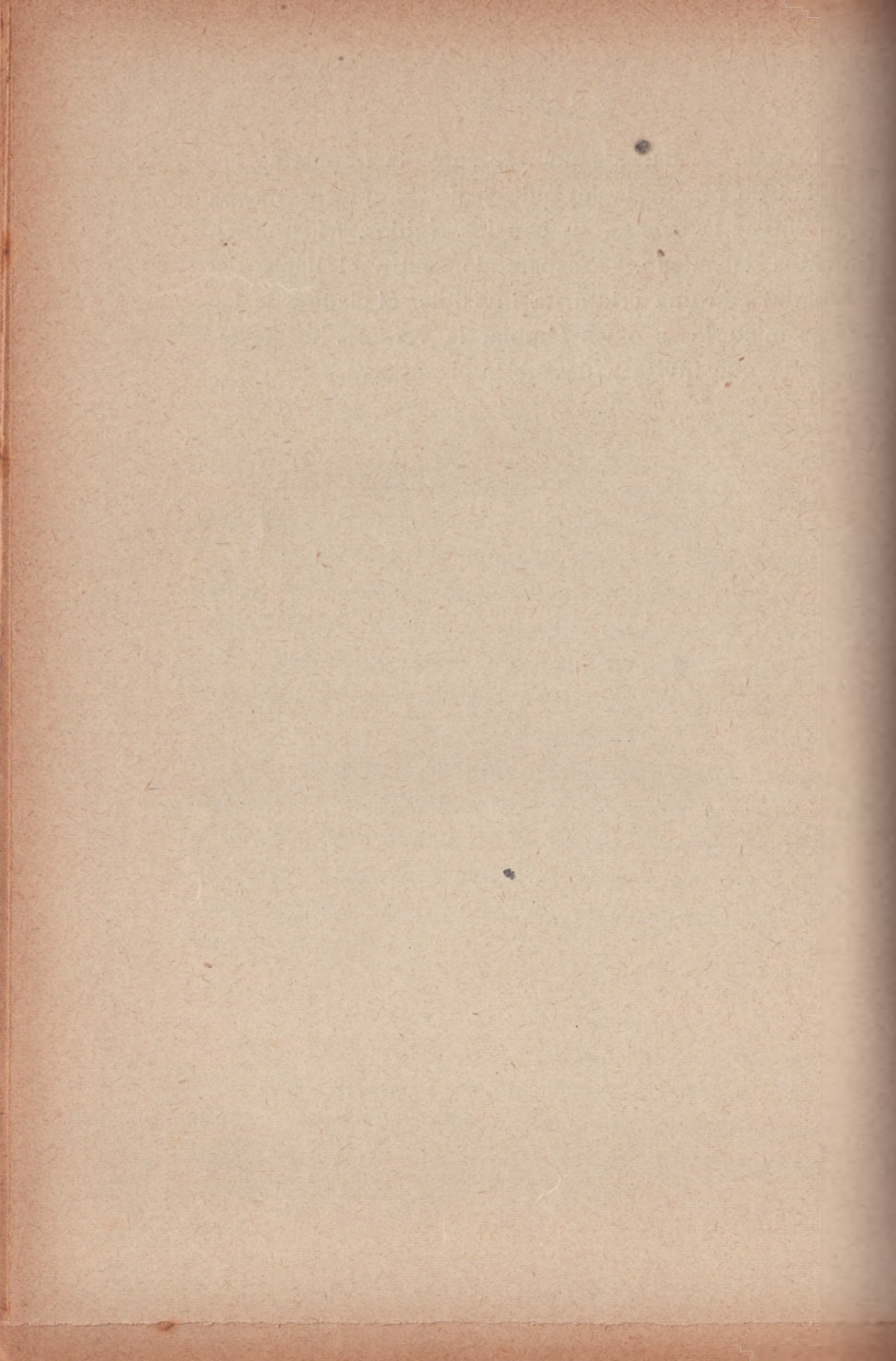
Tras unos días, en una de las zanjas en cruz que ha hecho, encuentran muerto a mi pobre amigo.

Está contra una pared de su excavación, sentado, las manos crispadas sobre el cabo del pico, como descansando para reanudar el ilusorio inquirir, aun afechado a su sueño!

La casa quemada tiene un misterio más.

Si alterando su honda soledad trágica, al atardecer, cruza frente a ella un viajero, lo obsede el instintivo deseo de silbar, para acompañarse, como cuando uno es muchacho y va cercado de terrores fantásticos, en la oscuridad.

Cuando va más de uno, se sufre la impulsiva necesidad de repetir la leyenda y no se puede menos que volver la cabeza, — con los rígidos, fríos movimientos del miedo, — esperando sentir el llanto desesperado de una criaturita invisible, el clamor de las voces misteriosas o ver temblar la verdosa luz fosforescente que invita a descubrir el entierro.





LOS BORRACHOS

EN la trastienda del almacén de Juanín está el despacho de bebidas.

Habitación sórdida, baja y sin aire, es un verdadero antro entre cuya sombra se mueven como larvas monigotes humanos.

Su actividad es nocturna.

Las lámparas a kerosene, que fuman un humo acre y espeso, conspiran con los cigarros de los clientes a hacer una atmósfera irrespirable, densa, que pone sobre todo un esfumarse de niebla, como en un cuadro de Carrière.

Pero lo que en la tela del francés puede ser espíritu, aquí es sombra, y así se ven a veces las figuras del fondo como vagas siluetas de pesadilla.

Y de pesadilla son los cantos aguardentosos, los tarareos lúgubres y los soliloquios horriblemente tristes de los borrachos.

Todas las noches ocupan su mesa bajo la segunda lámpara los cuatro italianos que juegan al tutte, que

gritan, que maldicen, que discuten, y se van después de ingerir sus dos o tres litros de vino.

Más lejos hay unos changadores, aficionados al truco y a la caña.

En el extremo, don Tulio, un mísero empleado público, quien encuentra en su pobreza un pretexto para emborracharse a conciencia cotidianamente.

Cerca del mostrador se sientan Pedro, Bayeto el poeta, un indiecito carrero que se pone quisquilloso cuando pasa de la tercera copa y Feliú, medio tembleque, con su alcoholizamiento perenne, yendo inquieto al mostrador, recostándose a la pared o ya puesto de pie y siempre complicado en cuanta conversación llega a sus oídos.

Pedro es un artesano inteligente, culto; la pulcritud de sus expresiones contrasta con el ambiente.

Bayeto el poeta, periodista a ratos perdidos, ex estudiante, — que por una cuestión sentimental dicen abandonara su carrera, — tiene la borrachera alegre: hace caricaturas, compone cuartetas y recita versos que Pedro critica con una soltura de autorizado, mientras Feliú los interrumpe:

Macanas! Macanas!... No sean « chupas »....

Feliú nunca ha hecho nada. Hijo de un comerciante arruinado, vive desde joven en el cretinismo del alcohol; su inteligencia es turbia, y ama sonreír de la capacidad de los otros:

— No tienen dos dedos....

Y se lleva el índice y el mayor a la frente, tratando de obtusos a sus contrincantes.

El indio carrero, con todas las características del compadre, con el clavel en la oreja, el cuchillo escondido en la faja negra, se bebe las copas « de una sentada » y opina en las conversaciones con una insistencia cansadora. Siempre tiene dinero, y ordena con una imperativa autoridad de criollo pueblero borracho :

- Esa güelta es mía....
- Tomá, pueta, que yo pago.

Esta noche es sábado : los italianos han pedido « salame » y pan, quedándose hasta más tarde.

Hay clientes nuevos. Borrachos veteranos. Sujetos que beben la copita para calentarse el cuerpo. Jovencitos imberbes de a tres, de a cuatro, quienes entran haciendo algazara, fumando, y que hacen un gesto de atragantados y aprietan los ojos para que no se les caigan las lágrimas cuando la caña doble o la ginebra les quema la garganta.

Nuestros conocidos, como de costumbre, charlan animados.

El vicio ha podido hacer con esos cuatro hombres lo que no puede un ideal, una orientación : fraternizarlos.

Diferencias de educación, de cultura, de gustos, desaparecen ante la marea del alcohol nivelador.

Fuera de allí, el poeta tiene algún viejo amigo periodista, estudiantes, con quienes discurre de cosas de espíritu.

Pedro, medio socialista, se preocupa en la « Sociedad » de los problemas sociales y sus luchas.

Feliú no despierta nunca de su tiniebla de abotagado.

El carrero, en su trabajo rudo, en el puerto o en la estación, baraja dicharachos, habla de chinas y cierra su horizonte limitado con la narración de un « bailongo » donde hubo una farra.

La cultura refinada, la inteligencia del obrero, la vulgaridad opaca del inútil, la brutal ignorancia del pobre hombre del pueblo, se hermanan en el asqueroso eructar de las borracheras, en los proyectos estúpidos, en un concubinato de rebajamiento moral y degeneración viril que atrofia, que anula, que degrada.

Como un agua corrupta, como un lodo infecto, el vicio nivela todas aquellas distintas sicologías bajo su garra.

Pedro monologando, el poeta con sus peroratas, Feliú con su antojadiza autoridad que juzga a los demás unos pobres diablos, y el indio carrero que dice: « yo pago », son iguales.

En un rincón se ha dormido uno de los changadores y ronca sonoramente; el muchacho, el « mozo », va y viene con sus copas y su trapo sucio; Juanín se asoma, vigilante, echando humo de su pipa curada, y don Tulio pasa haciendo equilibrios y saludando cortés a derecha e izquierda:

— Buenas noches, caballeros.

Juanín, muy cumplido :

— Felice notte, signor Tulio.

El carrero comenta :

— Qué peludo sacó 'e la cueva !...

El poeta, sonriente :

— Y por casa, cómo andamos?

Ríe la asamblea y el indiecito, que no ha sentido bien, grita, airado :

— Hay algunos maricas que le gusta hablar puatrás !

— No te enojés, no es para tanto....

— Que nó, si sos un jodido, pa que hablás entonces ?

— Mirá, callate q'estás muy pasao....

— Pasao estará tu agüela.

— Callate !

— Qué ?!

Y por esa nimiedad, el indio, la cara contraída de rabia, los ojos trágicos, atropella a Bayeto.

Pedro se incorpora rápido :

— Ché, entre amigos....

Y Feliú, abrazando al carrero, condena :

— No tienen dos dedos !...

.

Continúan bebiendo.

El aliento de fuego del crimen le quema los oídos al indio, quien frunce el entrecejo y calla, terco, mientras la caña que le reseca la boca le pide más.

Canta uno de los italianos; cuando calla hay unos de esos lívidos silencios de las madrugadas, esos mo-

mentos ásperos en que arden los ojos, y el alma tiene una sensación de sequedad de desierto.

Las miradas son vagas. Los cerebros oscurecidos. Los movimientos rotos.

La voz del carrero :

— Hiju e mil... uno le mantiene el vicio... y este manate muerto de hambre...

— Bueno, che, callate, no insultes.

— Que no voy a insultar... Insulto!... Yo soy hombre aquí y adonde quiera... Vení pa la calle, te v-i-a enseñar!...

Interviene Pedro, interviene Feliú.

— Pero, hombre, no has interpretado las frases de Bayeto.

Y Feliú abraza al indio y lo besa, baboseándolo :

— Dejate 'e macanas...

Juanín protesta :

— Ma, per Dio, vadano fuera.

Bayeto, mudo, borracho, piensa :

— Yo también soy hombre...

Pedro le pide a Feliú saque al carrero.

— Tenés razón, pero mirá...

El indio repite :

— La dinidá del hombre... La dinidá del hombre...

Salen, se quedan bajo la vereda, junto a un árbol.

Cuando aparacen Bayeto y Pedro, el carrero se desprende de Feliú y se adelanta, desafiante :

— Repetí aquí ajuera, sotreta, repetí!

Bayeto avanza :

— Però si yo...

Se le corta la frase; el otro le ha hundido el puñal en un costado.

El herido cae sin decir palabra.

Dispara el indio; huye Pedro, asustado.

Feliú, temblequeando, se va a inclinar y cae al lado de Bayeto. Lo toca, lo mueve:

— Hermano.... hermanito.... No tenemos dos dedos....

Y se duerme al lado del muerto.

COSAS DEL PATRÓN

LA cocina de los peones, en la estancia de « Los Tres Arboles », es lo único que conserva un poco de sabor criollo. El progreso se ha venido como una fatalidad y ha traído su presente exótico: la lujosa casa de material, el cerco con rejas que limita el jardín, el fonógrafo que los peones escuchan, jubilosos, desde fuera, y el ruidoso automóvil para el que no existen distancias.

Como una curiosidad, el patrón ha reservado la cocina y la enseña a los visitantes igual a un rincón de museo.

Las paredes bien embarradas sobre la tramazón de las tacuaras; los horcones labrados a hacha; el quinche de paja, una obra maestra; el fogón primitivo, en el suelo....

Frente, la enramada, bien cubierta con laurel y matajojo; un barril de agua de los de llevar de arrastro....

Hay hasta un nido de horneros en el mojinete del rancho....

El dueño de la estancia es novelero y extravagante y el hacer domar un potro o correr unas sor-

tijas para divertir a los forasteros, es lo que la peonada llama « las cosas del patrón ».

Para él no háy alambrados ni pasos feos ni noches oscuras.... Cuando se decide a una cosa ella tiene que suceder, y no es cuento lo de que atrás suyo debe andar un peón con la máquina de alambrear, pronto a todo evento, dado sus caprichos.

Aquella mañana ha mandado preparar un asado que, con sus huéspedes, comerán con fariña, sólo con el cuchillo, « medio a lo matrero ».

Los peones han salido de la cocina y restan únicamente, entre el humo y el apetitoso olor a la carne dorándose sobre el asador, uno de ellos, vaqueano para tal tarea, y el capataz.

Participan a la fiesta los dueños de casa, una señorita que pasa allí los meses de verano, un mocito pueblera y la maestra de los niños.

Entran nuestros personajes, se sientan en los rústicos banquitos de ceibo, en las cabezas de vaca, y conversan y rien felices.

La señorita, sonriente y graciosa, charlando con todos « ladina y vivaracha », al decir del peón. El mocito pueblera hecho « un ay de mí », todo derretido con la señora. La maestra, queriendo ser útil en algo no dejando por ello de atender a los chicos.

Mientras churrasquean, el patrón, en un momento de silencio, descubre al capataz, aquel indio Aguilar, tan sumiso y tan bueno, mirando embobado a la muchacha rubia, fresca, que tironea con sus dedos de

rosa y sus dientes blancos un pedazo de asado chorreando sangre.

— Eso está crudón, señorita; pegue un tajo de acá.... mire.... Y el capataz sirve a la muchacha que paga su gentileza con una sonrisa que lo deja fascinado.

El patrón interviene, campechano:

— Oh, y aura?

El efecto es fulminante: la muchacha estalla en una carcajada argentina, coreada por la reunión, y Aguilar, como un muchacho sorprendido en falta, queda todo avergonzado.

— Te agrada la pueblera, bandido.... Decí si no te gustaría para novia?

Los otros continúan riendo, y Aguilar, como un eco del dicho general:

— Las cosas del patrón....

Los paisanos no son murmuradores, pero entre las célebres « cosas » aludidas en sus conversaciones figuraba la asiduidad de las salidas en el auto, de la señorita y el patrón. Los habían visto en el monte, por los chilcales que abundaban al fondo del campo, pero iban siempre acompañados por alguno de los nenes de la casa....

— Sí, un gurí se engambela fácil....

— Y si a la muchacha le gusta....

— Epa, bárbaro, saltaba otro:

— Qué tenés ahí?

— Dónde?

— En la boca, pues.... Por qué no te la limpiás cuando vas-hablar de la gente?

— Yo digo lo que vide, che.

— Y de a-onde venías cuando el suceso?... del boliche?

— Iban a pie, juntitos, despacio....

— Le podía decir algo en el oido....

— O jurguñárselo.... atrevía un malicioso.

— Qué lengua! Por qué no se lo dicen a éste....

Llegaba el capataz; dió una orden y por cierto no de buena manera.

Cuando salió, mientras el mate seguía dando vuelta la rueda, insinuó uno de los mensuales:

— Qué víbora lo habrá picao a don Aguilar?

A algunos le chispearon los ojos; todos tal vez tuvieron la misma idea, pero ninguno se animó a exponerla.

El runruno seguía por la cocina de afuera:

— La pueblera le juega sucio a la patrona....

— Quien te diera un poncho grande aunque le pisaras los flecos.

Se asomó a la puerta uno de los niños:

— Está Aguilar?

— Pa qué?

— Lo llama papá.

En el escritorio, mientras Aguilar, por insistente exigencia del patrón, se sentaba, éste tomaba la palabra:

— Vos no sabés pa que te llamé?

— Mande, patrón.

— No, Aguilar, t'he llamao como amigo... y por eso te voy a hablar claro:... vos te casarías con Leonor, con la señorita?

Aguilar pestañeó, dió vuelta en la mano el sombrero y preguntó a su vez:

— Lo dice en joda?...

— Hombre!... Lo querés pensar?

— No, no.... pa qué? Y se quedó callado en justa reserva, como invitando a su interlocutor a que explicase aquel asunto que él no podía ver sólo por afuera.

— Vos sos vivo, Aguilar, te conozco. Querés que yo te explique. Bueno.

Compuso el pecho, inició una, dos, tres veces el discurso, interrumpido en las frases iniciales.

— Hay vueltas de la vida....

— El hombre se prueba en la ocasión....

— Bueno.... Lo principal es que a vos te gusta la muchacha; ella es buena....

— De andar?... Le cortó el paisano como si estallase su rabia, sus celos contenidos.

Al estanciero lo hirió aquello: era una insolencia. Miró duramente en los ojos a su inferior, pero tuvo el suficiente dominio sobre sí para contenerse, — se lo exigían las circunstancias, — y continuó:

— Mirá, la muchacha tuvo un resfaldón....

A pesar del tono dulce e insinuante el indio prevenido no se ablandaba:

— Comprendo.... y ahora yo v-i-a cargar con la matadura? Y se levantó.

Aun le restaban recursos al hombre civilizado. Exclamó, patético :

— Aguilar!... Sos mi amigo?!

Esto fué derecho al corazón del criollo. Cómo no iba a ser su amigo! y cómo no lo iba a querer!... Peón de la estancia desde sus doce años, compañero de correrías del estudiante que venía los estíos a divertirse; luego llevado por él a ser capataz, a dirigir como si fuera el dueño; bien pago, considerado.... Aquel « sos mi amigo » lo había vencido.

— Diga, l'oigo.

Ahora lo ganaba con la sinceridad :

— Sí, he sido yo mismo, indio. Vos me podés salvar. Yo te iba a decir todo, derecho, no te iba a engañar, y vos me desconfiabas.... Yo he tenido la culpa, pero son ellas siempre las que pagan las consecuencias. Yo no soy un canalla, indio.

A vos te gusta... ella consiente.... Vas a ver como terminan por quererse, por.... por....

Difícil se hacía a uno y a otro la prosecución del tema.

El patrón, calculador y frío, temía excederse.

Al indio le seguía temblando en el corazón la frase vencedora : « sos mi amigo », y pensaba en la señorita de quien, ocultamente, estaba enamorado con un amor que se volvía vergüenza cuando enfrentaba a la realidad de los hechos.

Aquello andaba en boca de todos.

Los dos hombres estaban silenciosos.

De pronto entró uno de los niños. El capataz lo miró. Agriado, con la cabeza baja, hizo mención de preguntar señalando con la mano al pequeñuelo.

— ?

A la respuesta afirmativa del interrogado, él se sintió incapaz del esfuerzo :

— Entonces, me v-i-a dir de la estancia....

— No, Aguilar ; ahora yo te digo : soy tu amigo ! No he dicho nada. Quedate.... Soy tu amigo.

El pobre indio no pudo más y le dijo :

— Me caso, Beto.

Beto, el diminutivo de Alberto, que usaba cuando los dos eran muchachos.

El capataz tendría una estancia a medias con don Alberto Solano. Por cuenta de éste hicieron una casa, poblaron el campo, marcaron los animales.

El casamiento se realizó en la ciudad, y pese a las charlas del pago y a las violencias que en los primeros tiempos sufrió el novel estanciero, aparentaba ser feliz.

Había realizado un sueño y había hecho una buena acción con aquella boda.

No lo movió el interés. Y si bien tenía como un resquemor de herida en el alma, ponía toda su buena intención en olvidar el pasado y en construirse un mañana sobre sólidas bases de cariño y respeto.

Solano había conseguido que su viejo compañero

de correrías lo tutease, ganó ilimitadamente su confianza y trató de que su señora mereciera toda clase de consideraciones, empezando por las visitas de su familia.

Pero aquellas mismas visitas trajeron la desazón del paisano.

A buscar a su esposa, quien a veces no había venido allí; acompañando a otros vecinos, con cualquier pretexto, con regular asiduidad, llegaba a su casa el antiguo patrón.

No era aquella la manera de evitar habladurías y menos la de concluir con los bochornosos recuerdos del pasado que torturaban al paisano.

Bien estaba el servicio, pero no el tomarlo de « comodín » con la carnada de la linda muchacha rubia....

Cuando cavilaba sobre el asunto, al pensar que su amor podía llevarlo a la vileza de hacer « la vista gorda » se oscurecía su pensamiento y cobraba odio a cuanto le rodeaba.

Brutalmente, sin ambages, un día abordó el asunto:

— Che, Alberto, sería mejor que no jueses más por casa!

— Por qué? se admiró Solano, confuso, un poco cortado.

— Se charla, sabés....

— Me hacés reir, hermano.... No serán celos?...

Y atropella en desorientador palabrerío:

— Si a vos te parece, no digás una palabra más. Yo soy el primero en comprender tus escrúpulos....

Te garanto que si alguno se atreve a calumniar a Leonor delante mío no lo v'a decir dos veces.... Mi mujer mismo me decía a veces: tené cuidado con lo que dicen, y yo, cuándo iba a pensar que vos....

Aguilar, con su mirada tercamente fija en un sitio cualquiera, comprende que ahora no habrá frase dulce que le hiera el corazón retobado de prevenciones, de dudas, de desconfianzas.

Sólo atina a decir con acento sordo:

— Mejor que no vayás....

Solano se entendía con la recién casada. Ahora cambió de táctica, fué más cauto, aprovechó las ausencias del socio para efectuar comodamente sus visitas.

En el mismo escritorio, donde meses atrás sucedió la entrevista, hablan los dos hombres.

— Vos te nombraste mi amigo, me pediste un servicio: porque aunque yo quisiera la muchacha, no me hubiese casao sin tu pedido....

—

— Después yo te pedí el favor de que no jueses más a mi casa....

— Mirá....

— No, dejame hablar.... no te vengo a pelear.... Vos tendrás o no tendrás la culpa.... qué te v-i-a decir.

A ella también le había hablao una vez.... aura la eché al callejón, como a un animal dañino que no es de nuestra marca....

— Aguilar !...

— Andá, alzála si querés, y acordate que ser amigo no da pa tanto.

— Ser amigo no da pa tanto!... repite cuando sale, al pasar frente a la cocina hacia donde no mira por temor de encontrar alguna sonrisa hiriente....

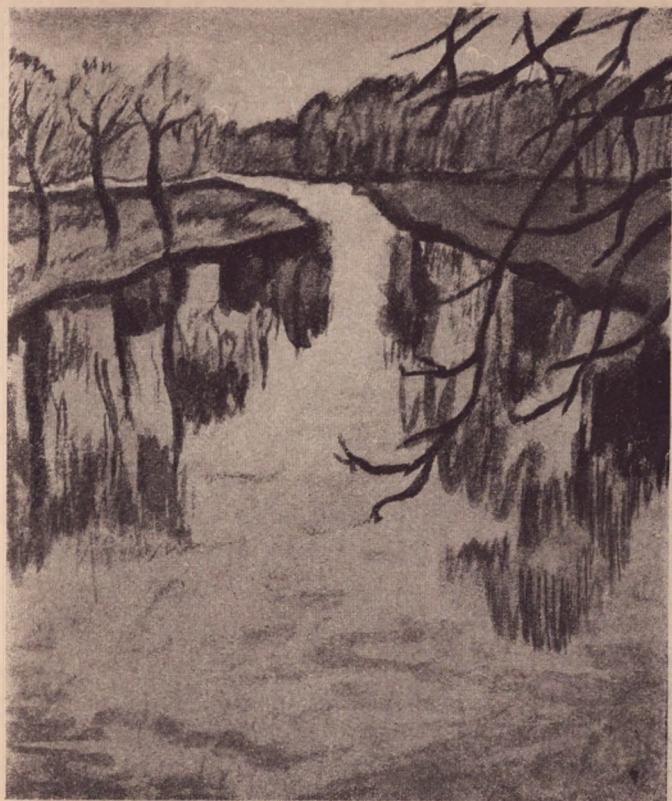
Y es aquel su pensamiento, como si no hubiese otro en su mente, cuando monta en su caballo para irse.

Castiga rabioso su cabalgadura, y el rebenque, enredándosele en el cabo del puñal, se lo desenvaina a medias. Para arreglarlo, lo termina de sacar y le habla :

— Las cosas del patrón, eh?...

Ese concepto le da a lo sucedido cierto aspecto de fatalidad, de algo consagrado; el patrón es también, pese a todo, su amigo, es Beto, para el caso: un hermano! Y el indio siente la condena de ser bueno!

Quiere rebelarse contra la impotencia que lo ata, y arroja el puñal inútil, como si le quemara la mano.



EL SAUZAL

VERDE, suave de húmeda frescura vegetal, en la uniforme extensión de los campos amarillos se abre, como un oasis, la mancha sedante de los sauces que costean unos dōscientos metros el Guaviyú Chico.

El arroyito transparente que no tiene en sus márgenes otra cosa que algún junco raquítico y ese pasto duro y lustroso que crece en montones de penacho, parece que descansara y tuviese ganas de terminar su viaje cuando llega al sauzal.

Y si el arroyo siente la dulzura de la sombra y el arrullo de la greguería de los pájaros y hasta el perfume o la gracia de alguna flor silvestre, — madre selvas, camalotes, achiras, — qué pensaremos de Cirilo Laguna, quien a su decir conoció el arroyo pelado y triste y con sus manos laboriosas hundió en la tierra generosa, hacía más de cuarenta años, las estaquitas débiles de lo que fué después el lindo sauzal fresco y rumoroso ?

Antes de hacer su rancho en las inmediaciones de la estancia del patrón, éste lo había aconsejado :

— Por qué no plantás algún sauce?... pa sombra, p'atajarte el viento, medio pa cuidarte el rancho.

Y el sauce se le había vuelto sauzal.

Fué al monte y se trajo una carrada de ramas. La tierra era buena. Se entusiasmó con el trabajo, amplió el plantío y lo cuidó hasta ver « prendidos », echando hojas a los arbolitos.

Los vió levantarse, aventurar las primeras guías con las que jugaba el viento; vió agruesarse los troncos; más tarde tomar ese no sé qué de melancólico, de espiritual que poseen, como un alma, los sauces llorones.

En porfiada, subterránea brega, hundía en el terreno sus raíces el sauzal; análogamente lo hacía en el corazón del paisano.

Vago, como un sentimiento nebuloso, con el crecer de los árboles se le fué formando un amor hacia ellos y los quiso como a su mujer y a sus hijos.

Se venían casi hasta la puerta del rancho y eran su continua visión desde la aurora al anochecer.

La música del viento entre su follaje en estío o entre las desnudas ramas en invierno, tuvieron un eco en el alma del paisano. A veces, recordado en la noche, sentía su rumoreo, su canto, como hecho de amorosas palabras que se comprendían con la clave del instinto.

Cuando Laguna volvía de tropear, de trabajos que lo retuvieran algún tiempo ausente de su hogar, lo primero que debía aparecer desde la lejanía — como un perro fiel — era el sauzal amigo que, con sus

verdes primaverales, con sus oros de otoño, con sus troncos huérfanos de hojas, le daba la bienvenida.

El sauzal era como un alargamiento del hogar tibio.

De lejos, al descubrirlo, lo envolvía en una mirada cariñosa y lo confundía en una sola cosa querida:

— Las casas !...

El ombú viejo, los cina-cinas despeinados, el nidito de hornero, unos sauces tristes, se identifican con los escuetos ranchos sin adorno, los complementan, llegando a amarlos hondamente, como parte de ellos.

No tiene el criollo un amor refinado a la Natura, no es para él la comprensión estética de su belleza, pero es indudable que el continuo contacto con el campo, con el árbol, con el agua, les genera un cariño de cosa familiar, manera de manifestarse de ese oscuro y natural instinto que lleva al hombre casi primitivo a sentir un desnudo y puro panteísmo.

Meditativo, callado, en sus largos silencios cuando fabrica una trenza, al lonjear o sobar una guasca, en sus dilatadas horas de mate amargo, debe sufrir la influencia de su inmediata visión y concebir la idea de que tienen algo de sagrado la sombra del árbol, la tibieza del sol, la providencia de la lluvia.

Luego, la tristeza fatalista del criollo es propicia a una íntima concordancia con la melancolía lánguida de los sauces llorones.

Cirilo, aunque no se lo explicara, amaba el sau-

zal, a cuya sombra solía pescar, donde el patrón — ahora muerto — festejaba con asados con cuero las fiestas de familia, y mientras el vino les desataba las lenguas les hacía recordar « aquellos tiempos », entre los cuales venía trenzado el de la plantación de los gajos de sauce que ahora los cobijaba con su protección cordial.

El paisano lamentaba no poder ser dueño de aquello para conservarlo como una reliquia.

Aunque sin ningún derecho, escudado en el respeto que le tenía Marcelino, el hijo mayor del patrón, quien ahora regenteaba la estancia, iba a protestar cuando cortaban un sauce.

— Lo hacen como pa toriarme, renegaba.

— No, Cirilo, había necesidad.

— No pueden dir al monte?

— Después pa que se v'andar con güeltas; pa qué sirven los sauces?

Y el criollo:

— Aunque sea pa lindo.

En la estancia quedaban comentando:

— El viejo Cirilo está ideoso.

Marcelino heredó solamente plata y campos, no buenas costumbres; era jugador y ayudó a su familia, que en la ciudad gastaba sin tasa, a dilapidar el capital.

Hipotecó el campo, vendió el ganado sin reponerlo y una vez se le presentó un comprador de sauces, para no sé que industria.

Era un inesperado negocio.

Vendió a ojos cerrados.

Después tuvo un escrúpulo. Algo, en la conciencia, le recordó:

— Si tu padre viviese...

Pensó en Cirillo, medio loco, tan encariñado con el montecito. Iba a tener que explicarle, que disculparse.

Haciéndose fuerte se animaba:

— Al fin y al cabo, eso no es del viejo maniático.

Eran débiles y sin arraigo sus conceptos...

... Quien había trabajado era aquel Cirilo ideoso, él quien ayudara a sostener la estancia, quien plantara el bosque de sauces y quien, con un derecho de padre, amaba campo y casas y árboles.

Marcelino sabía que, para contestar las protestas del pobre paisano, las palabras se le iban a venir a la boca muy disciplinadas, pero también era consciente que le iba a temblar el corazón, pues a medida que pasaba el tiempo el remordimiento de sus acciones apagaba arrestos y altiveces.

Empezó a temer ese minuto de frente a frente con el acusador.

En una de esas, Laguna no dejaba cortar los árboles y el asunto se complicaría desagradablemente, llegando quizá a cuestión de fuerza.

— Es capaz de peliar, el viejo!

Dió la casualidad que Cirilo se fuese en esos días con una tropa para Fray Bentos.

Entonces fué fácil la traición.

El comprador tenía prisa; trajo muchos obreros y pronto de la arboleda no quedaron más que los troncos trozados a ras del suelo cual si hubiese pasado sobre la tierra un cataclismo devastador.

Cómo quedó triste el arroyito mezquino!

El campo amarillo avanzó conquistador hacia aquella desolación.

El rancho, más feo, más pobre, se dijera había crecido.

Y los pájaros, sin nido, andaban piando inquietos, como sin rumbo, perdidos, desesperados.

Cuando a los veinte días de su partida, apurando el caballo, apareció Cirilo, desde donde estaba habituado a descubrir el sauzal, miró....

Moría la tarde.

En la grandiosidad del escenario de los campos la hora espesaba sus tules crepusculares, por eso se engañó un momento.

Se alzó sobre los estribos, detuvo el caballo y sus ojos, habituados a dominar distancias, adivinaron!

Venía con uno de los hijos.

Su sorpresa se condensó en esa extraña interjección campera, norteña, de asombro y de pregunta:

-- ¡ Gué!?

E imponía el rostro empalidecido, con una mueca desesperada.

Habían avanzado otra vez.

Los hería, brutal, la realidad!

El muchacho, respetuoso, cohibido, callaba.

Cirilo no pudo contener la indignación y con el rebenque amenazador, apuntando hacia la estancia, con un sollozo de rabia, gritó:

— No tienen ley pa nada!... hijos de una gran puta!!

PEÓN DE CONFIANZA

LUEGO de la cena, bajo la enramada, para evitar el relente, unos sentados, otros echados de barriga, fumando, mientras el negro Cafunço hace gemir, bajo, el acordeón nostálgico, los peones prosean.

La noche es tibia; entre la sombra sin límites del campo sereno se abre como una inmensa flor luminosa el hervor fosforescente de los cocuyos.

De lejos vienen confusos gritos de alimañas, balidos, graznar de lechuzas.

— Parece que te dormís? Cafunço....

Justa la expresión. Era adormecedor el simple ritmo melancólico y monótono como un canturreo entre dientes.

Podía ser crítica el comentario, pero no determinaría una mayor exigencia musical pues con esos aires tristes entretienen nuestros campesinos sus largas horas de ocio.... Cuando el sol es fuerte, cuando llueve, después de la diaria labor.

El moreno respondió:

— Es de las seguidoras la polkita.

— Linda la noche...

El viejo Fagúndez que estaba silencioso, embebidamente en sus recuerdos, comenta :

— Mi hace acordar un caso....

— Cuente p'animar el velorio.

El acordeón sentimental apenas llora ; se calla cuando la narración absorbe el interés del grupo.

— Todos los viejos zonzos salimos dando consejos.... Yo también les v-i-a dar uno pa no desmentir el dicho :

Nunca sean pión de confianza.... Es casi lo mismo que ser corderito guacho : mucho cariño y cintita en el pescuezo y el día menos pensao : al asador.

Natural, los haraganes pueden hacer sebo a bocha y engordar colgaos de la oreja 'el patrón ; pero, que quieren, no tiene uno la libertà entera del hombre, o le acumulan deberes de otra laya.... Ser pión de confianza, valga la comparación, es igual que tener un buen asao elegido pa un día y gambetas pa siempre.

Y vamos al suceso :

Siendo yo muchachón servicial y zonzo po el lao que me buscasen, dentré de pión con el padre de la finada viuda de Silvera, que tenía otra hermana, que iba queriendo ser mocita. — La estancia era a la antigua, había trabajo, pagaban poco, pero se podía dir tirando.

La mayor, la viuda, era flaca y seria como una carcamana ; la otra, Ave Maria Purísima ! era alegre, redondita en su cuerpito de mujer nueva, blanca y rosada como una virgen, y parecía al tenerla al lao

que hacía luz y perfumaba como las flores del monte....

Nosotros las habíamos agarrao de comparación. Decíamos: linda como la patroncita,... es más bonita la niña Rosa Blanca, y así se llamaba como pa parecer mejor.

Las veíamos de lejo. Cuando mucho les decíamos: güen día.... sucios, descalzos, com'unos digraciaos en la lidia.

Se dió el caso de dos o tres veces, por encontrarme a mano tal vez, me mandó con encargues a la pulpería y quería darme plata a la juerza po el mandao.

Yo no agarraba nunca, me parecía q'era rebajarme acetarlo y adelante d'ella me avergonzaba di andar tan pobre, tan mal vestido.

A ella la divertía reirse de mí, burlarse; me buscaba, me hacía preguntas, hasta me quería son-sacar algo de amor, y yo, les garanto, más atao que clavo 'e picana, le tartamudeaba como si tuviese miedo.

Una mañanita yo hachiaba leña: troncos gruesos, sequitos, juertes; hachiaba con ganas, como cuando se trabaja a gusto; remangao, la camisa desprendida, meniaba muñeca.... En una d'esas la sentí venir, se paró cerquita a mirarme; yo no atinaba a saludarla, a nada.... Después se arrimó más y me dijo que yo parecía una estatua de los libros. Dejuero que me quedé opa: pegué un hachazo errao, se me refaló el hacha y me trocé un dedo.

Casi me caí del dolor. Ella dió un grito y después fué corriendo y trajo caña y vendas y agua y allí no-más con las pionas me curaron, me vendaron, mientras yo me mordía de dolor y no sabía decir más que:

— No es nada.... no es nada....

Ahi anduve renguiando. Ella siempre se había d'encontrar conmigo pa averiguarme como estaba....

Mejoré; de allí a unos días una negrita me vino a buscar de su parte: la niña me mandaba preguntar si yo podría andar a caballo p'acompañarla a pasear esa noche.

La cosa debía ser en secreto.

La estancia tenía chacra; yo preparé a los fondos los caballos y juimos po-entre los árboles, agachaos como dos ladrones.

Yo no pensaba el peligro del capricho de la niña. Es verdá que el patrón viejo se acostaba temprano, pero no por eso era de facilitar.

Güeno, ella lo quería y lo demás no me importaba....

Bicho extraño la mujer!

La noche era clarita como ésta. Salimos al tranco. Cuando perdimo 'e vista las casas galopiamos p'acá y p'allá a lo loco. Después volvimos al paso, los caballos apareaos, casi tocándonos las piernas.

— Ay, Fagúndez, qué susto!

— De qué, niña, diga.

— Cuando usted se cortó.... Fué por mi culpa....

— Bah, una chambonada mía.

.....
 — Sabe versos? Fagúndez.

— Algunos.... le repliqué, pero yo no estaba pa versos, m'encontraba angustiao como con calor, como.... güeno, son cosas de reirse.

Ella m'empezó a decir décimas: nunca las había oido tan bonitas! Yo seguía al lao, lelo, callao.

Le gustaron los paseos. Salíamos tamién a la siesta....

Una vez andábamos sin rumbo; en una d'esas sofrena el caballo, me mira y me dice:

— Vamos al monte, Fagúndez.

— Pa onde mande, niña.

— Vamos a buscar helechos, eh.... Sabe dónde hay?

— Si, niña, pero es mejor que usté m'espere, porq'es feo p'andar y hay que pasar unas zanjitas.

— Pero, Fagúndez, acaso yo soy alguna; ay de mí! Yo tamién voy.

Atamo los caballos a unos árboles y entramo al monte. Ustede saben el trabajo que da p'andar entre los árboles tejidos con enredaderas y el piso agujereao de cuevas y de hormigueros: ya se salta, y'hay que ir encorvao; un uña de gato te agarra de aquí, otro yuyo te pincha de allá.... Yo iba delante, cortando con el facón algunas ramas; en una d'esas la niña que grita, me doy güelta: tenía el pelo enredao en unas guías d'enredadera espinosa. Allí juí: como le tiraba el pelo mientras yo se lo quería desenredar, ella me abrazaba pa ponerse en punta e pie....

Dios me asista, qué calores!

En otro lao, pa que no se mojase, tuve que pasarla alzada. Estaba agitada como un pájaro. Tibia, amigo.... tamién no era pa menos, adentro 'el monte, en verano, a la siesta, hace un calor que ahuga....

Por fin dimos con los helechos !

A la güelta p'acortar camino yo quise pasar por otro lao ; encontramos un clarón, uno de esos potrerros en que no hay árboles. El pasto era alto, espeso.

— Habrá viboras ? me acuerdo que me preguntó.

— No, niña.

Ella se tiró en el pasto fresco, a la sombra.

— Estoy tan cansada, Fagúndez.

— Quiere que la lleve alzada ?

— A ver si puede....

Me agaché p'alzarla y lo iba hacer sin malicia, se lo juro, pero, amigo, se me jué la sangre à la cabeza y la dejé despacito en el suelo.

Ella estaba de cara p'al cielo y yo la miraba.

Con voz de enojada me dijo :

— Qué m'está mirando, bobo, no le da vergüenza que no me pudo alzar !...

Yo sentía que me quedaba colorao y me estaba tentando, me estaba tentando.... Me puse a pensar ; ya es mocita, puede comprender que con un hombre a solas, en paraje tan lejano.... La volví a mirar....

Estábamos callaos. Todo quieto. Se sentía gritar algún pájaro y después como si juéramos en otro mundo.

Yo le tenía un gran respeto, me acuerdo que se me ocurrió que aquella mujercita tan linda estaba ahí

al alcance 'e mi mano y una segunda idea me salía al cruce :

— Epa, che, qué vas hacer? No ves q'es una inocente, que todo eso lo hace por la confianza que te tiene.

Si, pero uno es varón ¡ qué diablo !

— Pa todo hay ley, me sofrenaba la voz.

De pronto, como si me hubiesen arrimao una llamada a la cara, se burlaba ella, entre risotadas :

— Y aura, padre Fagúndez, está rezando?

— Pensaba, niña, que si me la hubiera ido a robar pa mi dejuro que tenía juerza p'alzarla....

— Ah, sí, goloso! Aura yo no quiero que me alce y por eso no v'a poder....

Parecía verdá!... Cuando le crucé los brazos por la cintura no tenía juerza! güeno, ya no veia nada tampoco....

.... Aura me atropellaron un poquito atrasadas las reflexiones:

Pensé juir, pero me llamó llorando.

Volvimos pa las casas. Callaos. Ella muy colorada, yo, pa qué no decirlo: orgulloso, pero bastantito naquiiao....

Y así seguimos hasta que un mal día el viejo, — me parece verlo, era alto, flaco, siempre con el pucho'e cigarro negro colgando 'e la geta; llevaba adelante en la cintura, a lo brasilero, el puñal de plata.... el viejo me llamó, me dió las primeras libritas que vi juntas y me ordenó:

— Vosé se va manhá bein cedo, eh.

— Ta bien, le dije y salí reculando.

El patrón habría sabido ; calculaba que yo, mozo nuevo, iba a ronciar la palomita y a la madrugada cuando me juese, me despachaban ; las esterlinas iban a servir p'al caso.

Tuve una corazonada : esa misma noche volé, compañeros.

En el paso del Sauce estuvo al otro día, esperándome, el cuchillo afilao de un negro, un tal Canuto, que había sido milico 'e línea y tocaba el violín a pulso....

— Válgale el pálpito, se dejó oír un comentario.

Y el héroe del cuento termina :

— Medio peligroso ser pión de confianza.... menos mal si el patrón tiene hija linda....



LA HUELGA

EL hijo del patrón y dos mocitos más, ladinos ellos y embarulladores con su charla, llegaron a la estancia.

Era de mañana.

Con chasques a los cuatro vientos se mandó buscar toda la paisanada de los alrededores.

Mataron una vaquillona, corrió el vino que daba gusto y cuando la gente, « floriada », barajaba dicharachos y reía a descostillarse de cualquier cuento, uno de los forasteros habló.

El paisanaje supuso que habrían nuevas elecciones porque el orador se refirió a la suerte favoreciendo a todos, a las « instituciones », que es el gobierno y a la patria en peligro.

Los indios estaban medio duros... para aplaudir. Oían el discurso, se miraban unos a otros...

— ¿ Y ?

El interrogado arqueaba los ojos, alzaba los hombros :

— Yo no comprendo.

— Unos semos blancos, otros coloraos....

— Pa quién se vota?

Pero ahora la palabra cálida del orador se deslizaba entre sedas y rosas, hablaba de la patria gloriosa, libre y respetada, de la bandera santa, color de cielo, con su sol de oro, por la que debían dar los orientales hasta la última gota de sangre! ¡ Los orientales! Los orientales, como se decía antes....

La frase llegó a la entraña.

¡ Vivan los orientales!

Y estalló el aplauso y la exclamación.

El orador sonreía, transfigurado de triunfo.

Al fin de cuentas: en la capital había estallado una huelga de los obreros del puerto: gallegos, gringos y socialistas sin Dios y sin patria, y la gente de sentimiento y, por qué no? de agallas! debía ir a prestar su esfuerzo para castigar con la derrota aquellos desmanes.

El trabajo era poco, los sueldos crecidos, el ferrocarril de ida pago, y mientras durase la revuelta les darían de comer gratis.

¿ Querían más?... Cumplían un deber de orientales y aun se les pagaba sin mezquindades, esplendidamente.

— Vamos, invitó uno.

Los desocupados se entusiasmaban.

Otros decían:

— Uno está bien aquí.

— Yo no v-i-a dejar lo seguro....

Miraban el campo.

— Y después, muchachos, en la ciudad se van a divertir: bailecitos, buenas hembras, comer bien, chupar.... relampagueó promesas el hijo del patrón.

Uno de los mocitos se sentó a la mesa y con una hoja de papel por delante:

— Súbito, quiénes van?

Remolineó la asamblea.

Y Juan Barriola, el Rubio Veneno, un tipo amarillo, flaco, despiltrajado, sacudió la cabeza para echar hacia atrás la melena que le caía sobre los ojos, y se adelantó:

— Yo m'escribo.

— Qué filcha, sonrieron.

El Rubio Veneno era «un pior es nada». Eterno agregado donde le mostraban los dientes. Medio borracho, medio ladrón.... Buen trabajador Juan Barriola!

— Apuntemé, gritó un nuevo entusiasta: el negro Fulgencio.

Condiciones buenas no las tenía mejores que el primero, pero eso sí: era guapo para el trabajo.

Aquellos puntearon. Siguiéron otros: el viejo Pita y su hijo, los Candinho, hasta catorce.

Después del último nombre se había hecho un silencio. El escribiente, con la mano pronta, levantada, esperaba:

— No hay más?

— A ver otro valiente!

Avanzó Cruz Acuña.

¡¡ Cruz !!

Les parecía mentira. Tan criollo, tan campero, sólo hecho a las tareas de ellos. Pero.... La historia de amor estaba fresca: Cruz novió con la hija del bolichero, una linda muchacha, que personajes desconocidos violaran una tarde en el arroyo, donde ella se ahogó al otro día, sin revelar un nombre.... Corrían voces atribuyendo el crimen al hijo del patrón y sus compínches. Vaya a saber....

— Pa olvidar, sabés, se confió Acuña con un amigo.

Esa misma tarde se embarcaron entre jarana y risa.

Llegaron a la media noche a Montevideo, durmieron sobre bolsas en un galpón y al otro día, aun de bombachas y botas, con las golillas, maneándose al caminar, iniciaron el trabajo.

En los muelles había profusión de guardias. Marineros. Policías. Milicos de línea, armados, que hacían fogones al aire libre y de noche se aglomeraban, aburridos, alrededor del fuego.

Para evitar conflictos les prohibieron salir.

Después de cenar, cansados y tristes por la tarea pesada y el ambiente hostil, oían al Rubio Veneno, que les leía las noticias tendenciosas de la huelga.

Barriola había conseguido un puesto de cuidador de no sé qué cosas, en el cual, « para no perder la costumbre », no hacía nada.... Quizá su función se redujese a levantar el espíritu de sus colegas, leyén-

doles la prensa honesta y seria.... pues los diarios y manifiestos de los obreros quedaban del otro lado del cordón de censura.

No era muy divertido por cierto la salvación de la patria a ellos encomendada. Les resultaba bochornoso trabajar entre los fusiles de los milicos....

— Parecemos presos, se quejaban.

— Pa trabajar así....

Las conversaciones iban hacia la cuestión palpitante: la huelga.

— Y esos otros por qué no quedarán trabajar?

— Pedían más sueldo, menos horas....

— De haraganes, intervenía Juan Barriola.

— Al pión hay que pagarle, retrucaban.

— Quieren cambiar las cosas, agregaba el Rubio Veneno, y :

— El peón es peón, y el que manda, manda.

Cruz asistía, callado, a la disputa ; oía con interés.

Familiarizados con la topografía del puerto, los campesinos ya se orientaban.

— Po allá se sale.... Ahi, donde está la bandera colorada, es la Federación, donde hacen riunión los güelguistas.

Una tarde, al dejar la tarea, pasaban junto a uno de los alambrados de tejido que cierran el puerto, cuando afluyó contra ese una masa de hombres. Les increpaban :

— No trabajen! Tengan dignidad! ¡ Viva la huelga!
Otros más exaltados les echaban en cara:

— ¡ Sinvergüenzas! ¡ Carneros! ¡ Traidores! Abajo los vendidos! y les enseñaban los puños.

Los paisanos estaban suspensos, indecisos.

De pronto se sintió sobre los adoquines el tropel de la caballería que cargaba.

Se elevaron gritos, clamores. Sonaron tiros. Rodaron caballos en brutal confusión entre los hombres.

Y el Rubio Veneno, puesto un poco atrás, previsoramente, contraofendió:

— ¡ Viva el trabajo libre!

En cuclillas, sentados en cajones, cenaban una noche al aire libre, cuando se les acercaron tímidos, sobrecogidos, ocho o diez chiquilines, — mujercitas, varones, — con latas para que les diesen comida.

— Pobrecitos, los compadeció el viejo Pita, que conocía el hambre.

— Y cómo? interrogó ingenuamente otro: en Montevideo!

Se les hacía difícil admitir que en la capital, en una ciudad tan linda, hubiese aquella miseria.

Les hicieron sitio a los chicos, les hablaron cariñosos.

— Hijos de los güelguistas!

Algunos; otros vivían así, tenían el padre enfermo, eran huérfanos...

Qué falta estaba haciendo el ladino de Juan Barriola para poner las cosas en su lugar!

El, « que no se perdía », se las había arreglado de manera de dormir mejor que los peones y no participar de su « rancho ».

Por eso faltaba.

Llegaron unos soldados — impuestos de la invasión — a echar groseramente a los muchachitos.

Cruz se paró :

— Dejenlós.

— Tenemos orden.

— Primero van a comer !

Y a su afirmación resuelta sus compañeros asintieron solidarios.

Acuña se « franquió » con los amigos :

— No estaremos haciendo una chanchada? No estaremos sacándole el puchero a esos prójimos?

El Rubio Veneno le hubiese contestado esas bonitas cosas que aprendía en los diarios...

Los otros callaban.

Y Cruz :

— Esto de hacer d'enganchaos, de trabajar cuidaos por guardias.... Y ver, como un desalmao, que la milicada atropelle y apalé esa gente desarmada, es indino....

— Estábamos bien en campaña, lamenta alguno.

— Yo esta noche salgo p'hablar con la Federación.... hoy me llamó uno po el alambrao y me habló derecho, claro :

— Los han traído engañaos.... venga, amigo, viene entre machos si es macho. Mal no se le hará. Habla-

remos y si quiere volver vuelve... Hemos pensao que entre nosotros no podemos ser enemigos...

Voy! Si tienen razón hay que dirse p'ajuera.

Uno chanceó :

— Pa ricuerdo les podemos dejar a Juan Barriola, el Rubio Veneno, que tiene tanta labia y que no hace nada.

Pocas palabras bastaron para convencer al paisano. El quería irse para el pago. Los nuevos amigos, — ganados de simpatía por su hombría, por su derechura, — lo instaron a quedarse.

— Triunfaremos, le arreglaremos trabajo...

Volvió a enterar a los compañeros que, cansados de esa vida y quisquillosos, no queriendo pasar como traidores, vendidos, pidieron sus sueldos rezongando protestas.

El capataz los calmaba, los engatuzaba :

— Esperensé hasta el sábado, yo les voy-hacer subir el sueldo...

Como último recurso, buscaron a Juan Barriola que los conocía, y, según él, ejercía gran ascendiente sobre sus conterráneos.

El, tan paquete : bien trajeado, de botines, de sombrero nuevo, — se vino preparando.

Lo recibieron con hostilidad.

Agitando un diario, que tenía en la mano, calcando las poses de los oradores observados en las asambleas partidarias, comenzó a hablar.

Fué contraproducente.

Un paisano gritó :

— No gastés saliva al cuete....

Y otro resuelto se impuso :

— No somos menores, amigo, no precisamos tutor !

Los huelguistas, enterados por los nuevos rebeldes, mencionaron en una publicación la farsa patriótica de los jóvenes distinguidos, rompe huelgas por sentimiento nacional, tras lo que se encubría la defensa de sus intereses, de sus haraganerías y sus vicios.

El manifiesto indignó a la parte sana de la población....

Corrió la voz de que en el salón de sesiones del local obrero, recomendados al desprecio del pueblo, figuraban en un pizarrón los nombres de los principales enganchadores de obreros.

Entre ellos estaba el del hijo del patrón.

Los jóvenes se combinaron para, en un golpe de audacia, dar una lección a los subversivos.

Asaltarían la Federación, borrarían los nombres y se llevarían los papeles por si los huelguistas tramaban algún complot contra la seguridad pública.

Los obreros tenían sesión permanente. El pequeño triunfo de haber conseguido la deserción de los paisanos había reforzado el entusiasmo. Se notaba una fuerte excitación. Se sucedían, alarmantes, los atentados contra krumiros y guardias.

En el salón, lleno de hombres, ardían crudamente

las luces eléctricas; las paredes blancas, encaladas, hacían mal a la vista; grandes letreros sobrios, expresivos, hablaban del derecho del hombre, adelantaban futuros.

Aquí, allá, con sus marcos pobres: litografías, retratos de revolucionarios, de precursores.

El humo de los cigarros enrarecía el ambiente.

Los discursos eran airados y amenazadores.

Las caras pálidas, los entrecejos fruncidos, las discusiones agrias.

Había resplandor de tragedia en aquellos espíritus, templados en un tono heroico.

Muchos hombres incultos, proletarios rudos, sentían el contagio del Ideal que amamantaba la lucha.

Ya no era una hora menos de trabajo, un real más de sueldo.

Era cosa más alta!

Cuando surgió la pregunta:

— ¿ Se continúa?

Atronó el local un grito unánime:

— ¡ Sí!

— ¡ Viva la huelga!

En un zumbido ronco vibraba el confuso rumor de las conversaciones.

Se sintieron unas carreras en la calle. Entre el rumor percibiéronse gritos de ¡ Alto!

La muchedumbre miró, nerviosa, para atrás.

Los más vecinos a la entrada cedieron al empuje

de los invasores. La bandera roja, que flameaba en la puerta, se vino al suelo y afluyeron como una avalancha, los sombreros en la nuca, revólver en mano, los ojos feroces, los jóvenes asaltantes.

— ¡ Arriba los brazos !

— ¡ Viva la Patria !

Los obreros reaccionaron. Alzaron los bastones. Rodaron abrazados a los atacantes. Gritos. Detonaciones. Bancos que golpeaban. Quejidos !

Los invasores intentaban avanzar hacia el pizarrón. Luchaban denodados, mientras una furia destructora les hacía romper cuadros, golpear las bibliotecas que desparramaron por el suelo su entraña sagrada.

La tropa, desde la puerta, para aplacar los ánimos, disparaba sus armas.

Contra el pizarrón célebre estaba Cruz, armado de puñal ; sin ningún enemigo cerca, había mirado el conflicto como un extraño.

Parecía haber recibido la orden de defender aquella tabla negra, donde la tiza ponía en vergüenza el nombre de unos enemigos del obrero.

Despeinado, salpicado de sangre, el revólver humeante en la mano, se le paró enfrente el hijo del patrón. Se miraron. El joven palideció.

— ¡ Vos !

Cruz tuvo la intuición de que el « niño » era capaz de todo y se acordó de su interior tragedia.

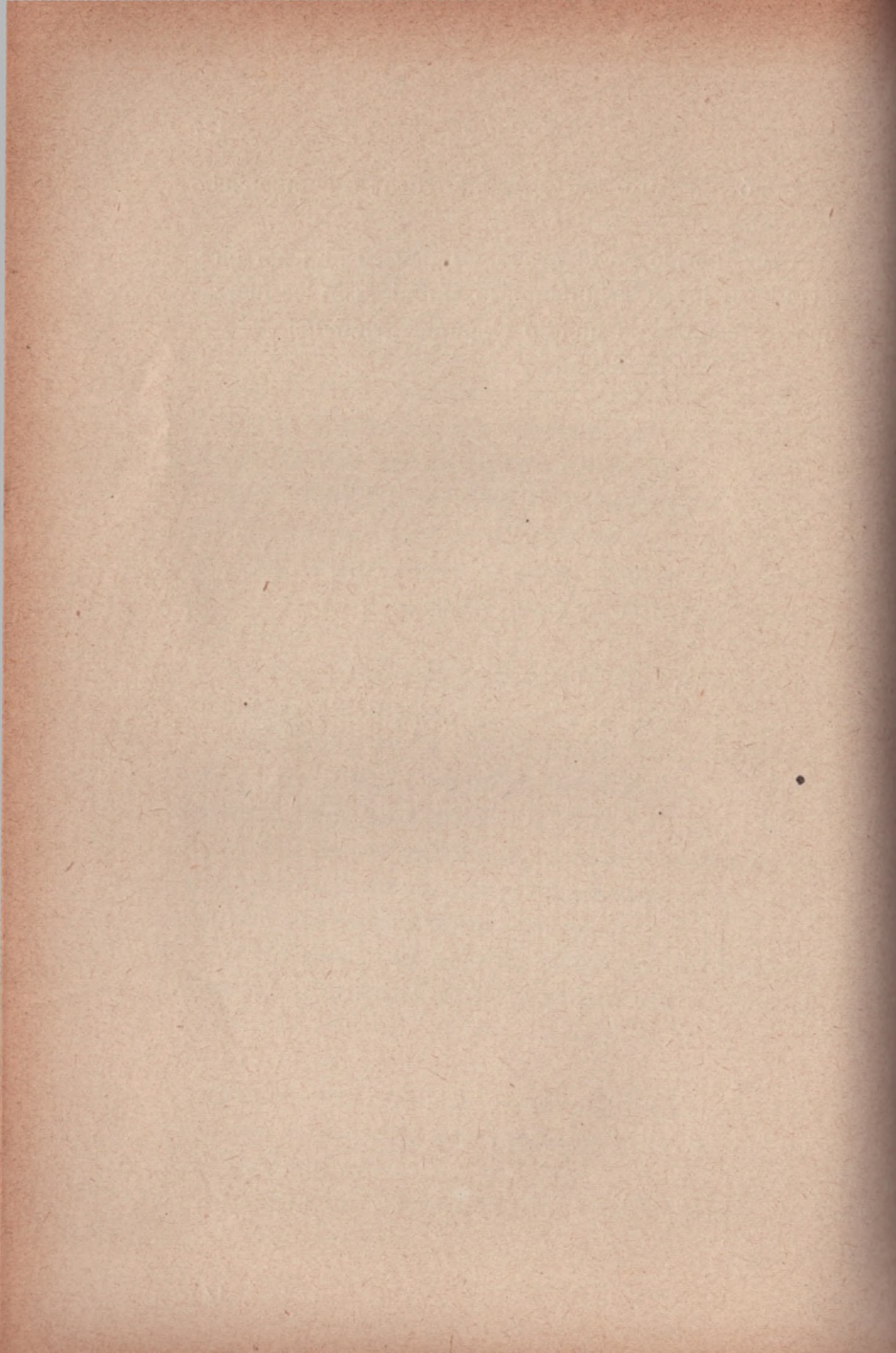
— Borrá eso !

— Animesé, borreló usted ! lo desafió el otro.

Sonó un tiro, un segundo tiro; el muchacho avanzaba.

Cruz, herido en el pecho, se recostó al pizarrón y cuando el joven, triunfante, lo empujó, con las fuerzas que le restaban le hundió el puñal gritando:

— ¡ Viva la huelga !



NO HAY MATRERO QUE NO CAIGA

YO no era de los más raboneros entre la botijada del barrio, pero el mal ejemplo cunde y ese mismo amor propio que nos hace echar grandes bocanadas de humo de los cigarros aunque se nos salten las lágrimas y se nos revuelvan las tripas, me obligaba de vez en vez a acompañar la patota bullanguera.

Sentaba ésta sus reales por «Las Cavas», los «Eucaliptus de la Curtiembre» o el «Puente del Ceibal», donde hacía equilibrios inverosímiles Carlos Muguerza y que mi hermano atravesaba en cuatro pies, como un gato, negro él y flaco. Otras veces, la bulliciosa comparsa visitaba «Los Sauces» y se regodeaba en sendos baños deliciosos en sus lagunas sucias, en las clásicas Petizas, donde aprendimos a nadar.

Por aquellos tiempos, en que habíamos instalado una compañía de pruebas, — Circo Ecuestre y de Dramas Criollos, — que capitaneaba Enrique Mora, — el más bandido de la banda, — los paseos tomaban cariz de festines, con el refuerzo de los quince

o veinte tachos de dos vintenes, que producía cada espectáculo.

A esas fiestas extraordinarias llevábase salchichón, un salchichón rojo, que los mal intencionados afirmaban era fabricado con carne de yegua; un dulce de membrillo, que parecía betún, cedido a precio económico por don Deogracias Renovales. el consabido pan y hasta algún litro de vino priorato de terribles consecuencias tóxicas.

Era indudable que no se perdía mucho con faltar a las clases, notorio que no echábamos de menos la gramática árida, las feroces matemáticas disciplinarias, las lecturas morales....

Había que vernos correr a nuestras anchas por el campo verde, por los cerros pedregosos, o armados de tosco instrumento, desenterrando lechuzas, volando — bajo un sol que pelaba — tras las vertiginosas, tentadoras lagartijas.

Contábamos a la sazón con algunos enemigos irreconciliables: los vascos del viñedito de Harriague, frente a lo de Campanella, que no nos dejaban acercar a sus vides y que poseían unos perros que eran unas fieras.... Y los milicos! esas pesadillas de uniforme, que por aquella época gastaban unos antiestéticos kepíes chatos, requintados compadronamente sobre la oreja.

¡ Los milicos ! No nos dejaban a sol ni a sombra, y como nosotros jamás les hicimos valer nuestros derechos de ciudadanos libres, capaces de holgar y

campar por sus respetos, sino que les huíamos como el diablo a la cruz, resultaba una persecución alevosa y ensañada.

No faltaba quien sostuviera que se « vendían » por unos reales, que se podía comprar su complicidad para alguna casi delictuosa correría.... pero, quién le ponía el cascabel al gato?

En una de nuestras rabonas, luego de haber rendido honor a las provisiones y de jugar un reñido partido de football, decidimos bañarnos. Eramos diez, doce.... El vasquito Etchart, los Muguerza, Mora, los faroleros, mi hermano Chengo, yo, y no sé cuantos indiecitos de esos que, descalzos, sin sombrero, se nos sumaban siempre al olor de la merienda y, más que nada, del juego atrayente. Ellos, despiertos, vigilantes, eran los vaqueanos: conocían las quintas descuidadas y nos prevenían los peligros.

Habíamos pasado el Cementerio cuando se suscitó la cuestión de si iríamos a las primeras Petizas o a la Petiza del Medio, laguna más limpia y más honda, situada en el centro del monte. Según unos era peligrosa por las víboras y por su profundidad.... y lo más importante: allí podían llegar los milicos, protegidos por juncos y cañaverales, en su margen abundantes, y sorprendernos.

— No, no, a las Petizas de aquí....

Se veían las lagunas, como dos espejos empañados, entre las barrancas de un color naranja levemente rosado. A la derecha tenían una meseta con

un fresco prado libre; a la izquierda, donde la tierra era casi morada, crecía un bosquecillo, un monte sucio, fecundo en paja brava, en matas bajas, espinosas y algunos árboles donde trenzaban sus guías las enredaderas floridas. El monte era de fácil acceso, buena guarida para escondite, siempre que no viniese de tal parte el enemigo, por lo cual decidimos dejar nuestros indumentos en el lado opuesto.

Así, cuando apareciera el mata-perro, tendríamos tiempo sobrado para, con nuestra ropita bajo el brazo, « clavar la rajada ».

La tarde era cálida y bella. Había una transparencia de cristal en el aire limpio, bajo la cúpula azul intenso del cielo. El agua dormida copiaba las márgenes con húmedo pasto, el monte verde oscuro, las barrancas de tierra negra, las barrancas de greda rosa, el lejano azul....

Nos desnudamos, atamos las ropas, previsores, para evitar las fastidiosas « galletas » y antes del baño general, a fin de desentumecernos, hubimos de correr, en cueros, algunas carreritas.

Después, uno tras otro, de cabeza, nos zambullíamos en el agua barrosa, que no por menos sucia dejaba de ser fría y agradable.

Pronto las pencas, braceando o « a lo perrito », la permanencia más dilatada bajo el agua, los juegos: el lobo, el yacaré, nos hicieron olvidar toda precaución.... Estábamos como en nuestra casa. Sólo se oían los gritos jubilosos, las risas sonoras, los chapuzones

rápidos o los manotones veloces del bracear de las huídas.

Agotados los juegos, uno invitó:

— Vamos a embarrarnos.

La cosa era boba, pero se aceptó. A poner en práctica la idea salimos a la orilla y ¡ qué ojos espantados, qué bocas abiertas!; qué estupor! erizándonos el cuerpo como si hubiese soplado un viento gélido:

Sentado junto al montón de ropa, de nuestra ropa!, nos miraba con los ojos maliciosos, mostrando los dientes, un negro milico, malo y cosario « como él solo ».

No hubo necesidad de acuerdo ni de invitación; como a una orden misteriosa nos desbandamos en locas carreras en dirección al monte.

Desnudos, víctimas del agujón de los mosquitos bravos, de algún tábano ávido de sangre, nos dábamos nerviosas manotadas y mientras cambiábamos pareceres espiábamos al guardia civil pícaro que lentamente revistaba nuestras pilchas.

Después el hombre, como demostrando que no tenía prisa, « armó » un cigarrillo y se puso a fumar cachazudamente.

Qué haríamos?

Cuál sería el compañero del luminoso pensamiento que nos sacara a salvo de tamaña aventura?

No se les ocurría más que disparates e ingenuidades.

— Cuanto se canse, se va.

— Si se va, nos lleva la ropa.

— Dejamos que anochezca y uno va después a avisar a las casas....

— No !, se oponían los temerosos de las azotainas, de las sobas paternas.

— Si le dijésemos que le vamos a dar plata?·

— Y quién tiene? si en la ropa no hay ni un fino....

Multiplícábanse los proyectos inútiles; en tanto, creo que fué Mora, descubrió cerca nuestro, en un árbol, un hermoso camoatí panzudo, de esos grises, moteados de pequeños picos, obra de abejas silvestres.

Nos acordamos que con humo se azonzan o se van las laboriosas fabricantes de miel y ya nos regocijábamos del hallazgo que explotaríamos en fecha cercana, cuando uno de los muchachos descubrió por tierra unas batatas del diablo. Estos tubérculos, con la prolongación de sus raíces, resultan admirables bolas arrojadizas. Sin más trámite, el del hallazgo, previa la consabida escupida para asegurar la puntería, despidió el proyectil con tan desgraciado acierto que fué a dar en el centro del camoatí. La consecuencia fué un repentino y bárbaro ataque de los himenópteros, que no daban cuartel y nos dejaron overos, como vulgarmente se dice.

A lo que se atina en esos momentos es a cubrirse la cara y a huir a saltos desesperados, locos de dolor, sin mirar donde se pisa, siendo al mismo tiempo víctima de las espinas y los arañazos de los ñapindaes y las ramas hostiles.

Ahora si se necesitaba agua y barro!

Ya no hubo temor del milico.

Bajo su mirada socarrona, algunos llorando, bajamos desesperados hacia la laguna.

El negro bandido se reía, mostrando los dientes, satisfecho de que fuésemos cayendo, « mansitos », como decía él...

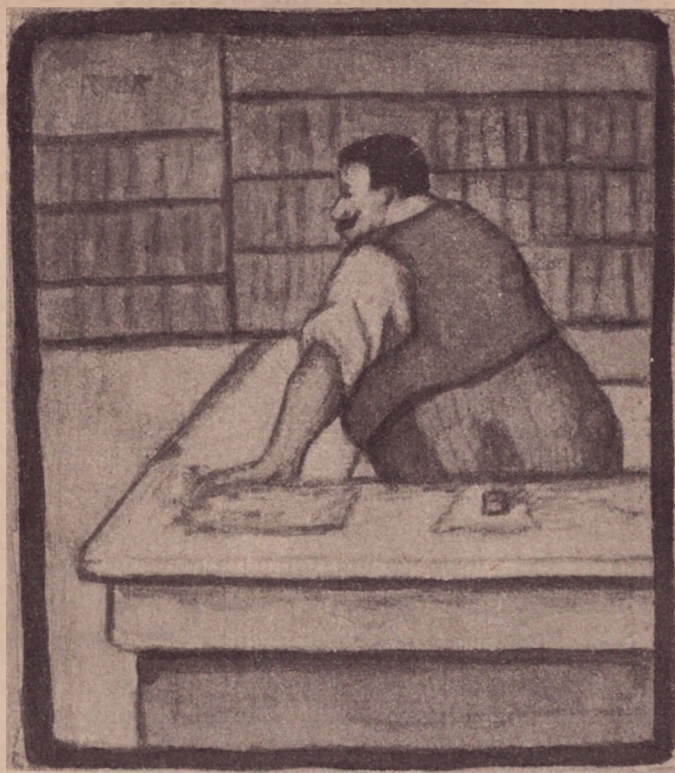
— Después de tanto matreriar....

No quiso entregarnos la ropa por temor de que alguno escapase.

Habíamos de seguirlo hasta que encontrase compañeros.

El iba delante con el gran atado bajo el brazo.

Nosotros atrás, desnudos, llenos de vergüenza, hinchados ojos, manos, brazos, derrotados de nuestro descomunal combate.



LA CUENTITA

POR el camino polvoriento, arrugado como un cuero seco, al que lame el sol con su lengua encendida, va, al paso perezoso de la cabalgadura maltrecha y llena de mataduras, un gurí sucio, dando — en la oscilación mecánica del tranco de su caballejo — azotes a un flanco y a otro con un arreador de trenza de guascas.

El caballo mueve la cola, pesada de abrojos, y sacude las orejas peludas espantando las moscas.

En el silencio del mediodía parece sentirse el crepitar del pasto reseco del estío. Llamea en la lejanía la solana que a veces finge llamaradas rojas y gualdas o muestra espejismos de frescas masas de agua.

Al ruido de un pasajero, el muchacho levanta, lento, la cabeza, y con ojos somnolientos mira en la nube de polvo que lo envuelve la figura del que se allega.

Con voz imperativa, en su hábito de hablar a campo abierto y de parar rodeo, grítale éste :

— Epa, gurí, parate.

El muchacho sofrena el jameigo y sin levantar la cabeza gacha lo mira de hito en hito.

Su interlocutor es un paisano viejo, curtido de sol y de intemperie, en mangas de camisa; mientras habla, se levanta sobre los hombros el ponchillo de verano.

— No me viste pasar un potrillo loguno, con las patas blancas?...

El interpelado contesta, torpe, ahogado de timidez:

— No....

— Como no, si ricién me dijo el carrero Juca que lo vido....

Cruza la pierna sobre el recado y « pica », concienzudamente, tabaco de cuerda. Después saca la chala, la pone entre los dientes mientras deshace el tabaco con el pulgar izquierdo en el hueco de la mano derecha y, averiguador, curioseá:

— Di-ande sos vos?

— De allicito.... hijo de Godoy....

— Ah !... Tas grande.... Entonce, no me lo viste?...

-- No lo vide....

— Tamién parecés mas abri-boca.... Dale recuerdo a tu padre.

— Gracias.

Y se marcha el paisano viejo entre la polvareda bermeja, volándole el ponchillo claro.

El muchacho lo mira alejarse y piensa:

— Un potrillo loguno.... Lindo pelo.... Tata dice que los logunos tpaos son güenos pa la suerte y pa-l-amor....

Va a castigar su caballo cuando sobre el callejón descubre, en ondulada marcha, una víbora, gruesa como la sotera de un arreador.

— Esto si q'és mal agüero, afirma. Cuando una yarárá atraviesa el camino....

Se arroja del matungo y atropella decidido al ofidio. Al primer lazazo el reptil se revuelve, medio cuerpo hecho una espiral, y alza, agresivo, la chata cabeza donde arde el acero hipnotizador de los ojillos fríos. Pero ya le ha caído uno y otro arreadorazo feroz que la destrozan. El gurí la toma de la cola, y al levantarla :

— Grande !... Después la arroja al suelo y va a montar su matungo que mete la cabeza entre los alambres del cerco, en procura de pasto.

Cuando el indiecito ha montado a caballo piensa en lo que iba a buscar al almacén, que con todos aquellos acontecimientos se le ha olvidado, cosa que en otras ocasiones le ha traído desagradables experiencias con la chancleta de su madre.

Está a medio camino del almacén, a más de una legua de las casas, e, indeciso, pierde el tiempo.

Por fin se resuelve volver a pedir que le repitan los encargos, y menea talón y lazo al caballo que mosquea e inicia intermitentes « galopitos de peludo ».

Al acercarse se le agranda el miedo. Salen los perros haciéndole fiestas.

El muchacho no se anima a bajar y como si nunca lo hubiera visto, mira el rancho triste, de terrón, el

maizalcito seco, atrás, la enramada vieja, deshaciéndose.

Temeroso grita :

— Mama !... Oh, mama !..

Con el mate en la mano, aparece una paisana aun joven, retacona, que abriendo mucho los ojos oscuros de su linda cara color canela, se quiere mostrar terrible :

— Güe, y aura ! Pa qué te volviste ! Vos sos siempre el mismo.... Pero cuando yo digo. Arrimate. Vení pa-cá,...

— Mi-olvidé, mama.... q'era ?..

— A la güelta te arreglo, atolondrao !... Te olvidaste?... Vas jugando, cazando lagartijas.... Mirá, andá ya y no volvá pronto no-más me vas a conocer. Le decís a don Carpanesi a ver si me puede fiar hasta el cinco, que vuelve tu padre, un poco 'e yerba y azúcar y galleta... Y mirá, esperate ; si lo ves cabrestador, aunque sea una lata 'e las chicas de dulce 'e membrillo.... Y que venga pu-acá, cuando guste, que ya sabe, que tiene una casa a sus órdenes.... No te olvidés de nada y andá ligero....

— Sí, mama....

— Y si viene, que sea antes del cinco.... eh ? entendiste ?

— Si, mama....

— Y no pidás la yapa....

El muchacho, ya puesto en camino, lazo y lazo, vuelve a gritar, un poco disgustado por la última recomendación :

— Sí, mama.

Con aquella demanda debía Carpanesi iniciar un crédito que no terminaba de convencerlo. Cuando el chiquilín finalizó el encargo, el platillo del no se cargó de golpe. Cuando le insinuó la invitación:

— Y que no deje de ir... que tiene una casa a sus órdenes...

La balanza cayó del lado del sí.

Y ahora el hombre está en el fiel. Reflexiona. Ve darse vuelta, solo, el letrerito amarillento, sucio de moscas, que reza: « Hoy no se fía, mañana sí »....

Mientras duda del cumplimiento de los nuevos clientes, lo trabaja su debilidad amorosa por la linda china a quien corteja a su manera.

El mismo ha dado pie para aquella solicitud que no hay que decirlo, viniendo de otra parte hubiera recibido, como una descarga, la más rotunda de las negativas.

Una tarde había estado de compras la paisana en persona. Y, cerquita no más: unos metros de percal, un frasco de agua florida y unas zapatillas bordadas con lanas de color, dieron fin a su capital. A esta altura la cliente había descubierto una cinta colorada, lindísima. Y como quien no quiere la cosa, echó mano al terrible y femenino recurso de una sonrisa irresistible.

— Me llevo la cinta... pero no me da pa todo, don Carpanesi.... Qué me aconseja que deje?...

— Ma que, ma que, lleveseló todo....

Le volvía él la tranquilidad.

— Ma osté... Despue-s-atregla todo.... Eh?...

Qué de cosas traducía ese « Eh? »...

Ahora despachaba el surtido. Hasta la lata de dulce de membrillo. Y por la inveterada costumbre — mojado mucho el lápiz en la boca — suma el importe sobre la resma de papel de estraza, que se amontona bajo una piedra abriantada.

Mientras termina la tarea se le iluminan, maliciosos, los claros ojos.

— Eh... decile a la tu mama que vado mañana.... y se disculpa entre filosófico y donjuanesco :

— Lo hombre sono lo hombre !

Gervasio Godoy o más corrientemente Godoy a secas, ya que el don, — tan vulgarmente prodigado en nuestra campaña, — no le alcanza por su condición de hombre sin oficio ni beneficio, y tal vez por su figura, chiquita y sin importancia, Godoy, decía, ha conspirado a la apertura de la cuenta habiéndole dicho a su mujer :

— Si te falta algo, pedile a Carpanesi. Ya te fió una vez el gringo.... Aura, pa no perder todo, afloja. Vas a ver.

Aquel instintivo conocimiento psicológico de Godoy significaba que no era tan « buenas noches », como con frase gráfica dicen nuestros criollos al referirse a un sujeto que está a oscuras en cualquier asunto.

Naturalmente él era de la pasta de los que se extrañan de lo suertuda de la hija cuyos viajes al monte siempre la hacen hallar, por casualidad ! cinco reales....

Aquello le completaba la personalidad.

En consecuencia de la iniciación de las visitas del italiano al rancho de Godoy, éste, hecho « un de la casa », cae por el almacén y se deja estar, o encuentra medios de ser servicial, comidiéndose para cualquier comisión: alcanzando las bolas y apuntando los tantos cuando se juega al billar; llevando la bebida solicitada por los clientes o sacando, con recomendable exactitud, la suma de los gastos....

Esos aires de confianza que adoptaba Godoy no eran muy del agrado de Carpanesi y menos aun la entereza con que el indio bebía la cañita o « sacaba » algún pañuelo de seda, tabaco en cuerda, unas alpargatas....

El acreedor, un tanto escamado, tenía siempre que repechar una protesta o dominar como un hipo de indignación que le subía del fondo del alma, débil con los intereses.

— Ma aunque sea lo vicios se debía pagar osté....

— Apunte a lo ancho, que a la larga pagaremos....

— Y qüel conchavo de que mi ha hablao?

— Ah, aquel; no le conté?... me falló....

Piensa Carpanesi:

— Cóme son de harragán tuta esta quente !...

Cuando va a ver a la china todavía intenta una defensa:

— Aconcecalo que no chupe tanto....

— Ma, per qué no le dice a Godoy que traque....

— No precisa decirle....

— Per qué?

— Porq' él de sí procura trabajo; es muy busca vida, pero, que quiere, Carpanesi, no encuentra el pobre.

Eran tan sinceras las palabras de la mujer, que el italiano no podía menos que sentirse contagiado de aquella compasión y lamentaba, como un eco:

— El pobre!...

Carpanesi le tiene a Godoy cierta condescendiente consideración. ¡Qué diablos! cuando se es feliz y se burla así a un prójimo entran ganas de ser generoso. Pero no por eso se vuelve insensible respecto a la « cuentita » que crece, crece como el agua mansa de un arroyo alimentado por invisibles lluvias lejanas.

Había momentos en los cuales volvía por sus fueros de acreedor serio y eperanzado, haciéndose la idea de que aun podría limitar aquella danza de guarismos, formados con tan disciplinado orden en el casillero del debe; entonces, entre una frase y otra, le espetaba a Godoy:

— A ver si no se me olvida de la güentita....

La prevención nacía aunque no viniera al caso. Ya que al chiquilín pedigüeño era inútil hacerle observaciones, arreciaba contra el paisano, quien sonreía al remedarlo:

— Valiente!... la « güentita ».... que me v-i-a olvidar!...

Tantas idas y venidas, como reza el verso clásico,

han traído por consecuencia la regularidad matemática de los viajes de Carpanesi al rancho de Godoy y luego un meditativo retorno en que, cabizbajo, dejando sin gobierno el matungo, cavila sobre una enorme e impensada novedad...

La mujercita le ha anunciado, jubilosa, el advenimiento de un heredero, con derecho, sino a un reino, por lo menos a más de un nombre !...

Nace en él cierta noción de responsabilidad con respecto a aquella nueva vida que surge, y se suaviza la otra materialista preocupación de la cuenta que, a la sombra de su condescendencia culpable, crece fantástica e indetenible.

Pero ni por eso deja de deslizar alusiones a la pesadilla del crédito.

Un día, Godoy, medio echado sobre el mostrador, mira tiernamente uno de esos frascos de vidrio de ciruelas francesas, en el cual ha preparado el bolichero un duraznillo, con caña de la Habana, duraznos elegidos y azúcar.

— Del que toma el patrón, insinúa...

— Usté debe tener una mano... A ver cuando me lo hace probar...

Sin proferir palabra, Carpanesi baja del estante el frasco, y sirve dos vasos.

Se dijera que el indio gusta la bebida con los ojos chispeantes, con la nariz vibrátil, con todo el cuerpo.

— ¡ Lindo !

Y se le ocurre de oportunidad hacerle una proposición que viene acariciando, madurando hace tiempo :

— Usté, Carpanesi, es muy güeno con nosotros, como un padre. Yo sé que hasta se ha interesao por mi.... Yo ando con la suerte tan atravesada.... parezco perseguido....

El italiano empieza a observarlo con desconfianza. Por dónde se va a aparecer el tipo después de ese zambullón?... Su instinto defensivo le trae a las mientes como único recurso la referencia a la vieja deuda :

— E... la güentita?...

— Me la sacó 'e la lengua! D'eso, d'eso, es que yo le quería hablar. Yo tengo muy güenas intenciones, quiero pagarle, sabe.... y, de sopetón, como un golpe que desorienta :

— Por qué no me conchava?

El interesado ya lo imagina, lo vé atrás del mostrador, la mano en el cajón, y rechaza, fulminante, la propuesta :

— Nó, nó, ma nó!

— Güeno, desliza Godoy, hecho una miel, — aura nó va decir que no quiero pagarle, qué le saco el cuerpo al trabajo....

— Si quësto nunca lo he pensao, ma qué dice! y agrega :

— Servite otra.... El mismo le rebosa un nuevo vaso de duraznillo, que el paisano saborea con delectación, y chasqueando la lengua, comenta meloso :

— ¡ Qué güeno le ha salido esta güelta, es un licor !

Nace por fin el infante. Es machito, blanco, de ojos azules. El retrato del padre....

Y Godoy, que a todo le jugaba risa y jarana, no las tiene todas consigo. Se siente disminuido en su autoridad, como a disgusto bajo el mismo techo en que palpita el inocente recién nacido, quien anuncia su existencia y sus derechos con incansables chillidos de hombre dominador y soberbio.

Su moral elástica no es muy exigente; por él... pero ya oía la frase zumbona y mal intencionada de algún envidioso de su suerte:

— Aparcero,... Godoy....

Le mandan avisar al bolichero el acontecimiento y le ofrecen el ahijado, y cuando el supuesto padre viene con unos regalitos y descubre sus ojos en los ojos celestes del pequeño, no puede menos que exclamar sonriente, halagado en su amor propio:

— Ma cómo!... le oqui azule?...

— Eh, le dice el legítimo padre medio remedándole: no comprende.... Nunca ha oído hablar de los antojos, de los caprichos de las madres, cuando están por salir de cuidao?... Usted siempre con sus cosas.... con la « güentita ».... uno lo tiene tan presente.... Y sabe, en esto es así.... Cuando meno, hemo pensao en usted....

El italiano no habla de tantas frases irónicas que le llenan la boca. Busca inteligencia en los vivos ojos de la china que sonríe y en resumen, como conden-

sando los picantes pensamientos que se traducirían en: «qué pasada de pierna!», se asombra:

— ¡Ma fiquesé!

Se desgañita el chicuelo a quien la madre le canta, acunándolo y dándole un vaivén que sigue el ritmo del arrorró:

Dormite, mi niño,
dormite, mi sol;
dormite, pedazo
de mi corazón!...

Hablan del nombre que le pondrán al hombrecito, ahora dormido.

La autoridad de Godoy se impone.

El italiano va de sorpresa en sorpresa:

— ¡¡ Anquel!!

— Si, Angel, como usté, como el padrino, no le parece?...

— Tiene lápiz?, don Carpanesi.... Mire, apunte un surtidito que precisamos....

— Pa mejor, aura con la criatura chica....

— Me lo pone en la cuentita, sabe.

LA " PIONA "

COMO los señores feudales, los castellanos cimarrones tenían o se tomaban, no hace mucho tiempo, en nuestra campaña, su bravo derecho de pernada. Así iban sembrando de hijos los puestos y los ranchos cercanos a sus posiciones, haciendo enormes familias que heredaban campos y pleitos.

A veces las chinitas, por cuyas venas corría la sangre del patrón, venían a servir a su casa.

Dicen que Rudecinda, la « piona » de los Lara, nació de una de esas gauchadas de don Nicomedes, y no bien tuvo fuerzas para ordeñar una vaca y atar un ternero, o ablandar un amasijo, la trajeron a la estancia.

Vida triste y opaca la suya. Condenada al listado y al burdo lienzo en cuanto a ropa, a poroto con charque — no eran muy largos allí — respecto a comida, y a un rincón de un galponcito de trastos viejos, a un colchón de chala en la cama de palos toscos y guascas trenzadas, para las horas de descanso.

No la enseñaron a leer ; no supo de nada que no fuera el trabajo continuo y terrible, cual el de una esclava.

Sus ideas no la hacían cavilar mucho. Qué iba a pensar sino le quedaba un momento libre !... Demasiado tenía con las lecheras, con el cocinar, el lavado, los hijos chicos de la casa y hasta algún viaje de agua.... Si salían los peones al rodeo o a cualquier otra labor campera, ella se debía enhorquetar en el petizo aguatero y arrastrar el barril hasta el manantial ; el barril que, cuando volvía lleno, como hípando, hacía plac-plac, al precipitarse el agua a la boca, mal tapada con una bolsa chorreante.

Por temor de no poderle sacar provecho en algún rato desocupado, la hicieron coser su ropa, componer la de los demás.

Fueron corriendo los años que la modelaron, la formaron.

Era tímida y brusca, de pocas palabras ; pero sus caderas amplias, su boca grande y fresca, sus ojos oscuros y ardientes, no mentían que se encerraba en ella una mujer.

Los peones la cortejaban con dicharachos brutales o con miradas lánguidas. Aquellos hombres semi-bárbaros no sabían hacer el amor de otra manera.

Alguno se hubiese atrevido a traerle un pañuelito de seda, un frasco de agua de olor, un espejito floreado de los que venden los turcos, pero era contenido por la burla agresiva, vigilante, que andaba

zumbando, como un mangangá, alrededor de las futuras víctimas.

Casi nunca uno le ataba los terneros dos días seguidos. Y quien le llevaba el balde de la leche o del agua, ya era acribillado por la mofa de toda la peonada:

— El Reducindo! Se la lleva no más!

Como todos los años, el niño Pedrito, el mayor de los hijos de don Nicomedes, ha venido de la ciudad.

Estudia; viene a descansar.

Pálido, vicioso, maldice la ocurrencia del viejo, que no lo deja gozar allá... cuando la visión de la chinita joven, fresca, virgen, lo hace soñar una buena temporada de veraneo...

— Pero cómo se ha puesto!... Qué tirón ha pegado la gurisa!

Ahí no más la hubiera llamado, pero se acuerda de las muchachas, de la familia...

— Hay ciertas cosas que la costumbre quiere hacerles conservar apariencias, que, en fin... Pero en cuanto a que no se lo supongan!... Los otros deben pensar lo mismo. Una sirvienta no es una señorita que debe esperar le vengán a hacer el amor y pedir su mano a los padres y casarse. Una piona, un día u otro gusta de un hombre y se acabó. Si es con uno de la casa, mejor: se « aquerencia »; sino es capaz de irse con cualquier peón bandido...

Pedrito está en la cama haciendo esas singulares

y mesuradas consideraciones. Se levanta, se lava, va al comedor, besa a su madre, quien ya sirve el café con leche, habitual desayuno; después sale al patio, va a las cocinas, juega con los perros, en espera de una oportunidad para hablar a la chinita.

— A la siesta, piensa.

Luego de comer, mientras reverbera el sol y viene del campo amarillo un vaho axficiente, ve ir a la muchacha con un atado de ropa, rumbo al lavadero.

Las ovejas que están cerca de las casas, amontonadas, las cabezas de unas bajo la panza de las otras, cuando ella pasa se corren hacia un lado de la senda que lleva al arroyo.

A Pedrito se le van los ojos, pero, en el temor de que lo vean, no se anima a seguirla.

La ve llegar al arroyo, acomodarse bajo una enramada hecha exprofeso, levantarse las faldas, metérselas entre las piernas y después, puesta en cuclillas, lavar y sacudir la ropa, que se esponja entre la espuma blanca, blanca.

Entre el aliento cálido de la brisa viene deshilachada una triste canción con que desahoga la criollita alguna indefinida pena.... Es una de esas melancólicas nenias que canturrean habitualmente los pobladores de tierra adentro.

El niño, suponiendo que el canto es dedicado a él, sonrío:

— Es changüicera la china....

La cocina, su limpieza, retienen hasta muy tarde

a Rudecinda. Cuando Pedrito cree que ya nadie lo sorprenderá, viene por allí y la aborda :

— Te tengo que hablar....

— De qué, niño? le contesta ella, confluada, con dulce entonación de voz afectuosa.

El no puede decir más que :

— Esperame!, pues en ese momento llega su madre impartiendo alguna orden olvidada.

A Pedrito le parece terminante aquella frase : lo habrá entendido y, naturalmente, lo esperará esa noche.

Los peones, del otro lado de la cocina, han estado tocando un rato en la acordeón esos aires adormecedores de los estilos, de las polkas monótonas; después se han ido a dormir. La familia ya descansa y Pedrito, preparando su aventura, encuentra demasiado sonoros los ladridos de los perros, estúpido el mugir de los toros, desagradable el graznar áspero de las lechuzas que rasguñan el religioso silencio de la noche campera.

Una luna clara dibuja, nítidos, los edificios, los ranchos cercanos, los corrales, los árboles.

Nuestro don Juan salteador, para pasar de su habitación al galponcito donde duerme la muchacha, debe atravesar una zona de luz que lo hará visible si alguno vela. Si da vuelta alrededor de la casa por el otro lado, puede ir con confianza ya que por allí lo protege la sombra de los cina-cinas del cerco.

Prefiere este camino más largo y, por las dudas, lleva el revólver.

Pierde unos minutos debiendo apaciguar a los perros que le rezongan, amenazadores, y cuando, « con el corazón en la garganta », empuja la puerta del galpón, siente una fuerza contraria impidiéndole avanzar.

Presiente que hay alguien atrás de la puerta, y no sabe si la sorpresa, si el miedo, si el misterio de aquel enigma, le hacen correr un sudor helado por el cuerpo.

Después la puerta cede, y ahora sí que el miedo le zumba como un mareo en cada oído y le oprime el pecho y le hace el « no sirve pa soldao » en las articulaciones.

Da un paso atrás. ¡ Impone aquella boca silenciosa y sombría !

Con la rapidez de un relámpago, piensa :

— Habrá sido una ilusión?... Y le parece que entre esa oscuridad dos pupilas agudas y frías lo miran.

Levanta instintivamente el revólver y después lo baja, cual si un puño monstruoso le hiciera una presión invencible.

Sí, allí había un hombre.... un hombre que tenía desconfianza y temor que lo descubriesen.... Debía ser.... tenía que ser.... su padre ?

¡ Su padre !

¡ Viejo gaucho !

Le había ganado de mano.... El cuervo cebado caía primero a la carniza....

Pero él pelea su batalla ; quiere su presa : ¡ avanza !

Y adivina que en la sombra invulnerable se bate en retirada el adversario, mejor dicho: el rival.

El galpón tiene otra puerta. El la siente abrirse y ve entrar un plateado resplandor cándido. Luego la sombra se bebió la luz y Pedrito, reaccionando, dueño de sí, aliviado del susto, le pone a éste un comentario burlón:

— ¡ Qué aflojada !

Y se adelanta resuelto.

Decidido, sin escrúpulos de ninguna índole, experimenta sólo la emoción de la aventura y esa impaciencia enceguedora, dominante y nerviosa de los sentidos.

Tanteando, llevándose cosas por delante, da por fin con el cuerpo caliente y suave de la mujercita.

— Rudecinda, pronuncia ahogado.

Y ella, como si despertara asustada, intuyendo:

— ¡ Qué!... quién?!

— Yo, pscht....

— ¡ Usté! niño!

— Síiii....

A ella, entre las tinieblas del sueño, le nace una conciencia oscura de que aquello tenía que suceder. Parece lo hubiera sabido desde hace mucho tiempo. Sí, era una fuerza fatal de todas las potencias vivas de la naturaleza que la rodeaba, y era también una obligación, una parte de la lidia del oficio:

Piona pa todo.

Quando se descubre el estado de Rudecinda la fa-

milia se escandaliza, y los Reducindos, como unos a otros se calificaban los peones, abarajan pullas y suponen sucesos :

— La fama te la llevás vos....

— Declará la partida, che, de todos modos....

— Acaso yo la noviaba.

— Hacete el chiquito no-más.

.....

— Es un Leivita.

— Epa! por qué no le fajás Velázquez?

.....

— Güeno, güeno, reía otro, lo que yo quiero saber es cuándo se van a comer los dulces?

Bajaban la voz, se concretaban las alusiones :

— Ah, si!... no desmiente la laya.

— Quién lo ve al guacho.

— Entre dos no digo a un pampa....

Y un tercero :

— ¡ Qué malas lenguas !

La familia se reune en conciliábulo.

Lo menos que se puede hacer es echar a la desvergonzada....

Después, piensan mejor : hay que saber quien es el padre. Casarla.

Casarla, sin que deje de trabajar allí en la estancia. Es tan buena, tan laboriosa, tan sumisa....

La señora la llama a solas y le pregunta :

— Pero, muchacha, tú no has pensado.... cómo ha

sido eso? A ver, háblame como a una madre, dime la verdad: quién ha sido?

Ella no contesta. Tuerce la cabeza para un lado y otro; se pone a llorar llena de su nueva ternura maternal, desbordante.

Y se siente más « pionera » que nunca.



DON GONZALEZ

ESE hombre alto, flaco, de bigote y barba medio ralos, tan característico con sus chupadas y largas piernas de Quijote y sus grandes manos sarmen-tosas, era en casa el personaje de confianza para pequeños trabajos en que él, a su decir, era especialista, aunque no pasaba de un frangollón.

A la gente del pueblo, en la ciudad o en la campaña, le es habitual el prodigar el título de maestro a los poseedores de un oficio, de una habilidad. Así que don González era «maistro» en labrar madera, en albañilería de cercos de piedra, de paredes de barro, en quinchés de techo con esa paja brava, filosa y traicionera, que hace tajos ardientes como quemaduras....

Después, el hombre era «práctico» en abrir un pozo, en alambrar, en tejer una trenza de ocho, en manejar la máquina de matar hormigas....

Pero, esas tareas debían ser dilatadas; precisaba tiempo, quizá en consideración al refrán criollo que

reza, refiriéndose a un caballo en aprendizaje: no lo apurés que lo vas a sacar mosqueador....

Trabajaba entre continuos paréntesis de descanso; tomaba mate cuanta vez había yerba a su alcance y no daba sosiego a sus grandes orejas en el continuo viaje de los puchos de chala que jamás fumaba de un tirón.

Le era difícil iniciar una charla; fuera de las frases necesarias obligadas por su tarea, sonreía y en asentimiento o en protesta inclinaba a un lado o a otro la cabeza, subrayando el gesto con una expresiva mueca de sus labios.

Cuando el italiano quintero se pasaba cuatro horas dando vuelta tierra, solfateando la viña, él, a la sombra olorosa de los naranjos, en la protectora vecindad de las casas, con su cordial mate amargo, lo miraba, lo miraba, como diciendo:

— Es gringo!...

E indudablemente más que admiración a la paciencia, a la voluntad, al vigor del extranjero laborioso, él sentía una especie de extrañeza, algo así como una convicción de que nuestra raza no era de la misma pasta que aquella especie de prójimos sobrios, incansables y fuertes.

De don González no sabíamos nada, de donde había salido, donde habitaba, si tenía familia o parientes.

Vivía de changuitas como las que le facilitaban en casa.

Cuando no tenía trabajo se lo pasaba en un boliche, allí cerca, en el cual, indolente, dejaba correr las horas mirando jugar al billar o a las barajas.

En su manera de hablar, en su figura, — a pesar de sus zapatillas y sus pantalones, — se veía que no era un pueblerino. Aun le restaba como resabio el yesquero complicado con su B de acero, su piedra de fuego y la yesca color naranja; el barbijo que escondía en el sombrero y la costumbre de llevar la golilla un poco floja, como cuando gusta que vuele al galope del caballo.

Don González tan serio, tan grave, tan callado, era para mí un continuo enigma.

Qué había sido aquel hombre reservado y silencioso, qué misterio guardaba en su vida? O era sólo yo el fantaseador que imaginaba novelas en las cuales era héroe aquel gaucho ciudadano, de mirada fría, que daba la sensación de andar despacio y precavido como cuidando un secreto?

Sería un tipo cualquiera, un abúlico, un despreocupado paisano haragán de esos que viven en los arrabales de nuestras ciudades del interior, como si todavía no se convencieran de abandonar el campo que tienen a la vista.... Indecisos de entrar a ahogarse, cercados de piedras y ladrillos, nostálgicos de carreras libres por los campos abiertos!

Un día un amigo tocó la guitarra, cantó. Don González estaba en la rueda; se notaba que oía con

gusto : se le apagaba seguido el pucho hediondo, pero no demostró entusiasmo.

Así, cuando ganó en una jugada ; cuando se hablaba de carreras, de faenas de la campaña, de yerras o de domas.

Ni el oficio de él lo enardecía. Si aquello se llamaba oficio : alambrar, abrir unos pozos, levantar un cerco....

Tampoco era comunicativo con los peones, con los quinteros.

Deduje : don González es un orgulloso.

Una tarde yo leía un diario. Se me acercó. Lo ví que por sobre mi hombro miraba la hoja impresa. En sus ojos chiquitos, color café, había un resplandor de confianza.

Como instándolo a hablar :

— Qué tal, don González ?

— Bien.

Y no dijo más nada.

Otra vez yo estaba de nuevo con el diario y él vino resuelto derecho a mí, arrimó con el pie un rústico banco de tronco de árbol y mientras se sentaba y encendía el eterno cuarto de cigarrillo, me rogó :

— Leamé, niño.

Comencé, lentamente. Incapaz de contener su impaciencia, se atropelló :

— Digamé, es verdá lo de la revolución ?

.....

Leí largo rato. Atendía grave. Se pasaba la mano de arriba a bajo por bigote y barba. Apagaba el pucho con la uña, lo llevaba a la oreja, lo sacaba, lo volvía a encender....

— Ya ve, don González, no hay revolución.

Me miró irresoluto.

— Junamante! exclamó.... Entonces todo es al ñudo!... Hace años que la esperaba.... Con la del 904 me quedé en la calle, perdí lo que tenía, me mataron un hijo.... Me vine de mi pago, a donde nadie me conociera, a esperar.... He trabajao como he podido, siempre con la esperanza....

Algunos me las debían....

Pero si es que no v' haber nada más nunca, me han embromao, amigo!

— Es mejor, don González.

— Mejor?... Usté es nuevo, es muchacho.... no estaba hecho a eso....

— Con la paz tenemos el progreso, el adelanto.... Después hay que pensar que todos somos hermanos, orientales.

— Orientales!... Sí, eso es muy lindo, muy lindo.... pero.... pero yo soy teniente 'e los blancos!

— Ah!

— No lo digo, sabe.... Pa qué?... Guárdeme el secreto....

— Pierda cuidado.

Se me revelaba la clave de sus silencios, de sus actitudes; aquel gesto de extrañeza, de altiva supe-

rioridad que veía en sus ojos cuando miraba al gringo trabajando como un burro en la chacra.

Mi espíritu me dice que tiene algo de simpático y de heroico el paisano que espera la « patriada », a la que estaba hecho....

Es un desterrado romántico este buen don González, con su barba rala, con sus piernas quijotesas, escondiendo sus dos galones ganados en las cuchillas, alambrando solares, techando casas, armando enramadas y saludándome con miradas de inteligencia, como interrogándome :

— Pa cuándo la revolución ?

Lástima de esa voluntad esperanzada, con tan mal empleo :

— Teniente 'e los blancos....

.....

Ni siquiera podéis estacionaros en el ilusorio r guarda.

Nosotros avanzamos, don González, y arrastramos vuestra quimera en el torbellino dinámico.

Hay que bendecir esta época viva que oculta con su luz los dos galones y que, pese a él, lo vuelve instrumento del progreso, obligando al paisano romántico a levantar ranchos, a plantar árboles, a fecundar surcos !

EL YUYERO

P' al corazón, p' al corazón :
anacagüita y apio cimarrón.

Así se anunciaba don Eusebio, cuando, hacia el pueblo, pasaba frente a casa, al hombro la bolsa de hierbas medicinales, en una mano algún encargo de yuyos y en la otra el bastón.

A veces nos saludaba por el cerco :

— Güen día, patroncito.

Otras entraba contento de que le oyésemos sus viejas historias, trezadas en sus ochenta y cinco setiembreres con la vida de nuestra tierra, llenas de reflejos pintorescos, con sus leyendas, con sus tradiciones, con sus patrañas supersticiosas.

Amábamos oirlo narrar sus hazañas con visos de verdad, porque no degeneraban en gestos de Moreira, pero, donde lo heríamos con una sonrisita commiserante — ¡ sabíamos tanto ! — era cuando la virgen o los santos entraban a actuar en sus « sucedidos ».

— Ustedes han leído los libros y se creen que saben todo.... Yo hablo de lo q'he visto.... cuento lo que me ha pasao.

Cuando relato que nunca mi han podido lancar, que nunca mi ha entrao una bala, de juramento dicen : casualidá.... a menos que todo en el mundo sea casualidá! — Yo m'he encontrao en entreveros, he caído del caballo, he visto que me reventaban los dos tiros de una pistola derecho a la caja 'el cuerpo, y sé lo que me ha salvao : una oración a la virgen q'el cristiano en peligro debe rezar todos los días....

Dejuro que hay que tenerle más confianza a Dios que a los hombres. Aquel no nos v'hacer mal.... Y si por un evento nos castiga, razón tendría p'hacerlo.

Y don Eusebio, satisfecho de sus frases, quizá un tanto acalorado en la defensa de sus teorías religiosas, se iba con los yuyos, ofreciendo el yantén y el turubí, la yerba de las siete sangrías y la cola de caballo ; la flor y nata de la farmacopea cimarrona que tiene más fe y arraigo en el espíritu criollo que la medicina aparatosa y exótica, invasora desde las ciudades.

El yuyero se entusiasma con sus narraciones y como para vencer nuestra incredulidad juvenil y agresiva, su charla simple tiene un perfume de ingenuidad primitiva y un acento sincero y llano :

— Cierta vez, pa darle una sorpresa de tercerolas y lanzas de media luna a la gente de mi compadre Anacleto Suárez, — finao, el pobre, — ib' a pasar el

Río Negro una partida que a mi me tenía prisionero. El río estaba crecido. No había q'esperar que diese paso p'avisarle al hombre. Al oscurecer pedí veña pa una necesidá; entré al monte, y m'estuvieron esperando.... Cuando me desconfiaron, yo iba nadando serenito, sin ruido, como a una cuadra 'e la costa :

Uno carculó :

— Si ha largao al agua.

Gritaron p'asustarme :

— Volve o te tiramo !

Yo m'hice el di Uropa.... Me juí corriente abajo, pelié hasta que llegué al otro lao. Salvé a mi compadre, porque en aquellos tiempos se tocaba violín corrido.... Tuavía, Anacleto, que no era manco, les pegó una felpiada y ellos me la juraron.

Siguió la revolución. Volví al pago y como los « amigos » no me la perdonaban, una noche en que yo dormía muy confiao en una casa conocida, cayeron a concluirme.

Nunca me olvidaba, antes de dormir, de repetir mi compuesto, la oración, q'es hecha en verso, y a la que le tenía más confianza que a mi facón.

Dormía como piedra en el primer sueño cuando sentí mal mal que me llamaban :

— Usebio ! Usebio !

No me terminé bien de despertar y la voz más fuerte me dijo claro en el oido :

— Usebio, te vienen a matar !

Se m'erizó el cuerpo como si me pasaran una hoja 'e puñal fría por el cuero ! Abrí los ojos y el

cuarto estaba claro, lo mesmo que si juese día. — Era la virgen que me había dao el aviso !... Las visitas ya bajaban de los caballos y atropellaban la puerta cuando yo me salí arrastrando y m'hice perdiz por un abrojal.... Monté en pelo un matungo y ya me los tuve arriba, rabiosos, haciendomé zumbar las balas a lo loco. Ahicito estaba el monte, el arroyo: me tiré al agua.... Estuve sólo con la nariz y los ojos de ajuera entre juncos y camalotes y los otros, encarnizaos, anduvieron todo el día campíandome, campíandome.... Me pasaban cerquita, los veía, los sentía hablar y el milagro no dejaba q'ellos me vieses....

Aura, si alguno dice que no jué la virgen la que me salvó, tendrá razón.

Como anuncio de una revolución, don Eusebio vió un toro al galope, echando chispas de las guampas.... Conocía los lobizones negros, que se vuelven chanchos y que no hay que lastimarlos porque si a uno le salta la sangre, ya le tocará los viernes, después de la media noche, salir vuelto perro, a trotar, chiriando los dientes, y haciendo aullar su lúgubre lloro a toda la perrada del contorno.

El había visto « las ánimas que andan penando », que piden un cabito de vela, un padre nuestro humilde, un Ave María votiva, para ayudarlos a limpiarse de pecado....

La luz mala le era familiar y así como sabía que anuncia muerte una gallina que canta como gallo, afirmaban que era hábil para quebrar « torceduras »,

para curar un animal « abichado », hacer o deshacer un « daño ».

Natural, su oficio le obligaba a conocer las virtudes misteriosas de las hierbas medicinales, las palabras y los rezos que se dicen al arrancarlas y la estación propicia y las lunas nefastas. Lo demás sería chismerío de comadres que, divulgado en el pueblo, mal aconsejaba a los chiquilines a gritarle :

— Brujo ! Brujo !... Yuyero brujo !

El sonreía con su cara curtida de aire y de sol, con su rostro bronceado, apenas tatuado de arrugas, en el que brillaban los ojillos vivos y triunfaban, — dándole cierto aspecto de fauno viejo, — el bigote lacio y la barbilla gris, caprina y descuidada.

Don Eusebio conserva todavía su china que él mantiene con su « profesión ». Ella nos sale a recibir, cuando, creyéndolo enfermo, vamos un día a verlo y a pedirle guaco y cambará, para componer un remedio que él mismo nos enseñara.

Encontramos llorando a la paisana.

— Usebio no viene desde antiyer. Li ha pasao una disgracia : está preso.... Siempre es una cosa triste a sus años....

— Qué le ha pasado ?

— Lo han agarrao por curandero ; se han arriao a todos : a Miramira, a la parda Rosa, a Lalisiao.... Aura no se puede curar uno con lo que quiera !...

Pobre « don Usebio », ahí viene, siempre sonriente.

— Vea lo que son las cosas; me han hecho comer tumba 'el gobierno!, por fin se han acordao del yuyero viejo.

A los otros los tienen a las güeltas... A mí me conocen todos: yo no soy médico. Vendo los yuyos que me piden; no sé si aura tienen veneno la congorosa o el cipó milón?

Me preguntaron si yo curaba, si enseñaba remedios.... Y de no?, a hacer una tizana, a cocer una raiz....

Lo que ha pasao, y ya es corruto pa todos, es que un coya le dió unos polvitos p'al amor a una muchacha y aura está trastornada; dicen que otra s'escapó con el novio porque tomó cantarias....

— Lo qui hay es que con el amor no se juega....

En una d'esas, estos son inventos y lo demás son canchas....

Estos puebleros son el diablo, siempre andan ardiendo pa embromar al prójimo.

Dejelón a uno vender sus yuyos.

Nosotros los criollos con las cosas criollas.

Se acomoda sobre un hombro la bolsa que huele bien a raíces medicinales, a la flor cordial del sauco, a la marcela perfumada, — que se recoge los viernes santos, — a la baldrana, buena para todo, y se aleja repitiendo su estribillo:

P' al corazón, p' al corazón:
anacagüita y apio cimarrón....

LA CHINA GORDA

C ELESTE era la mocita preferida en el pago de las Tres Cruces. Y todo por sus encantos: por sus ojos vivos, sombreados de cejas oscuras, por su frescor de fruta, por su carne levemente morena, de una morbidez aterciopelada y tentadora.

Tenía ese encanto sensual de las pupilas brillantes y la roja boca como entreabriéndose, matorosa y fresca, en ancha ternura de sonrisa, en incitante promesa de besos.

Era lenta en los movimientos; conversaba con un ceceo dulzón y dormido: mirarla, hablarla, era como sentirse acariciado voluptuosamente. Daba la mano, aquella su mano llenita, tibia, adornada de graciosos hoyuelos y producía la sensación que algo palpitante y vivo se le desmayaba a uno entre los dedos.

Para mejor, Celeste no podía sentir una mirada masculina sin experimentar un sopor de dominio que le entrecerraba languidamente los ojos.

En su natural tímido y tosco era una criatura de amor; su sensibilidad inculta florecía instintos que la

arrojarían en oportunidad en los primeros brazos de hombre que se le ofrecieran, mejor : que la supiesen arrancar de su envoltura « chúcará », que no era en el fondo sino pudor salvaje, innata timidez de hembra.

Su padre poseía una estanzuela, una majadita, las vacas lecheras, una tropilla. Cuanto cuanto para ir pasando.

Era viudo.

Completaba la familia una turba de negritos : hijos de unos peones viejos, que bastaban y sobraban para el escaso trabajo del establecimiento.

Celeste, que se criara mimada y consentida, era indolente como una criolla del trópico. Las « morenitas », cariñosas y humildes, la lavaban, la servían, no dejándole más labor que el placer de los vales vertiginosos en los continuos bailes donde ella conquistaba prestigios y pretendientes.

Algo concordante con su sicología era su manera de ser, indecisa, irresoluta, respecto a los cortejantes. Todos y cada uno le gustaban.... Tal vez para dar visos de verdad a la frase popular, cruda y descarnada, alusiva a una de las más encantadoras debilidades femeninas :

Siendo macho.... aunque sea un avestruz !..

Pero, quizá por no saber como, a ninguno se entregaba por entero y a todos se brindaba en aquellas lánguidas miradas indefinidas y en las húmedas sonrisas acariciantes.

Con su táctica inconsciente, los enamorados no avanzaban.

Chocaban contra una dulce y grata muralla que los enardecía y ella, que en los giros del baile se excitaba, respirando afanosa, enanchando las narinas palpitantes, sensuales, — que a momentos parecía desvanecerse, — no acudía a las citas o en esperas inútiles desesperaba a los novios en las noches oscuras, en las siestas cálidas.

Después de una promesa, ella volvía a su casa como embebida en vagos sueños ilusorios. Luego el misterio turbador que se acercaba la iba poseyendo y la llenaba de un raro temor, de un dulce miedo, imposible de vencer, que la resolvía a aplazar la cita.

Celeste no sabía negar nada en la conversación y temía los hechos.

Prefería dormir, o, sentada, no terminando nunca de peinarse o vestirse, mientras una negrita la ayudaba, la abanicaba, se le iban las horas en soñador adormilamiento.

Pasaba el tiempo, no tenía novio definido, oficial, y la trabajaban obsesionantes anhelos de amor que no sabía concretar, orientar.

Pensaba en un cortejante, en otro, en otro....

Uno excluía el segundo.... Este alejaría los demás....
No se resolvía a elegir.

Sufría esa indecisión cuando su padre enfermó gravemente, y a poco murió. Antes de irse, el paisano tuvo tiempo de aconsejarla:

— Casesé, m' hija.

— Güeno, tata.... y con quién ?

— Con el que le guste.... con Rumaldo....

Ahora su irresolución desaparecía ante el mandato paternal, que a ella se le antojó voz de la providencia.

Romualdo era uno de sus tantos adoradores. Criollo trabajador, enfermizo, dueño de un campito lindero. Hombre no muy apropiado para marido de la huérfana, pero posiblemente buen curador de sus intereses. Y así fué. No haría feliz a la muchacha, pero en cambio administró diligente los bienes. Hizo arreglar la casa, alambrar. La estanzuela produjo; el fué para atrás. No supo hacer con su vida lo que con las cosas.

Celeste, — a pesar de cierta desilusión, — engordaba, rebosaba salud, se ponía más linda. Romualdo, lleno de buenas intenciones, se volvía hético, amarillo, puro hueso, hasta que se consumió, no sin antes dejar dos hijos.

Ya doña Celeste había sentido llegar hasta el cerebro aquella majestad reposada de sus carnes pingües y como si pensara con uno de sus brazos gordos, con sus piernas macizas, con su papada parabólica, sus ideas eran lentas, tranquilas, sin nervios.

Adoptaba habitualmente esas lacónicas frases de conformidad :

— Qué se le v'hacer.... Pa que vea.... Ya que lo quiere Dios....

Y así comentó la muerte del marido, mientras en

su ocupación favorita chupaba el mate dulce, que siempre había de matizar, dándole gusto a la quijada, con alguna golosina y, si la atmósfera lo determinaba oportuno, — en días de lluvia, — con las clásicas, sabrosas tortas fritas.

Sin embargo, no pudo contener un:

— Caramba!, porque ahora había que pensar....

Era preciso que hubiese un hombre al frente de la estancia.

Para evitarse complicaciones, puso de capataz a un peón que trajera el finado. Este lo sustituía bien. Como medio de acallar charlatanerías, divulgadas por algún resentido, se casó con su empleado.

Siguió engrosando.

Tenía mala estrella! El patrón desmejoró, se consumía de flaco; no llegó a los dos años. Le dejó otro hijo.

— Qué se le v' hacer....

Viuda otra vez, siempre linda, no le faltaron cor-tejantes.

Empezó a llegar el comisario. A quedarse. Los amigos le decían:

— Cuide el número uno.... Mire que la sanguijuela no suelta cuando se prende!

Nació otro muchachito.

Ella continuaba sonriente, engordando, contenta, tomando mate.

Al comisario lo trasladaron de sección...

Visitó la casa el bolichero Quintana, un gallego

muy cumplido, que usaba el pelo al rape y tenía la cara azul de la barba fuerte.

El, salvando temores, ya que se había hecho Celeste de cierta fantástica fama de Mesalina.... decía :

— La señora Celeste debe encontrarse un poco sola...

Y se resolvió a acompañarla.

Apareció un nuevo infante.

Después frecuentó la casa Pancho Medina, luego López, el de los Corrales, más tarde Trindade, y....

Se aumentaba la prole.

Celeste no era capaz de dar, ¡ a nadie ! una negativa. Como antes. Pero ahora variaba el resultado.

Cuando un visitante no venía más :

— Lo tratábamos tan bien.... pa que vea....

A veces lo buscaban para que saliese de padrino de un guachito, de una gurisita.

Como de hijos, se llenó de compadres doña Celeste.

En unas cuantas leguas a la redonda la designaban :

— La comadre....

Seguía engordando. Su inactividad le trajo por consecuencia sufrir dolores en las piernas y se aficionó aun más a su mate dulce para matar el tiempo.

Los años la ofendían un tanto : le hicieron lustrosa la carne fresca, el suave color canela se tornó amarillento, los ojos se le empequeñecieron entre los párpados regordetes, pero aun conservaba su tierno

sonreír, la dormida voz de caricia, el mirar largo, llameante y amable.

Tenía unos cuantos muchachos por bautizar. Esperaría la venida del señor cura a las Tres Cruces. Lástima que ella no podría asistir a la ceremonia, por sus piernas, por no sofocarse.... Estaba tan gruesa!

La sorprendió una imprevista nueva: una carta del « padre » le anunciaba que empezaría en su casa la misión; en la misma le solicitaba alojamiento.

Le hizo contestar que viniera, que le recibiría gustosa.

Improvisaron un altarcito.

Enteraron de la grata novedad al vecindario.

Doña Celeste empezó a reunir la catervada de hijos y los negritos y se pasaban las horas coreando rezos y rosarios.

Ella los dirigía con unción. Sentía ciertas veleidades místicas y parecíale que en bien de su alma, estaba obligada a cualquier « promesa », a algún sacrificio.

Se preocupó de hacer al cura una buena recepción y de tratarlo lo mejor posible mientras fuera su huésped.

Barrieron; limpiaron la casa.

Los chicos estrenarían trajes; ella misma se mandó hacer un vestido rosa, con profusión de adornos, blondas y cintas.

El día del arribo del religioso caminó con cierta desenvoltura, afirmada en un bastón. Por una inven-

cible flaqueza de coquetería, se fué a mirar al espejo. Estaba muy bien. Se sonrió su sonrisa tibia de amorosa.

Una de las negras hablaba orgullosa del honor de albergar un Ministro del Señor.

Celeste, humilde, conforme con los decretos de la divina providencia, pensó que Dios no era solamente justo, sino muy bueno.

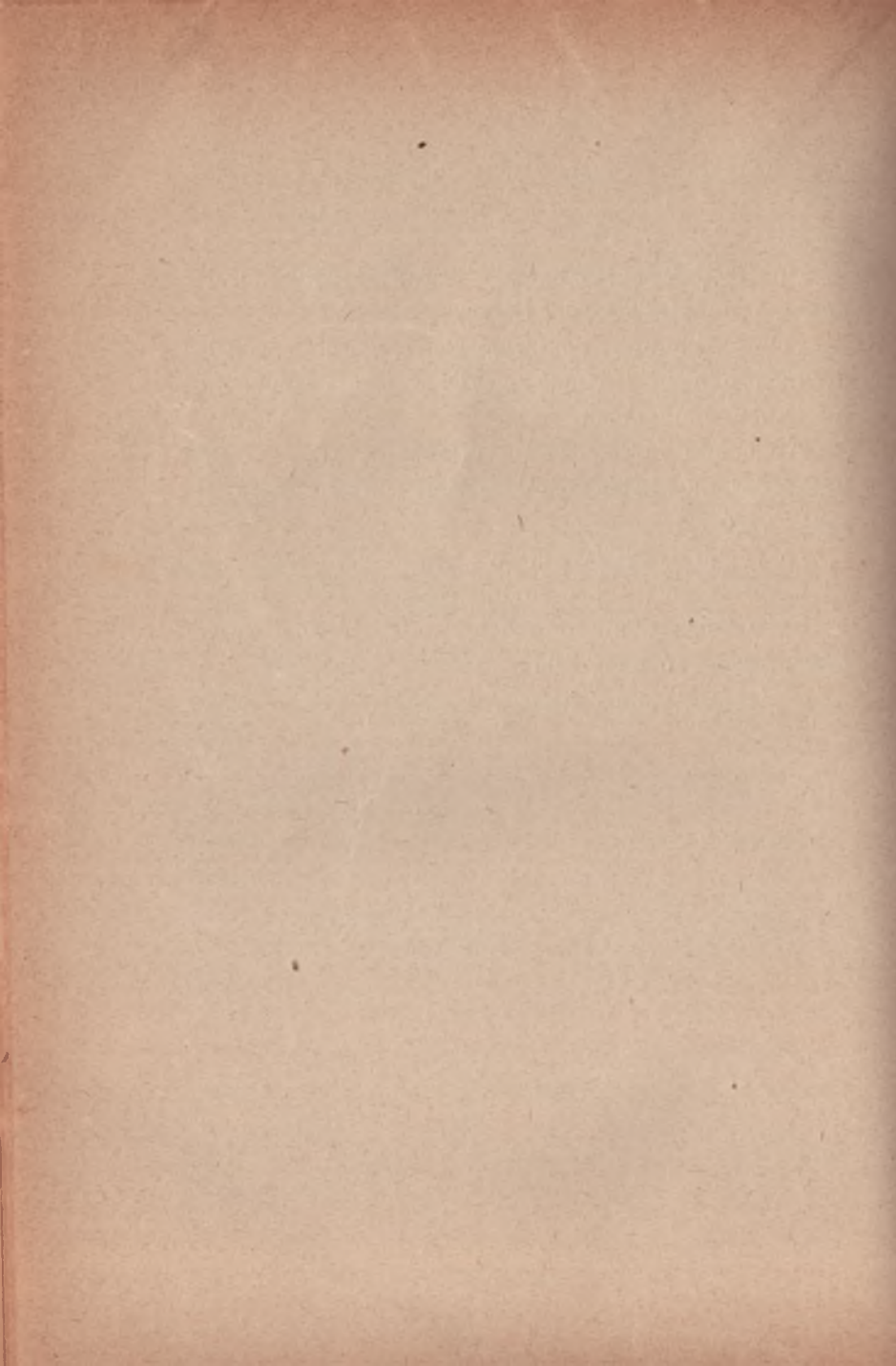
Aplicando al caso su costumbre de tratar a los huéspedes, no había hecho preparar cama para el santo varón.

La negrita insistía con su alegre complacencia :

— Nos van a tener envidia, patrona.

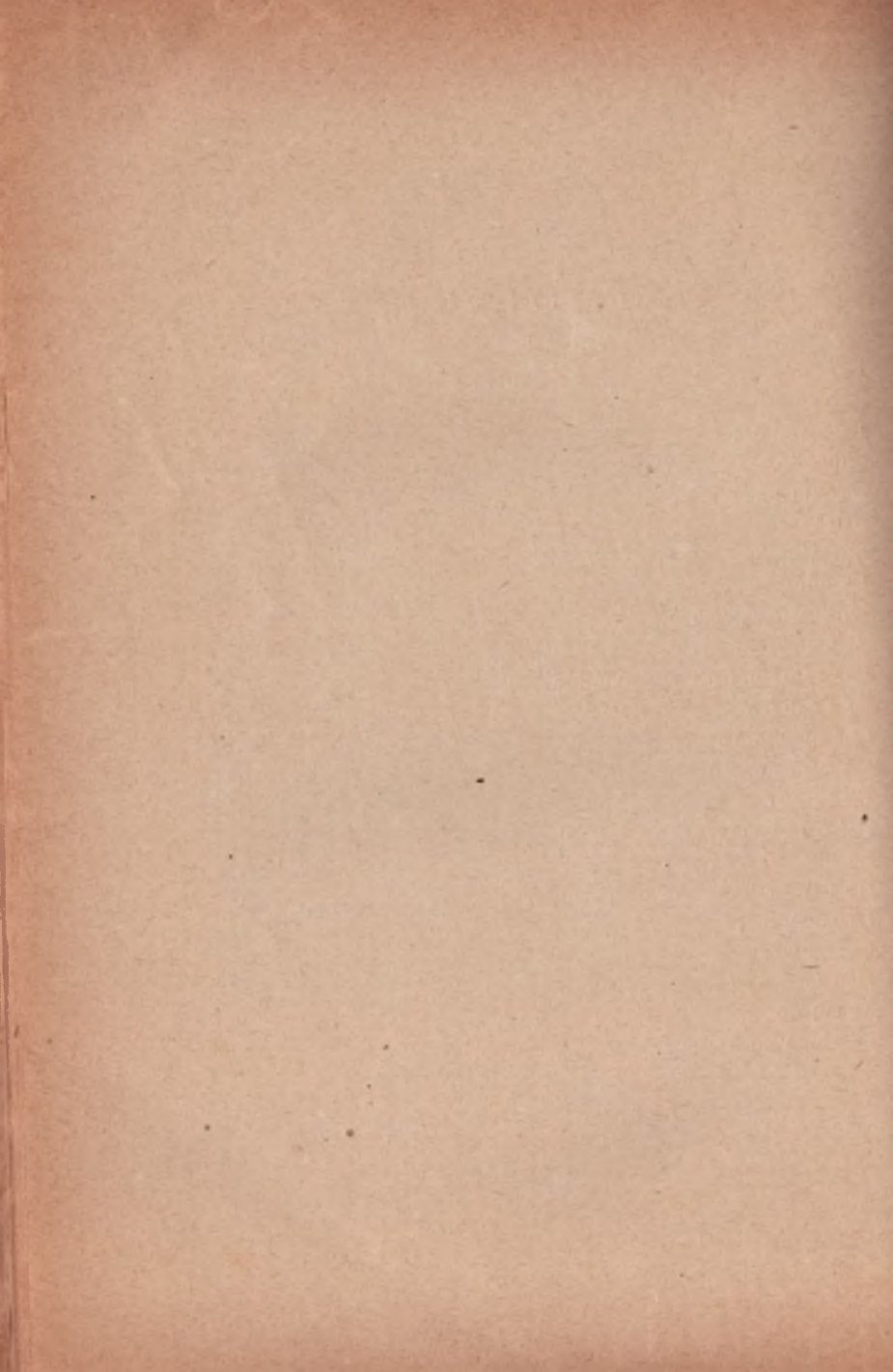
Y ella, cónsciente de su falta de mérito para la gracia, exclamó resignada :

— Qué le vamos' hacer....



INDICE

La carreta	<i>Pag.</i>	2
Chingolo		16
Los sin patria		28
El chasque		46
La máquina.		54
La huésped.		72
La tapera del pueblo		80
El petizo aguatero		94
Los toros finos... y el hombre		102
El « entierro »		116
Los borrachos		128
Cosas del patrón		136
El sauzal.		148
Peón de confianza		156
La huelga		166
No hay matrero que no caiga		180
La cuentita		188
La « piona »		202
Don González		212
El yuyero		220
La china gorda		228



Montiel Ballesteros, Adolfo, 1888-1971
(uncog)

